



AÑO I.

NÚM. X.

LA

ESPAÑA MODERNA

(REVISTA IBERO-AMERICANA)

DIRECTOR PROPIETARIO : J. LÁZARO

OCTUBRE — 1889

MADRID

IMPRESA DE ANTONIO PÉREZ DUBRULL

Flor Baja, 22

—
1889

Para la reproducción de los artículos comprendidos en el presente tomo, es indispensable el permiso del Director propietario de LA ESPAÑA MODERNA.

LA RELIGIÓN DE LA HUMANIDAD

A D. Juan Enrique Lagarrigue.

I.

MUY señor mío y querido amigo: Mi propósito de examinar y criticar la *Circular religiosa* de V., publicada en Santiago de Chile el día 6 de Descartes del año 98 de la Gran Crisis, quedó apenas á medio cumplir ó en suspenso, por culpa de mis grandes quehaceres y de la dificultad de la empresa, superior sin duda á mis fuerzas. Impidió también que yo terminase aquel trabajo mi falta de fe en mí mismo, ó lo desengañosísimo que estoy de mi literatura. Años ha que padezco esta enfermedad mental ó manía, casi incurable, que excita á los hombres á escribir; pero jamás he creído en la utilidad de mis escritos. Mi justificación estaba y está, pues, en procurar que sean divertidos, y en que, ya que no instruyan al prójimo, le den agradable pasatiempo.

En España toda persona que lee sabe más que yo, y toda persona que sabe de algo menos que yo, ó no sabe leer tampoco, ó no quiere fatigarse leyendo. Carezco, pues, de público á quien enseñar; pero, ¿por qué, me

digo, no ha de haber personas á quienes entretengan mis escritos? Por pocas que sean estas personas, de ellas hago mi público, y á ellas me dirijo.

Por lo expuesto comprenderá V. y disculpará en mí el tono de broma con que en mis cartas anteriores he tratado de las doctrinas de V. Aun así no han faltado graves sujetos que me han reprendido por perder mi tiempo en exponer locuras, aunque sea para refutarlas. Todavía no he hallado á nadie que no califique de locuras las doctrinas que V. sostiene. Esto acabó de retraerme de seguir exponiéndolas y refutándolas.

En tal disposición de ánimo me encontraba yo, cuando recibí desde París, donde su hermano de V., Jorge, reside, un libro de este *apóstol de la humanidad*, titulado *Lettres sur le positivisme*. El libro me venía dedicado con frases para mí tan cariñosas y lisonjeras, que hube de quedar á V. y á su hermano profundamente agradecido. Recibí después, con fecha 17 de Shakespeare del año 100 (25 de Septiembre de 1888), una extensa carta (impresa en un folleto de 60 páginas), que V. me dirige sobre la *Religión de la humanidad*. Y he recibido, por último, con singular dedicatoria autógrafa, otra carta de V. á la Sra. Doña Emilia Pardo Bazán, sobre el mismo asunto, escrita el día 2 de Arquímedes del año 101 (27 de Marzo de 1889 de nuestra Era), también en Santiago de Chile.

Contienen estos documentos, elegantemente impresos y escritos, unos en castellano y otros en francés, tan discretas y bien concertadas razones, tanta cortesía y tanto afecto amistoso para Doña Emilia y para mí, que sería yo harto descortés é ingrato si no contestase con benevolencia.

Prescindo, pues, de lo que me dicen ciertos espíritus

que presumen de superiores y de invulnerables para toda idea que ellos no consideren sensata, y voy á contestar á V., teniéndole por sensato y cuerdo, y además por excelente, bondadoso y sabio.

Si yo hubiera de tener por locos á cuantos no piensan como yo y sostienen lo contrario, enteramente lo contrario, el planeta en que vivimos me parecería un manicomio. Lo más atinado, pues, y lo más caritativo, es pensar que todos tenemos juicio; que todos estamos de acuerdo en bastantes puntos, y que, si discordamos en otros, la discordancia es un bien, ya que sin ella no habría materia para escribir y para hablar, y nos aburriríamos de quedarnos callados, y se nos embotaría el entendimiento sin nada que le estimulase, aguzase y acicalase.

Remueve, además, los escrúpulos que me arredraban, atajando el correr de mi pluma, la consideración de que son pocos los escritores que escriben para revelar inauditas verdades. Harto sé que yo no he abierto ni

«Abriré nuevos senderos
Á la errante humanidad»;

pero ¿por qué no he de solazarme un rato charlando con ella, ó al menos con aquella mínima parte de ella tan desocupada y benigna que tenga vagar y paciencia para leerme?

Con este presupuesto, voy á contestar á la amable carta de V.

Augusto Comte es el glorioso fundador de la secta que V. sigue, dividida hoy en dos ó más iglesias. Suponer que hasta cierto momento de su vida Augusto Comte fué juicioso, y que fué atinado cuanto dijo, y que después, con el mucho cavilar, se le descompusieron los sesos, y no acertó á decir sino disparates, se me antoja

suposición arbitraria. Ó la locura de Augusto Comte está en toda su vida y en todos sus escritos, ó no hay ni hubo tal locura jamás.

Para mí, tan desatinado es Augusto Comte al principio como al fin ; pero yo respeto, aplaudo y admiro los desatinos cuando están hábilmente ordenados y entrelazados, é implican saber, entusiasmo é ingenio.

La grande obra del Maestro de Vds. era « dar á la filosofía el método positivo de las ciencias, y á las ciencias la unidad de conjunto de la filosofía ».

Cuando murió el Maestro, el 5 de Diciembre de 1857, sus discípulos y apóstoles aseguraban todos que, salvo ligeras imperfecciones, dicha grande obra estaba realizada : había *filosofía positiva* ; ciencia y filosofía se habían compenetrado y formaban completa unidad.

Convengamos en lo uno ; pero ¿cómo es posible convenir en lo completo? ¿No quedaba, fuera de lo sabido por observación y por experiencia, mucho de incognoscible ó de incógnito? Mucho quedaba, y no me explico cómo no se ríe V. conmigo del donoso remedio que se ha buscado para este mal. Lo incógnito es incognoscible. La esfera del pensamiento humano se encoge y se achica para que sólo quepa en ella el conocimiento *verificado*. Todo otro conocimiento se llama conocimiento *imaginado*. Se le da el título de *absoluto* ó de *ideal*, y se le declara inaccesible.

Sea así. Vayamos más allá, si se quiere. Tratemos de suprimir lo absoluto, y no sólo de declararlo inaccesible. Repitamos con Littré : « El Universo nos aparece hoy como un conjunto, cuyas causas están en él mismo, y que llamamos leyes. La inmanencia es la ciencia que explica el Universo por causas que están en él. La inmanencia es directamente infinita, porque, desechando tipos y figuras,

nos pone en inmediata relación con los motores eternos de un Universo ilimitado, y descubre al pensamiento estupefacto y extasiado los mundos lanzados en el abismo del espacio y la vida lanzada en el abismo del tiempo». Con más claridad y con menos pompa, esto significa que no hay Dios; que el mundo es eterno; que él mismo es causa y efecto; y que sin inteligencia crea inteligencia, sin voluntad ni saber impone leyes indefectibles, sin vida crea vida, y sin ser persona produce personas. Fuera de lo absurdo, gratuito y pasmoso de tales afirmaciones, clara se ve la contradicción en que Littré incurre. Ni una sola de esas afirmaciones es conocimiento *verificado*; nace de observación, de experiencia, de lo que él llama filosofía positiva ó ciencia pura. Luego es teología, aunque negativa: luego es metafísica; y al poner tales afirmaciones destruimos todo el sistema, y, en vez de sostener que pasó el período teológico y que pasó el período metafísico, y que hoy estamos ya en el período científico, en plena edad de razón, volvemos á ser teólogos ó metafísicos, aunque hartos empecatados.

Yo no tengo en este punto que refutar á Littré: él mismo se refuta y se retracta, con más recto aviso, diciendo: «No conocemos ni el origen ni el fin de las cosas, y no hay razón para negar ni para afirmar que haya algo más allá de ese origen y de ese fin». La doctrina ó filosofía positiva no niega, pues, ni afirma á Dios. La Naturaleza no vale para reemplazarle. «¿Quién es esa Señora?»—preguntaba el conde José de Maistre. «Si la Naturaleza significa el conjunto de las cosas que nos son conocidas, este conocimiento es relativo como ellas; es experimental, y deja fuera las regiones de lo incognoscible: y si la Naturaleza es un poder infinito, autor y ordenador del Universo, no hay saber positivo que halle al cabo de sus in-

investigaciones ese poder, que por lo tanto debemos pasar en silencio. Experimentalmente no sabemos nada de la eternidad de la materia ni de la hipótesis de Dios.»

Ya se ve que Littré, en sus momentos más lúcidos, se declara neutral: ni afirma ni niega. Pone lo sobrenatural fuera de nuestro alcance: por cima de nuestro raciocinio. Pero, ¿no habrá otras facultades de nuestra alma, por cuya virtud se pueda llegar á él?

Yo veo que este positivismo *agnóstico* deja abierta la puerta á la imaginación, á la fe, á la intuición amorosa del alma afectiva, ó quién sabe á qué otras facultades y potencias, para tender el vuelo y explayarse por ese infinito inexplorado, y apartar de él la desesperada calificación de incognoscible.

De aquí que, en mi sentir, por el positivismo de Augusto Comte podamos volver de nuevo á las más fervorosas creencias, como por el sensualismo de Condillac volvió á ellas el ya citado conde José de Maistre.

¿Quién sabe si en el extremo del positivismo agnóstico, ó dígase del agnosticismo, no está ya cuajándose y brotando un misticismo flamante? En todo caso, esto sería lo que llama el vulgo *salto atrás*, y lo que llaman *atavismo* los doctos. Según V. asegura, y según aseguran otros autores, Augusto Comte se inspiró en el conde José de Maistre, éste en el teósofo Saint-Martin, y Saint-Martin en aquel español ó portugués misteriosísimo que se firmaba Martínez Pascual, que escribió la *Reintegración de los seres*, influyó tanto en el florecimiento de los misticismos y teosofías del fin de la pasada centuria, y desapareció luego.

Como quiera que ello sea, fuerza es convenir en que el más ilustre discípulo de Augusto Comte fué Emilio Littré, y en que Emilio Littré, á la muerte del Maestro,

aceptó la herencia á beneficio de inventario, repudiando notable parte de ella. Otros la recogieron y la aceptaron toda con plena piedad, y de aquí el cisma, que aún dura.

Para no confundirnos, llamaré al positivismo de Littré *no religioso*, y llamaré *religioso* al positivismo de V. y de los que como V. piensan. Bueno es, no obstante, que se entienda desde luego que el positivismo no religioso de Littré puede concertarse un día, si ya no se concierta en algunos espíritus, con religión verdadera, y aun con teosofía, y aun con misticismo exaltado, mientras que en el positivismo de Vds., con ese vano y absurdo fantasma de religión que ponen Vds., es imposible é incompatible toda religión que tenga algunas condiciones de tal.

Hasta 1842, en que publicó Augusto Comte el tomo VI y último de su *Curso de filosofía positiva*, todos los hombres que le siguen y pueden contarse por positivistas, con más ó menos restricciones, correcciones ó aditamentos, como el citado Littré, Herberto Spencer, Stuard Mill, Lewes, Taine, Robinet, Huxley y otros, creen que Augusto Comte estaba sano; pero ya, en 1845, empieza el período patológico de la vida del Maestro. Su locura es evidente y declarada para todos los dichos sabios, desde 1851, en que publica el Maestro su *Sistema de política positiva ó tratado de Sociología, instituyendo la religión de la humanidad*.

Divididos así en dos el espíritu y la vida de Comte, tenemos un Comte loco y otro cuerdo. Los que le aceptan y glorifican hasta 1845 se consideran juiciosísimos, y declaran loco al Maestro durante los últimos doce años de su vida, y á todos Vds., que le aceptan por completo, los dan por locos de remate, hablando sin rodeos y dejando á un lado las perífrasis y los eufemismos elegantes

ó científicos de que ellos se valen al formular la declaración.

Para el que, como yo, no es positivista, ni de una clase ni de otra; para el que entiende que no se acabó ya la teología, ni se acabó la metafísica á fin de que no haya más que ciencia, y para el que cree que toda ciencia es imposible sin metafísica y sin teología, tanto los positivistas no religiosos como los religiosos, se equivocan; pero, sin duda, en mi sentir, se equivocan más Vds. los religiosos, sin que llame yo por eso á la equivocación locura, sino error ó extravío generoso, nacido de un noble y puro sentimiento, que en balde han querido Vds. ahogar en el alma.

Yo no niego, además, que hay un procedimiento dialéctico en el pensamiento de Comte; que no funda su religión porque sí; que su religión no fué lo que vulgarmente llamamos una salida de tono.

Lo que hay de más simpático en el positivismo es la crítica, á mi ver, imparcial, elevada, entusiasta y optimista con que juzga la historia, para marcar en ella el movimiento ascendente del humano linaje hacia la luz y hacia el bien, pasando por los estados teológico y metafísico para llegar al científico al cabo. En este progreso, los positivistas declaran, y V. confirma, que la creación más grande del hombre ha sido la Iglesia católica, institución soberana del orden social, comunidad de los pueblos en una misma fe, organismo tan alto y benéfico, que, como V. asegura, jamás puede desaparecer. Y añade V. luego: «Lo que sí sucederá es que se perfeccione». Y esta perfección fué muy extraña. Augusto Comte se convirtió en Padre Santo; apartó las personas reales de Dios y de la Virgen Madre, y puso en lugar de ellas, y usurpando sus nombres, dos figuras retóricas; y así fundó

la religión de la humanidad ó el catolicismo positivo.

¿Tienen alguna fuerza las razones que V. da en favor de su religión nueva; en alabanza de ese catolicismo *perfeccionado*? Yo entiendo que las razones de V. le destruyen por su base. «Augusto Comte, dice V., no podía instituir su doctrina en nombre de Dios, porque, dada la *mentalidad* de nuestro tiempo, no podía sentirse inspirado sobrenaturalmente. Hubiera faltado á la profunda sinceridad que le caracteriza.»

«Moisés y San Pablo, añade V., influyeron grandemente en moralizar el mundo. Estos ilustres servidores de la humanidad fueron sinceros al atribuir á revelación divina los preceptos religiosos que dictó cada uno de ellos, porque sus respectivos medios sociales eran teológicos. En el medio social positivo que alcanzamos, creerse inspirado de Dios supondría una perturbación cerebral.»

Á esto, y adoptando el severo criterio de V., cualquiera podrá añadir que mayor perturbación cerebral supone aún, en el medio social positivo en que estamos viviendo, sin creerse inspirado por Dios, no sólo negando su inspiración, sino negándole á él ó desconociéndole, ponerse á fundar religión nueva. Cualquiera otra determinación parece menos disparatada. Y; sin embargo, la determinación de Vds. tiene excusa, una vez aceptado el positivismo hasta donde Littré le acepta.

El remate de su doctrina oficial es como un punto elevado, resbaladizo, con abismos por todas partes, donde se exige al positivista que se tenga en equilibrio, y donde el equilibrio no es posible. Es necesario caer en alguno de esos abismos.

No es dado quedarse sin negar ni afirmar la materia eterna ó Dios. El positivista cae del escollo en que se ha encaramado, aunque se agarre con las uñas, á fin de no

caerse, á los preceptos de Littré, declarándose, con modestia, incompetente para decidir sobre tales asuntos.

Lo más común es que caiga en el materialismo y en el ateísmo. Littré cae con frecuencia, como se lo prueba Caro en el extenso libro que ha escrito sobre él, y al que me remito.

Y cae también la turbamulta de positivistas franceses, ingleses, alemanes y españoles, que con más ó menos pudor y disimulo van á seguir la bandera de Büchner, de Moleschott, de Carlos Vogt ó de Haeckel.

El Sr. Menéndez y Pelayo, que ha estudiado bien todo esto en sus *Heterodoxos*, trae larga lista de secuaces del positivismo en España, y apenas hay uno que se haya quedado en la neutralidad modesta y antimetafísica: casi todos caen en el materialismo, descollando entre ellos el catalán Pompeyo Janer. Hasta los antiguos y nebulosos krausistas, empezando por D. Nicolás Salmerón, han venido á dar en el positivismo en los últimos tiempos; pero todos estos positivistas españoles pertenecen á la secta no religiosa. Menéndez y Pelayo, cuya diligencia y erudición son admirables, sólo nos cita dos positivistas españoles religiosos: D. José Segundo Flórez y el naturalista cubano D. Andrés Poey, ninguno de los cuales debe de haber fundado Iglesia entre nosotros. Si la ha fundado, estará escondida en tenebrosas catacumbas, cuando Menéndez y Pelayo, que todo lo escudriña, no ha dado con ella. Lícito es, pues, afirmar sintéticamente que en España no hay positivistas religiosos. La Religión de la humanidad no hace prosélitos por aquí. Estéril y desairada misión me parece esa que V. y su hermano quieren confiarnos, á Doña Emilia Pardo Bazán y á mí, de ser en España los apóstoles de la Religión de la humanidad: el Santiago y la Santa Teresa de esta nueva creencia.

Las lisonjas, amonestaciones y consejos de V. son cantos de sirena, á los cuales Doña Emilia y yo debemos tabicar con cera los oídos, imitando al prudente Ulises. Si los oyésemos, si nos dejásemos seducir, iríamos á parar al cómico martirio, no de la hoguera, no de la degollación, no de la estrangulación, sino de las silbas y de las burlas. España está muy hundida en el *negativismo*, como V. le llama: y no hay quien la saque de él á tres tiro-nes. Lo que dice V. á Doña Emilia es para deslumbrar á cualquiera; pero ella no es cualquiera, y no se dejará deslumbrar. V. le dice, entre otras cosas: « Anhele que revele V. la Religión de la humanidad á las nobles españolas sus compatriotas; que las haga influir en la conversión de sus padres, de sus esposos, de sus hijos, des- caminados en el *negativismo*, que convierta V. misma, exhortándolos fuertemente, á varios de los esclarecidos varones de España, para que se pongan al servicio de la grandiosa doctrina con la que tanto pueden enaltecer á su patria y al mundo entero; que su palabra circule radiante de unción, no sólo por la Península ibérica, sino también por toda la América española, infundiendo convicciones tan sublimes como inquebrantables; que su santa y vigo-rosa elocuencia invada á París para concurrir á la rege-neración definitiva de la gran ciudad por la cual se mo- delan todas las naciones; y que, cuando llegue la hora solemne de su transformación personal de la vida obje- tiva á la vida subjetiva (pasar de la vida objetiva á la vida subjetiva, equivale á morirse entre los profanos), experimente V. el inefable goce de haber trabajado de todo corazón y con todas sus fuerzas por la Religión uni- versal, y pase á incorporarse, resplandeciendo con eterna aureola, en la Humanidad, nuestro verdadero Ser Supre- mo, desde cuyo glorioso seno continuaría V. guiando

almas con el inolvidable ejemplo de su abnegada labor, y con sus virtuosos y magistrales escritos».

En medio del entusiasmo, de la elocuencia, del profundo convencimiento de V., Doña Emilia, no podrá menos de reconocer la inanidad de sus promesas y lo inconsistente de ese Ser Supremo, en cuyo seno V. la coloca, y lo falso de su eternidad, ya que el día menos pensado se seca la Tierra, como parece que se secó la luna, ó se apaga el sol, ó se cae en él la Tierra, ú ocurre á la Tierra cualquier otro percance, y el Ser Supremo, inventado por Augusto Comte, tiene lastimoso fin, con toda la ciencia, con todas las invenciones y con todos los primores, y con todas las filosofías, más ó menos positivas, que ha ido confeccionando en unos cuantos siglos.

Caro, en su libro sobre el positivismo, amenaza también á Vds. con la fin del mundo para demostrar la falsedad y la vanidad de la religión del progreso. «Entonces, el hombre y su civilización, sus esfuerzos, sus artes y sus ciencias, todo habrá sido. Todo perecerá con la vida de nuestro globo; y, si no queda en alguna parte un pensamiento que recuerde, y conciencias que recojan el resultado de tantos sacrificios, la tal religión del progreso es la burla más cruel del pobre animal humano, á quien inútilmente se ha turbado en su miserable dicha y se ha espoleado para que corra en pos de quimeras y de perfecciones cuyo término es la nada.»

Lo cierto es que, para evitar estos tropiezos y sostener el progreso indefinido en toda su grandeza, el positivismo vale poco, y es mil veces mejor *el perfeccionismo absoluto* del Sr. Dosamantes. Con los cuerpos fluidos, dotados de la virtud de lanzarse á otros mundos, chico inconveniente sería que éste se hundiese ó acabase. Nos pondríamos en salvo, y nos iríamos á planetas más be-

llos y más cómodos, diciendo: *Ahí queda eso*, como dicen que dijo el cura de Gabia.

No hay, con todo, medio alguno de que Vds. acepten ni cuerpos fluidos, ni nada que sea equivalente. Son Vds. tan materialistas y tan ateos como el que más. La Religión de la humanidad es sólo poesía sin substancia y delirio vano.

Como únicamente puede comprenderse la religión de Vds. es como uno de los mil arbitrios, el más ineficaz, á mi ver, á que apelan los pensadores de nuestros días, cuando, después de destruir la realidad superior é invisible dentro de lo conocido, buscan lo *ideal*, y hablan de él, y quieren rendirle adoración y culto.

Todo otro arbitrio para poner lo *ideal*, es, repito, más eficaz que el de Vds. Aun suponiendo que la razón, la *mentalidad* del siglo XIX como V. la llama, no logre columbrarle, ¿por qué hemos de negar que no logren columbrarle otras facultades del alma humana, y que no le vean y reconozcan, no sólo como *ideal*, sino como *real*, con limpia, clara y refulgente realidad objetiva, cuya luz acabe por penetrar en el universo concebido por la ciencia, y encerrado por ella en cárcel sombría, y al fin le ilumine y le explique?

Yo confieso que no pocas de estas tentativas de realizar lo ideal, y de traerle al mundo de la ciencia, y de iluminar con él sus tinieblas, me son simpáticas, por disparatadas que sean. Por esto me hacen tanta gracia el *perfeccionismo absoluto* del Sr. Dosamantes, el espiritismo, el budismo esotérico y otros sistemas así.

Hay varias escuelas de ateísmo, todas, por desgracia, muy florecientes ahora. Si sus principios no se hubieran infiltrado en las almas de mucha gente vulgar, que no ha estudiado nada, y que filosofa sin saber que

filosofa, y como por instinto, apenas tendría yo excusa para hablar de estas cosas con ligereza, y sin detenido estudio y reposo; pero yo, al discurrir sobre esto, no voy á revelar lo que se afirma en las cátedras y entre los muy doctos, sino que voy á tratar de ideas que corren y se difunden por las calles y por las plazas, que penetran en la vida social é influyen en ella.

Aunque se me tilde de impropiedad en el lenguaje, porque en lo falso y en lo absurdo no quepa más y menos, yo empiezo por creer que, siendo absurdas todas las negaciones de Dios, hay unas más absurdas, y menos absurdas otras.

Si el mundo es un valle de lágrimas sin esperanza en otra vida mejor; si todos los seres padecen; si la injusticia triunfa; si el orden físico y el orden moral no existen, y si no hay más que desorden, como no hemos de suponer un poder infinito que se complazca en el dolor y en la miseria, ni tampoco hemos de fingir para soberano ordenador del mundo un ser benigno, pero sin fuerza y sin saber que basten á remediar lo malo, ó, mejor dicho, á no haberlo hecho, parece legítima consecuencia la negación de Dios. Lo falso está en las premisas, prescindiendo ahora de lo misterioso é inexplicable de que los seres obedezcan á ciertas leyes, aunque sean inicuas, sin que haya legislador que dé esas leyes; de que salga la conciencia de lo que no tiene conciencia, y de que brote un prurito certero y una voluntad eficaz de ser, sin persona donde la raíz de este prurito y de esta voluntad resida.

Con todo: yo creo que el ateísmo pesimista de Leopardi, de Schopenhauer y de Hartmann, es el menos desatinado: hay en él no poco del budismo transplantado á Europa.

Pero cuando sostenemos que todo está divinamente concertado ; que todo concurre y se encamina á la perfección de modo indefectible, se comprende mucho menos que nadie sea ateo.

Augusto Comte, á mediados de este siglo, descubrió y explicó las leyes por cuya virtud el linaje humano va encaminándose á una sublime y noble bienaventuranza á través de los períodos teológico, metafísico y, por último, positivo; pero estas leyes que descubrió Augusto Comte estaban ya promulgadas y eran obedecidas desde el principio ó desde la eternidad ; luego hubo inteligencia que las dictó y poder que las hizo obedecer desde entonces. Tan acertadas y bienhechoras leyes no las dictó ni las impuso el Gran Fetiche, que es la tierra que habitamos, ni el Gran Medio, que es el espacio en que la tierra se mueve, ni la Virgen-Madre, que es la Humanidad, nacida en virtud de estas leyes. El Ser Supremo positivista es uno y trino : es un compuesto del Gran Medio, del Gran Fetiche y de la Virgen-Madre; pero tampoco da las leyes : se limita á obedecerlas y á irse encaminando así á la perfección.

Claro se ve que esta religión positivista es absurda para los teólogos y para los metafísicos; pero, digo la verdad, no comprendo el enojo, las burlas y las protestas contra ella de los positivistas no religiosos. Á mi ver, Vds. son tan lógicos como ellos, y además son más amenos. Con semejante fantasmagoría ó camelo de religión no se invalida ni se desnaturaliza la doctrina del Maestro. Ni Vds. vuelven á restablecer los agentes sobrenaturales del período teológico, ni lo que llaman Vds. abstracciones realizadas del período metafísico, como Dios, esencia y causa. Vds. se limitan, para recreo y hechizo poético de los hombres, á personificar cosas harto reales

y visibles, que no tienen nada de abstracción; á saber: el universo todo, el planeta en que habitamos y cuantos animales racionales le pueblan, considerándolos en su conjunto.

No acusaré yo á Vds. de inconsecuentes, como otros los acusan, calificando su religión, en lo tocante al culto de los héroes, de paganismo; y en lo tocante á la devoción fervorosa á las mujeres, de plagio de la devoción á la Virgen María de los católicos. No deroga la religión de Vds., que no es religión, la ley positivista que hace de la religión el grado ínfimo en el desarrollo intelectual de los hombres. La religión de Vds. es un objeto artístico, un primor, un adorno, de mejor ó peor gusto, pero que, en lo esencial, ni quita ni pone.

No hay que decir que yo no creo en la afirmación de Augusto Comte. Yo creo lo contrario. La religión es inmortal, es indestructible, como ciencia y como sentimiento. Desde todos los puntos, desde aquellos que más distantes nos parecen, y por todos los caminos, cuando más pensamos apartarnos de la religión, de la metafísica y de la teología, volvemos á ellas, sin poder evitarlo. Si algún valor tiene la religión de Vds., es el de la sombra, el del espectro, que distrae y fascina y tal vez impide á Vds., ó ver la verdadera religión que penetra en el positivismo, ó salir á buscarla, desde el seno de ese positivismo, siguiendo sus métodos, y apoyándose en él y tomándole como punto de partida.

En contraposición á la vana religión de Vds., he de permitirme decirles algo, dado lo poco que sé, y creo penetrar, de los esfuerzos y tentativas para recobrar la religión verdadera y para hacer de ella una ciencia positiva en el seno del positivismo, completando así la enciclopedia de Augusto Comte, y añadiendo á sus seis ciencias,

que se siguen y encadenan, otra más alta, que es la teología.

Bien puede asegurarse que Herberto Spencer ha mejorado y perfeccionado el positivismo, creando la *filosofía de la evolución*, por cuya virtud trata de explicarlo todo. Lo que se queda por explicar, ó es lo incognoscible en sí, ó la acción de lo incognoscible. Tenemos, pues, lo incognoscible fuera de la ciencia; pero algo es, ya que, al afirmar que no se deja conocer, lo afirmamos.

De esta suerte Herberto Spencer, que procede al principio como Augusto Comte, considerando la religión como superstición y puerilidad, vuelve reflexivamente á la religión después de haber recorrido toda la ciencia. Herberto Spencer funda esta segunda religion reflexiva, la religión de lo incognoscible, y aun la pone por cima de toda ciencia: inexpugnable, invencible é indestructible.

«La omnipresencia, dice, de algo superior al entendimiento humano, es una creencia común á todas las religiones. Nada tiene que temer esta creencia de la lógica más severa. Es una verdad última de la mayor certidumbre, una verdad sobre la cual las religiones todas están de acuerdo, y está de acuerdo igualmente la ciencia. Hay un poder impenetrable, del cual es manifestación el universo.»

Fundada así la religión agnóstica, ya, según he leído en varios libros, hay en Inglaterra positivistas que han formado Iglesia para dar culto á este incognoscible, escondido siempre y presente siempre en todo. En el fondo de todos los fenómenos físicos y morales está lo incognoscible, está lo que nosotros llamamos Dios, y esto es lo que adoran.

Para Herberto Spencer, tiempo, espacio, causas, subs-

tancia, movimiento, espíritu, son términos ininteligibles y llenos de contradicciones.

No sabemos más que enlazar algunos fenómenos según la ley de continuidad. Resulta, pues, al último extremo del empirismo baconiano y del positivismo comtiano, un profundo misterio religioso. Detrás de cada objeto, en el centro de cada cosa, en nosotros mismos, está lo incognoscible, y todo es efecto de su perpetua é incesante operación divina.

Apenas hay filósofos que no se contradigan, y Herberto Spencer no es excepción de la regla. Al lado de la modestia con que declara que casi no sabe nada, viene la inaudita y temeraria pretensión de explicarlo todo con su evolución universal. Empieza por la nebulosa primitiva, y, desde ella, con su evolución, nos va creando los astros, los fenómenos geológicos, la aparición de la vida, y luego el progreso de plantas y animales, y por último el desarrollo de la sensibilidad y de la inteligencia, las artes, los oficios, el saber, la formación de las sociedades, y su florecimiento y sus adelantos.

Lo cierto es que, supuestos lo incognoscible y su perpetua operación divina, con decir *será lo que Dios quiere*, estamos al cabo de toda dificultad, y no hay para qué calentarse la cabeza. Pero es lo malo que, al pretender explicarlo todo, como si hubiésemos arrebatado su secreto á lo incognoscible, incurrimos en dificultades nuevas. Aunque Dios, lo incognoscible, pudo hacer las cosas de mil modos distintos que nosotros ni comprendemos ni imaginamos, desde el momento en que afirmamos que las hizo de un modo, tal vez incurrimos en error, y el error queda patente si se prueba que de ese modo no las hizo.

Así entiendo yo que el sistema de la evolución univer-

sal de Herberto Spencer queda refutado por un libro de un discípulo del Sr. Pasteur, llamado Dionisio Cochin. El libro se titula *La Evolución y la vida*, y recomiendo á V. su lectura.

Acaso, leyéndole, venga V. á convencerse, como yo me he convencido, de que no hay una sola evolución, sino de que ha habido tres, ó dos por lo menos. Con la materia primera, y con leyes matemáticas, físicas y químicas, por mucho que se haya *evolucionado*, no ha podido aparecer la vida. La vida no se explica sin los gérmenes, sin otra intervención de lo incognoscible, sin algo como nueva creación, que marca nueva era y el principio de evolución nueva y más alta. Y no vale salvar la dificultad como la salva sir Guillermo Thomson, imaginando que cayó en nuestro planeta un pedazo de astro viejo, todo cuajado de microbios. Esto sería trasladar la dificultad á ese astro viejo; endosársela, pero no resolverla.

Con la aparición de la conciencia, del entendimiento, del ser humano, ocurre lo mismo.

Entre lo que vive y lo que no vive, entre lo que piensa y lo que no piensa, no hay término medio: no hay eslabón que enlace la cadena y acredite como evidente la ley de continuidad. De la substancia viva más imperfecta á la substancia sin vida más hermosa y rica, al diamante, al cristal, al oro más puro, hay un abismo. Y desde el más grosero pensamiento al instinto más perfecto del animal, hay otro abismo también. Fuerza es, pues, admitir la solución de la continuidad de Herberto Spencer, y tres evoluciones en vez de una: la de la materia inorgánica, la de la vida y la de la conciencia.

Ignoro si un señor llamado Enrique Drummond, es inglés ó *yankee*. Sólo sé que, estando yo en los Estados

Unidos, apareció allí y se puso muy en moda un libro suyo, impreso en Boston, que se titula *Leyes naturales en el mundo espiritual*.

Aunque yo, según he confesado, sé poquísimo, y no tengo la pretensión de enseñar, y sólo escribo para divertirme y divertir, si puedo, á quien me lea, todavía, sin pasar de mero aficionado á sabio, tengo mis opiniones arraigadísimas, contra las cuales nada prevalece. Y una de estas opiniones es que el método empírico sirve para explicar los fenómenos y sus relaciones; para clasificar los seres y ponerlos como en un casillero; mas no para explicar las causas y elevarse á la metafísica, previamente desechada. Así, pues, yo considero falso el pensamiento fundamental de Enrique Drummond, y yo considero irrealizable su intento.

Sin embargo, el intento de Enrique Drummond es tan sano y tan sublimemente benévolo, y el arte y el discurso con que le realiza son tan ingeniosos, que no puedo resistir á la tentación de hacer aquí un extracto de su sistema.

Así verá V. cómo la *mentalidad*, en este tercer período histórico llamado positivo, no excluye la religión ni la teología, sino que desde el seno del positivismo, y por métodos positivistas, volvemos á ellas. Y volvemos, no ya sólo á una religión metafísica, á una teología natural ó teodicea creada por el discurso, sino á la religión revelada, cristiana, positiva y católica.

V. y su hermano, que son tan entusiastas y tan devotos de San Pablo, de Santa Teresa de Jesús y de San Ignacio de Loyola, quién sabe si cuando vean que, sin dejar los carriles del positivismo, pueden llegar con Enrique Drummond á creer en lo que creyeron dichos Santos, no acabarán por abjurar de esa Religión de la Hu-

manidad, sin más Dios que la Humanidad misma, y por volver al Catolicismo, el cual, dado, como yo creo, que la religión no ha concluido ni concluirá nunca, es la verdadera religión de la Humanidad: la religión definitiva.

Pero tratar de esto requiere bastante extensión y capítulo aparte. Quédese, pues, para el próximo número de LA ESPAÑA MODERNA.

JUAN VALERA,
de la Real Academia española.

POETAS COLOMBIANOS

EL EXCMO. SR. D. MIGUEL ANTONIO CARO.

I.

ENTRE los diez y seis Estados transatlánticos que con su vitalidad robusta y su ingente extensión territorial muestran, tanto como los gloriosos anales de nuestra patria, su colosal grandeza, dudo que haya otro en quien se haya grabado más profundamente el sello español que en la República de Colombia. Las letras, las artes y las ciencias se cultivan allí de una manera verdaderamente extraordinaria; cada hijo del país, por instinto natural, conviértese en un discípulo de Apolo; la pasión por la música le es también ingénita, y merced á ese maravilloso conjunto de aptitudes, Bogotá, centro del nuevo Estado Colombiano, se ha alzado con el cetro de la cultura sur-americana, y ha merecido el justo título de Atenas de la América española.

Desde mucho antes que nuestros antepasados la descubrieran, ya era la altiplanicie donde ahora se asienta aquella capital, foco brillante de civilización. Después la lengua de Cervantes se arraigó allá al par que nuestras

tradiciones, y fueron tratadas una y otras con singular respeto y conservadas como precioso tesoro. Más adelante, la pureza del materno lenguaje resistió al transcurso de los tiempos y á las influencias extrañas del clima, y como nuevas razas no han dejado en Colombia, cual en la República Argentina, ningún germen de cultura exótica, el decoro de su hermosura se ha conservado incólume de torpes barbarismos. «Mirar por la lengua, dice un colombiano ilustre, D. Rufino José Cuervo, en sus *Anotaciones críticas sobre el lenguaje bogotano*, vale tanto para nosotros como cuidar los recuerdos de nuestros mayores, las tradiciones de nuestro pueblo y las glorias de nuestros héroes.» Gracias á ese culto respetuoso, hoy se hace imposible distinguir si una composición ha sido inspirada á orillas del dorado Tajo ó del caudaloso Magdalena, en los áridos llanos de Castilla ó en la espléndida sabana bogotana. Por eso también Colombia es la República americana que puede ostentar más brillante corona de poetas líricos; la que á España disputa con mayor éxito la palma del Parnaso castellano.

Todo recuerda en aquel pueblo excelente nuestra patria querida. Cuando sus impertérritos conquistadores, al mando de D. Gonzalo Jiménez de Quesada, alcanzaron, después de largas penalidades, la elevada planicie de los Andes, quedáronse gratamente maravillados al sorprender aquel opulento país de los chibchas ó muiscas, que, con su dilatada vega y su blanca cordillera, se les antojó un gigantesco remedo de Sierra Nevada y de la vega de Granada; y no supieron darle nombre más adecuado que el de aquel antiguo reino moro, nombre que después había de trocar por el no menos simpático de Colombia. Y sin duda estos recuerdos, exacerbados y excitados fácilmente por el amor á la tierra natal, se repetirían en

otras comarcas, según lo hace visible la toponomástica colombiana, copia en muchas ocasiones de la española. Por eso hoy día vemos en aquel suelo alzarse villas y ciudades que llevan los mismos nombres que las nuestras, tales como Cartagena, Málaga, Toledo, Zaragoza, Pamplona, Córdoba, Segovia, Ocaña, y otras varias.

No he tenido, cual nuestro ilustre Valera, la fortuna de leer la novela *Tránsito*, de Silvestre, ni de enterarme, por tanto, de las alegres fiestas populares de los pueblos asentados en las márgenes risueñas del Magdalena; ni tampoco alcancé nunca, por el aislamiento literario en que vivimos en España respecto á nuestros hermanos de América, á recrear mis ocios con los cuadros de costumbres del popular escritor José David Guarín, hoy de nuevo devuelto á las salvadoras creencias que aprendió en su infancia; ni conozco en este género más que por sus nombres otras novelas, que deben de ser muy sabrosas, de Carlos Posada, Emilio Escobar y otros escritores que no recuerdo. Bástame, empero, haber leído algunos artículos de costumbres en los periódicos de por allá, y más recientemente el entretenido viaje del Sr. Laverde Amaya, para convencerme, con el distinguido autor de *Pepita Jiménez*, de que todo lo que en Colombia se guarda heredado de nuestros mayores es archi-español, y de que es más fácil oír una seguidilla ó tonada andaluza al pie de la Sierra Nevada de Santa Marta ó de la cordillera del Citará, en las altiplanicies de Chiquinquirá y de Popayán, ó junto al navegable Cauca ó el Atrato, cuyas arenas, como las del Tajo, arrastran abundante oro, que al pie del Montserrat ó cerca de las orillas del Llobregat y del Besós.

También la fe católica, que nuestros padres nos legaron, alienta tan viva en Colombia como acá en España,

á pesar de funestos ensayos de descristianización llevados á cabo por impopulares y frecuentes revoluciones. Por eso allí, después de una porfiada contienda, ha sido posible en pleno siglo XIX el logro tan anhelado de una restauración católica completa del ideal de un verdadero pueblo cristiano, como el que España realizó en los mejores tiempos de la monarquía de la Casa de Austria.

Hasta las mismas mujeres muestran al par de estos sentimientos religiosos las gracias físicas de las hijas de la hidalga España, y como en una hermosa estancia dice mi respetado amigo, D. José Joaquín Ortiz, revelan en su mirada ardiente, en el dejo meloso de la voz, en su porte elegante y en su puro perfil,

«El decoro y nobleza castellana
Y el donaire y la sal de Andalucía».

II.

De algunos de los escritores que mejor representan esa Colombia tradicional, tan culta, tan caballerosa, tan católica, y, en una palabra, tan española, me propongo escribir en las páginas que ofrece á mi disposición el Director de esta Revista. Hágoło también, llevado de mi buen deseo de corresponder en la medida de mis fuerzas á su invitación galante, para que tome parte en la cruzada generosa por él iniciada en favor de la fraternidad y unión de los españoles de ambos mundos, y de la cual es el propugnador más entusiasta el ilustre escritor Don Vicente Barrantes. Y al entrar en la noble liza en la cual combatimos con iguales bríos los que de aquende y

allende el Atlántico hablamos la lengua de Cervantes, anhelosos de que sean comunes las glorias literarias de una y otra región, mi primer tributo debe dirigirse al eminente literato bogotano, D. Miguel A. Caro, mi maestro en la literatura colombiana.

Por otra parte, dejadas á un lado razones de personal afecto y deberes de gratitud, ningún otro merece más que él ocupar el primer lugar siempre que se hable de Colombia y de sus letras. Es, como reconoce Valera, con todo y militar en muy distinta escuela, el hombre más eminente de Colombia por el pensamiento; el que mejor representa y sintetiza todos los sentimientos del castizo pueblo neo-granadino, por su catolicismo á machamartillo, por su españolismo á prueba de contradicciones y de toda suerte de enemigos, por su amor á las heredadas tradiciones; es, por último, de todos los de su país, el escritor más conocido en España, y el que sostiene más directas y continuas relaciones con nuestros literatos.

Se halla todavía en el vigor de sus fuerzas físicas é intelectuales, pues no ha cumplido aún los cuarenta y seis años, y ya el aplauso y la veneración de sus paisanos le ha elevado á las dignidades de senador y representante de la República, de presidente del Congreso de delegatarios y de presidente del Consejo de Estado, alto cargo que actualmente desempeña. Si su modestia y cierta habitual inercia; si su amor al retiro y á los estudios serios y reflexivos no se lo impidieran, hubiera tal vez dirigido más de una vez las riendas del Estado; mas él ha preferido siempre la comunicación de sus libros y el descanso de su hogar, adonde le han alcanzado, á pesar de su afán por vivir ignorado y tranquilo, honores y pruebas de general simpatía, manifestadas casi de un modo plebiscitario.

Sin embargo, su influencia bienhechora en la marcha de los destinos públicos se ha dejado sentir siempre, y muy en particular en el nuevo orden de cosas que rige ahora en Colombia, bajo la simpática bandera de regeneración social, de la cual ha sido en la prensa el campeón más infatigable. Al contemplar hoy cuán rápidamente convalece su adorada patria, después de una revolución política intensa, de una larga y sangrienta lucha civil y de una crisis económica pavorosa, debe sentirse con razón orgulloso el que de justicia merecería el honroso dictado de co-regenerador de la moderna Colombia.

III.

No vengo en esta ocasión á trazar la semblanza completa de un hombre tan ilustre y de tan aprovechada existencia, que, según el distinguido escritor argentino señor Cané, ha leído cuanto es posible leer en treinta años de vida intelectual, entrando á fondo en la literatura moderna de tal manera, que pocos como él podrían hablar con tal autoridad de lo que en materia de ciencias y letras se ha hecho en el mundo en los últimos cien años. ¿Cómo retratar en el reducido cuadro de un par de artículos al fecundo escritor polígrafo, maestro en ciencias morales y políticas, consumado en filología, príncipe en humanidades, y al inspirado poeta? Gracias que acierte á pintarle considerado desde este último punto de vista, y esto es lo que más adelante me propongo hacer, analizando, bien que someramente, algunas de sus poesías y de sus traducciones poéticas.

Del humanista nada nuevo pudiera decir á mis lectores, después de los extensos estudios de nuestro Menéndez y Pelayo, que le colocó á la cabeza de los virgilianos españoles, y del argentino Juan María Gutiérrez. Para hablar del hombre de Estado cuya visión política es una de las más altas dotes con que le galardonó la Providencia, y que corre parejas con su intuición poética, no me siento con fuerzas bastantes ni con experiencia suficiente, ajeno como soy á esa clase de asuntos. Lo lamento de veras. Pocos son los que saben que el modesto cuanto egregio hijo de Bogotá, entra y se mueve en el campo de las ciencias políticas, y no sólo en éste, sino en el de las morales, filosóficas y jurídicas, con el mismo desembarazo que en el terreno de la crítica y de la filología, y que alza el vuelo con igual facilidad á las alturas de la ciencia como á las encantadas regiones de la poesía, sin que sus poderosas alas ni en unas ni en otras se fatiguen. Sus numerosos artículos políticos publicados en *La Fe* (1868), en *El Tradicionista* (1871-1876) y en *La Nación* de Bogotá (1886-1888), de los que ha sido Director, así como los literarios é históricos que salieron á luz en la *Revista de Bogotá*, en el *Anuario de la Academia Colombiana* y en el magnífico *Repertorio Colombiano*, se están coleccionando en excelente edición, y sería de desear que muchos de ellos, pongo por caso los que versan sobre *Libertad de imprenta*, que son los últimos que leí, y que, á mi ver, constituyen el estudio más concienzudo que en la prensa periódica, y aun fuera de ella, se haya hecho de tan delicada cuestión, puesta sobre el tapete en todas las naciones por el moderno liberalismo, sería de desear, repito, que fueran reproducidos por los periódicos españoles. Á los católicos principalmente, distraídos en disputas bizantinas, recomiendo los frutos admirables del gran campeón

de la justa causa. Á bien que muchos de ellos no simpatizarían con el modo de ver más amplio y generoso, dentro de la más exigente ortodoxia, del polemista americano, y, sobre todo, aquellos que se distinguen por ciertas soluciones intransigentes reñidas con el sentido común, y por su falta absoluta de caridad, de quienes me decía muy oportunamente en cierta ocasión el Sr. Caro, que quieren el bien por un solo medio, por un solo camino y mediante ciertas condiciones que á la Providencia le imponen.

Tampoco me atrevo á tratar, por juzgarlo superior á mis conocimientos, del gramático y del filólogo. Por fortuna, España ha tiempo que le admira y le proclama maestro en la lengua nacional, poniéndole al lado de los ilustres americanos, que, por un extraño contraste, después de haber sacudido nuestro yugo político, han venido á darnos lecciones de estilo y de gramática : y al decir esto, mis lectores ya adivinarán que me refiero al venezolano D. Rafael María Baralt, autor del conocido *Diccionario de galicismos*; al caraqueño D. Andrés Bello, que lo es de una de las mejores *Gramáticas españolas*, y á los colombianos D. Rufino José Cuervo, cuyo *Diccionario de construcción y régimen* puede ponerse al lado del tan celebrado de Littré, y D. Marco Fidel Suárez, de quien se han publicado en Madrid los *Estudios gramaticales*. D. Rafael Merchán, escritor cubano que ha conquistado merecida reputación, califica de Evangelio de nuestra lengua los trabajos de Caro acerca del *Americanismo en el lenguaje* y *El Uso*, este último admirable sobre toda ponderación, y monografía gramatical como no tenemos ninguna en castellano, y compara el *Tratado del Participio* y la *Gramática latina*, que escribió en unión con el insigne filólogo Cuervo, á dos pirámides levantadas en el campo de la filología.

IV.

En pocos escritores brilla más que en Caro la condición del españolismo; y quizá en la que fué Nueva Granada no hallaríamos otro que mejor reflejara este sentimiento. Caro siente con sin igual viveza gratitud y afecto profundos hacia la antigua madre España, cuya sombra veneranda, como la de Roma para los pueblos latinos, ampara y continuará amparando por largo tiempo á las diez y seis naciones americanas que un día cobijó bajo su manto. ¿Y cómo no había de querer á nuestra desgraciada patria, que se ha desangrado con sacrificios superiores á sus fuerzas para infundir su religión, sus leyes y sus costumbres en tantos pueblos, comunicándoles ese admirable sello de unidad, al cual sólo pudo hallar límites artificiales la geografía, logrando hacer de ellos un grupo interesantísimo de Repúblicas hermanas, que en la Babel de las naciones se distinguirán y reconocerán siempre por llevar la semblanza materna en el rostro y un acento común en los labios?

No todos los escritores colombianos, sin embargo, han compartido los nobilísimos sentimientos del ilustre hijo de Bogotá. Hubo días, que por fortuna pasaron, en que insultar y menospreciar á España era en Colombia y en Hispano-América lugar común de la prosa y de la poesía. Y no fué únicamente la generación que hizo la guerra la que más descolló en esa campaña de odio, como cree y afirma el Sr. Barrantes en su primer artículo publicado en esta Revista. Esos sentimientos, por desgra-

cia, continuaron alimentando largo tiempo el árbol vigoroso de las letras colombianas, y á veces, como planta parásita, ahogando su belleza; pues, hay que confesarlo, los poetas neo-granadinos se han mostrado más inspirados en sus cantos de simpatía á la madre patria, que en sus insultos lanzados por injustificado despecho.

D. José María Rojas Garrido, muerto en 1883, exclamaba en su oda *Á los Mártires*, que debe entenderse son los de la independencia :

« Más que vasallos, fuimos
Esclavos viles del ibero trono,
Siglos gimiendo en dura pesadumbre ».

Otro poeta contemporáneo, general de la República, D. José María Pinzón, que no alcanzó por cierto los tiempos en que Colombia sufría el yugo de España, y sí todo el peso de las guerras civiles, refiriéndose á las cuales pudo exclamar con harta razón su contemporáneo Santiago Pérez :

« No resta acaso un punto
Do la sangre que vierte nuestra mano,
No cubra ya la que vertió el Hispano »,

extremaba más todavía sus diatribas en versos, que, no por lo inspirados, sino por lo rencorosos, no hubieran desdeñado Olmedo ni Heredia :

« ¿ Qué hizo la España del venero inmenso
Que le dejaron Isabel y el Sabio?
¡ Ay ! ¡ Se resiente estremecido el labio
Al mencionar oprobio y ambición !
.....

Sed hidrópica de oro como causa ;
 Sudor, lágrimas, sangre, por remedio ;
 látigo, hierro, afrenta como medio ,
 Creciente oscuridad cual porvenir !

.....
 ¡ Qué señores aquellos ! ¿ Su hidalguía ?
 ¡ La traición, el engaño, la vileza !
 ¿ Su moral ?.... ¡ Todo á cambio de riqueza !
 ¿ Su religión ?.... ¡ El fanatismo audaz !
 ¡ Aquí el papel llenaron de verdugos
 Los hijos de Lepanto y de Numancia !

Me resisto á seguir recogiendo esa rociada de bilis. Razones de buen gusto me impiden también comunicar á mis lectores las atrocidades patrioterías de D. José María Torres Caicedo, diplomático distinguido y escritor de muy varia condición, el cual vió la luz bastantes años después de haber cerrado los ojos á ella la heroína famosa y mártir de la independencia neo-granadina, Policarpa Salabaterra, inspiradora de sus indignadas estrofas. De esa poesía, en que salen á relucir el *godo* furioso y el bárbaro español, y donde la exaltación y el furor llegan ya á los límites de lo cómico, me dispensa de citar algún fragmento el Sr. Valera, pues que ya la fustigó con su fina ironía y ática sal, en la séptima de sus sabrosísimas *Cartas americanas sobre el Parnaso colombiano* de D. Julio Áñez, dirigidas á mi sabio amigo el actual Director de la Biblioteca Nacional de Bogotá, D. José Rivas Groot.

En ese antiespañolismo americano entra á las veces por mucho lo académico y convencional. De otra suerte, no se comprendería tanta indignación en los hijos de los que hicieron la independencia, y cierta relativa sobriedad en los que presenciaron sus esfuerzos y sufrieron sus horrores. Así el bogotano Luis Vargas, que perdió la ra-

zón á consecuencia de los padecimientos morales; que anduvo errante y proscrito por conspirador, y que tuvo que permanecer oculto muchos meses en una cueva solitaria, sólo se permite en su *Himno á la Libertad* un ligero desahogo contra la *Europa caduca*, desahogo que allá por los años de 1828 debió ser más original que ahora, que se ha convertido, á puro de manosearlo, en lugar común de la moderna lira americana. José Eusebio Caro, padre de nuestro poeta, está solemne y noble en la imprecación que hace dirigir al último Inca, tan conocida en su patria. Por fortuna, á pesar de los testimonios que antes he transcrito, y que pudiera fácilmente multiplicar, puedo asegurar que en la abundante literatura patriótica de la Nueva Granada, y en el sinnúmero de sonetos y odas que se le han dedicado á Bolívar después de su muerte, y sobre todo con motivo de su centenario, por la mayor parte de los ingenios de su país, y que en la citada colección de Añez aparecen firmados por José Fernández Madrid, Díaz Guerra, Ruperto S. Gómez, José María Samper y otros, reina por lo común cierta templanza y buen sentido.

V.

Pasando del campo de los abrojos al de las flores, son de las primeras con que se tropieza, ofrendadas por la simpatía y la admiración de los colombianos á su antigua metrópoli, las de D. José Joaquín Ortíz. Como él mismo declara, es *ahora de los últimos testigos de la virtud*

de aquella heroica raza que hizo la independencia, y que, por haber nacido

«.... en medio á la tormenta horrible
De do brotó la libertad de un mundo ;

logró la dicha de ver al libertador de cinco naciones, y sintió las amarguras de una guerra cruel y fratricida. En su dichosa vejez, rodeado de una familia que le adora y de amigos que le veneran, complácese en recordar cómo conoció á Bolívar luciendo su bella figura en la plaza desierta del pueblo, sobre un brioso caballo ijadeando por la carrera, á la encendida luz del sol casi moribundo de la tarde. Y refiere con prolijos detalles cómo al descansar Bolívar en la casa del cura de aquel pueblo, él, cual buen rapazuelo entrometido, se entretenía en jugar con su pequeño morrión, y en limpiar su charol reluciente ó la placa de plata, ó en sacar el blanco pañuelo que había en la copa ; y después cómo el Libertador le puso en sus rodillas y le preguntó por su nombre y le acarició.... Tales recuerdos, grabados en la tenaz memoria de un niño, y exacerbados por crueles pruebas y por la agonía de un padre en las fortalezas de Porto-Cabello, hubieran dejado amarga hiel en otro corazón que no fuera el nobilísimo de Ortiz. Y, sin embargo, de los labios del único poeta hoy sobreviviente, contemporáneo de aquella sangrienta guerra, en la que los combatientes de uno y otro bando eran héroes, no han salido más que voces elocuentes y tiernas de amorosa simpatía á España, de esas que siempre conmoverán el pecho de todo buen español.

La explicación de este hecho es muy sencilla. En el venerable Ortiz, á fuer de buen católico, se dan la mano

el amor á España y á Roma, amores que constituyen la divisa del partido en cuyas filas ha militado siempre el que fué denodado redactor de *La Caridad*, el que durante catorce años luchó por la cruzada regeneradora llevada ya á dichoso término, y el que hoy, en su ancianidad, se siente aún con juveniles bríos para combatir *por su Dios, por su Patria y por su Derecho*.

Si este artículo estuviera consagrado al que ha sido llamado el Quintana católico, y que, á pesar de su admiración por el eximio poeta, siente rubor de que se le compare con aquel que dijo:

«¡Ay del alcázar que al error fundaron.... etc.»,

copiaría aquí largos fragmentos de su magnífica composición *Los Colonos*, que me hizo saborear por vez primera mi entrañable amigo de infancia Marcelino Menéndez y Pelayo, y de seguro que mis lectores gozarían en aquellas regaladas estancias, donde con alta poesía refiere la gratitud á que se hicieron acreedores los modestos héroes que trajeron á su nativo suelo el primer caballo y los primeros animales domésticos, ó construyeron el primer molino, ó sembraron utilísimas semillas. *Los Colonos* es el idilio de la conquista y una de las obras maestras de Ortiz. Mas es preciso que en España se repitan algunos de los sublimes acentos de concordia exhalados del pecho de un gran poeta, y por eso, á trueque de ser difuso y más largo de lo que quisiera, voy á copiar los siguientes versos de la poesía *Colombia y España*. Dice á los héroes de la Independencia y padres de la patria:

«Hoy á nuestros sepulcros hace sombra
La bandera del iris, enlazada

Á la de los castillos y leones,
 Que el odio no es eterno
 En los pobres humanos corazones ;
 Y llegó el día en que la madre España
 Estrechase á Colombia entre sus brazos,
 Depuesta ya la saña ;
 No sierva, no señora ;
 Libres las dos como las hizo el cielo.
 ¡ Ah ! ¿ Ni cómo podría
 Hallarse la hija siempre separada
 Del dulce hogar paterno ,
 Ni consentir la cariñosa madre
 Que tal apartamiento fuera eterno ?
 En esos años de la ausencia fiera
 El recuerdo de España
 Seguíanos doquiera.
 Todo nos es común : su Dios, el nuestro ;
 La sangre que circula por sus venas
 Y el hermoso lenguaje ;
 Sus artes, nuestras artes ; la armonía
 De sus cantos, la nuestra ; sus reveses ,
 Nuestros también, y nuestras,
 Las glorias de Bailén y de Pavía. »

No puedo seguir citando. Tampoco puedo recordar las expresiones de gratitud de Quijano Vallis, que reconoce que España legó á los americanos, además de su raza

« Sus virtudes y límpidos blasones,
 Y la armónica lengua castellana,
 Y el blanco cirio de la fe cristiana » ;

ni otros testimonios de reconciliación y desagravio de Ruperto S. Gómez y demás hispanófilos. Mas no importa ; que el españolismo de Caro vale por todos ellos, y basta para dejar probada la poderosa corriente de sim-

patía que hoy nos viene desde los Andes, y que es correspondida con regocijado amor por la madre patria, de la cual no han salido, ni pueden nunca salir, maldiciones para sus hijos del nuevo mundo, pues no en balde se llama madre suya.

VI.

Á Caro hanle acusado sus enemigos de españolismo incondicional, y de él han dicho que vivió con los españoles de la Edad Media. Es amante entusiasta, sí, de las glorias españolas; como hombre de estudio y reflexivo, y que conoce á fondo los hechos, no se ha pagado nunca de vulgares declamaciones, y sabe cuánto su tierra natal debe á su antigua metrópoli; no se ha olvidado nunca de que fueron españoles sus antepasados, y que el talento poético es en él herencia y tradición españolas; mas este respeto á sus mayores y á su patria de origen, que debieran imitar todos sus compatriotas, acordándose de que no pueden maldecir á aquélla sin insultar á sus progenitores y á sus mismos hermanos, no le impide ser *americanista* de veras, admirador y panegirista de sus grandes héroes y defensor celoso de la autonomía de su país. ¿Quién ha levantado á Bolívar más grande monumento que él con su magistral oda *Á la estatua del libertador*?

Lo que hay es que Caro, espíritu ante todo independiente, no teme decir á sus paisanos las verdades más amargas; y así, por igual les echa en rostro sus ingratitudes como las crueldades de sus tiranuelos y dictadores. De ahí que ponga en aquella misma soberbia oda

frases de desconsuelo y de arrepentimiento de su obra en boca de Bolívar, hasta el punto de hacerle exclamar:

«¿Quién sabe
Si aré en la mar y edifiqué en el viento?
.....
¿Si caerán sobre mí las maldiciones
De cien generaciones?»

Por eso también, ante la tremenda catástrofe de Querétaro, odiosa mancha de sangre que empañará durante largos años las glorias de México, Caro, hijo de un país democrático y republicano, no vaciló en apostrofar en estancias dignas del autor de *Los gritos del combate*, la libertad revolucionaria y en suspirar por la monarquía.

«¡Triunfó la libertad! Yo me estremezco.
¿Quién es la libertad? Nunca la he visto.
He visto, sí, por do su nombre suena,
Ó licencia voraz ó despotismo.
Si esta es la libertad, sí la conozco;
Si esta es la libertad, yo la maldigo:
Es el malo que al bueno insulta, el fuerte
Que oprime al desvalido.

.....
Sea necesidad, castigo sea,

No hay sociedad sin trono.

.....
¡Maximiliano! Con serena frente
Y libre corazón cantarte puedo;
Nada á los reyes ni á los pueblos pido,
Nada á los pueblos ni á los reyes debo.»

Este mismo lenguaje independiente y enérgico que hablaba cuando joven de veinticuatro años, hoy lo emplea igualmente sin hiel en el corazón, pero con arrogancia pa-

tricia; pues, como afirma el escritor bogotano Sr. Zuleta, que tan bién le conoce, una de las cualidades que más distinguen á Caro como hombre, como escritor en prosa y como poeta, es la sinceridad. Sincero es, pues, su amor á España, y bien lo demuestra aquel soneto solemne que, dedicado á los *Padres de la Patria*, — los primeros conquistadores y los libertadores, — fué publicado hace algún tiempo en el *Repertorio Colombiano*, y que fresco guardo todavía en mi memoria.

« ¡Hijos! Si honrar queréis nuestras faenas,
 Conservad esa herencia íntegra y pura;
 Os dimos habla, religión, cultura
 Y la sangre que corre en vuestras venas.
 Repetid nuestro abrazo; en las serenas
 Moradas de la luz, de guerra dura
 El odio se extinguió, y amor perdura.
 ¡De vivífico amor atad cadenas!
 No con vapor de sangre, con aroma
 De virtud propiciad á vuestros lares;
 Amad á España, venerad á Roma;
 —Y á un lado y á otro lado de los mares,
 Á un tiempo en el canoro patrio idioma,
 Suene el himno de paz en los altares.»

Á conocer á fondo el sincero *españolismo* del Sr. Caro, tal vez nuestro popular novelista D. Pedro Antonio de Alarcón, como en otra ocasión tuve ya el gusto de manifestar al citado Sr. Zuleta, director de *La Nación* de Bogotá, no se hubiera sentido mortificado por la licencia poética, y que en su acepción rigurosa tampoco admito, de la oda *A la Estatua de Libertador*,

« Tu diestra de los Incas vengadora »,

promoviendo una instructiva y caballerosa polémica, en la que terció además el Excmo. Sr. D. Carlos Holguín, actual Presidente de Colombia. La frase que empleó Caro, sin tratar con ella de renegar de su sangre, ni de tomarla al pie de la letra, creyéndose de raza india, está admitida, —bien que con evidente inexactitud histórica, y al igual que por nosotros ciertas expresiones mitológicas, — como un modo poético de aludir á la emancipación del Perú, y en general de cuantos países americanos cruzan los Andes. También la emplean repetidamente otros contemporáneos de Caro, como, v. gr., el novelista Felipe Pérez en el siguiente pasaje de su oda *En el centenario de Bolívar*:

«Del Sol entré en el templo,
Y en él hechos pedazos
Con el martillo de Junin, los hierros
De la América opresa
Puse del Inca en los robustos brazos.»

Es sabido que no llegó á tanto la abnegación de Bolívar, y que los indios se quedaron en la misma situación en que les dejaron los primitivos conquistadores, y desempeñando el mismo papel. Pero, ¿qué hemos de hacerle? La poesía demanda y hasta aplaude semejantes poéticas licencias, yendo más allá de lo que la exactitud histórica consiente, cuando va en busca de lo característico y de la energía de la frase. El camino de tales alegorías lo trazaron Bolívar, Bello, Baralt, y sobre todo Olmedo, el pindárico cantor de la batalla de Junin, tan bien analizado por nuestro excelente crítico D. Manuel Cañete. Sino que Olmedo llevó su alegoría más allá de los límites del comedimiento y del buen gusto, y hubo de hacer decir al pobre Inca Huaina Capac tales desafueros é insensateces contra los españoles, que no ha podido tolerar el Sr. Caro con

su habitual discreción, á pesar de admitir en principio y aun adoptar el uso moderado de dichas libertades de expresión, oponiendo inmediatamente al mal enérgico correctivo. Y como dicho comentario es á la vez una elocuente apología de nuestra patria, concluiremos con él esta parte de nuestro trabajo, destinada á poner de relieve el *españolismo* del escritor neo-granadino.

«Tratar (cual lo hace Olmedo) á *todos*, á *todos* los descubridores y conquistadores, sin perdonar á Colón, de *estúpidos*, *viciosos* y *feroces*; decir que los sacramentos que trajeron eran *sangre*, *plomo* y *cadena*s; hacer una excepción en favor de Las Casas, condenando á olvido ó á ignominia la multitud de varones apostólicos que evangelizaron la tierra americana, muchos de los cuales sellaron la fe con su sangre, muriendo á manos de salvajes, es un rasgo de flagrante injusticia é ingratitud, una blasfemia y sacrílego insulto á la verdad histórica.» «El lazo federal que el Inca recomienda á sus hijos, añade en otro lugar, es decir, á todos los americanos, es en su boca tanto más extraño, cuanto la unidad de nuestra civilización se basa precisamente en los elementos que trajo la conquista, y el Inca empieza por maldecirla.»

En otro artículo concluiremos nuestro estudio sobre D. Miguel Antonio Caro, hablando de sus poesías y traducciones poéticas.

ANTONIO RUBIÓ Y LLUCH,

Profesor de Literatura española en la Universidad de Barcelona.

BARCELONA 31 de Julio de 1889.

LAS HIPÓTESIS

CUANDO nos falta una explicación, la inventamos.
Por eso siempre ha habido teorías.

Para humillar la vanidad del *se-dicente* rey del planeta están ahí siempre á la mano los eternos problemas que la escolástica resumió en el famoso y nada poético verso:

Quis? quid? ubi? quibus auxiliis? cur? quomodo? quando? (1)

Y como la ciencia nunca ha sido muda, más bien ha consentido, durante las primeras edades del mundo, en responder un despropósito que en pasar por la vergüenza de contestar modesta y humildemente

«PUES NO SÉ.»

* * *

Aun en los primitivos días de nuestra raza, había bien elaboradas más ideas sistemáticas de lo que se imaginan los que reflexionan poco sobre el particular. En ningún período de la historia del hombre ha sido posible abarcar

(1) ¿Quién? ¿qué? ¿dónde? ¿por qué medios? ¿por qué? ¿cómo?
¿cuándo?

la multiplicidad de los hechos, sin ALGO que los ligue y conexione. Pero la ciencia antigua consideraba como *ciertos en absoluto* los dogmas inventados para explicar al hombre y al universo. Y, no consintiéndose á la perspicacia filosófica tocarlos ni modificarlos siquiera, llegaron á ser las primitivas explicaciones, una vez establecidas, dogmas de intolerancia y petrificación.

La ciencia moderna también confiesa en hipótesis y teorías, producto de la fantasía sistemática, la cual necesita dar conjunto y unidad á las leyes que descubre. Pero la ciencia moderna no adora, como á dioses, las obras de sus manos; antes bien las somete á una contingente condicionalidad, sin la cual las abandona: ¡progreso gigantesco, jamás visto en la Historia hasta este siglo grandioso, que nunca estima como CIERTO EN ABSOLUTO lo que en su fondo es eminentemente CONJETURAL!

Una vez admitidos esos dogmas, ellos han de explicar TODOS los fenómenos; pero, desde el momento en que no cabe un hecho, UNO SOLO, un fenómeno indubitado, dentro del dogma científico, entonces los verdaderos sabios, sin pena ninguna, sin consideración de ninguna clase, sin hacer derramar sangre como los antiguos sacerdotes, claman unánimemente:

«Abajo esa teoría: venga otra».

Un solo hecho, los cuernos del planeta Venus, variables análogamente á los cuernos de la Luna, sirvieron á Galileo para convencer á todo el mundo (los inquisidores no eran convencibles) de que la tierra no es el centro del movimiento de los planetas, sino el sol. Más que todos los racionios de Copérnico pudieron los cuernos confirmados de la poética diosa inmortal de los amores, que dejó *ipso facto* de serlo, para convertirse en simple planeta, prosaico y perecedero, del gran astro central.

Así es que en nuestra época caen sin estruendo las hipótesis unas tras de otras, y sólo permanecen en pie los HECHOS comprobados y sus LEYES. Y es que hoy todos convenimos en que, como decía Galileo, *lo absoluto es inaccesible*, y en que solamente nos es dado conocer las RELACIONES de los hechos.

Hoy los CREDOS del mundo científico no son más que CONJETURAS elevadas al sublime puesto de teorías, y aceptadas como dogmas de la ciencia, TEMPORALMENTE Y MIENTRAS NO SE IMAGINA COSA MEJOR.

* * *

Verdaderamente hemos de convenir en que este escaso apego actual á la seducción de las hipótesis priva al mundo de gran número de sus más entretenidas aprensiones. Ya ningún personaje de viso hace pactos con el diablo, ni ya se padecen aquellas epidemias de terror que no dejaban dormir á nadie pensando en *LA fin del mundo*. ¿Quién se cuida hoy poco ni mucho del famoso *appropinquando mundi termino*?

Los cometas, ¡pobrecillos!, han perdido toda su influencia sobre los destinos de la Humanidad. Ya no dan ni quitan reinos. El de 1066 guió á los Normandos en la conquista de Inglaterra á las órdenes de Guillermo el Conquistador contra el usurpador (?) Haroldo. En el sitio de Belgrado, 1456, los franciscanos, durante la refriega (que se alargó hasta cuarenta y ocho horas), estuvieron en las primeras filas, crucifijo en mano, invocando el exorcismo del Papa Calixto III contra el cometa de entonces. Y por cierto que tanto fervor religioso tuvo su recompensa, pues murieron cuarenta mil perros musulmanes, y Mahomet II huyó gravemente herido, abando-

nando todos los tesoros que contenía el material de sitio. Pero ahora, ¡pobres cometas!, habéis caído en el mayor de los descréditos; ya no sois objeto de terror ni de esperanza; pues nadie os hace caso. Ahora no sois sino correos que venís de las profundidades del espacio desde unas distancias tan remotas, que no hay modo de expresarlas, ni siquiera por billones de metros. Esto, en cambio, es altamente científico; pero no nos produce escalofríos como el error que nos hacía temblar.

Además, hay prodigio mientras no se descubre la ley de los fenómenos; pero no bien hay ley, cesa de tener valor la mercancía que más produce: el misterio. ¡Oh! nada se paga tan caro como lo que nadie entiende.



Decididamente, esta falta de cariño á las hipótesis, cada vez creciente en este siglo sin entrañas que abarata y acrecienta la vida á fuerza de inventos, tiene también el mal de que se va perdiendo aquella agresiva intolerancia de otros tiempos, que no consentía adversarios. ¡Los cristianos arrojados á las fieras, los judíos quemados, los libros devorados por el fuego (aunque no las ideas en ellos contenidas).... eran, ¿quién puede dudarlo?, espectáculos vistosísimos de que ahora carecemos!

Cierto que actualmente el deseo de tener razón lleva conscientemente á la mentira á cuantos saben que carecen de ella, y los obliga á fingimientos de credos en que nadie cree; cierto que ahora los renegados de doctrinas que antes predicaron, no permiten á nadie ni aun perseverar en ellas....; pero esto no significa nada más sino que ahora los histriones no representan sólo en los teatros. ¿No sería una gran debilidad que tuviésemos com-

pasión con los que comulgan todavía en las mismas ideas que un tiempo creímos buenas y que hasta graduamos de panacea universal?

Sí. Esto de que no tengamos ya aferrado por las greñas Á LO ABSOLUTO es un mal muy grave, porque nos quita la tranquilidad de conciencia con que antes enviábamos al quemadero á todo disidente.

¡ Y ni aún disidente siquiera! ¡ Á todo el que no hacía las cosas como era debido! ¿ No condenaron á muerte los romanos á unos imprevisores arúspices, porque hicieron colocar durante el estío una estatua donde en invierno le daba la sombra de un edificio, lo cual resultó tan siniestro como el mal de ojo en tiempos de nuestros ilustrados progenitores?

Y, en fin, ¡ qué falta de vida en todo actualmente!! ¡ Qué carencia de calor de humanidad!! Ahora, cuando llueve, y cuando truena, y cuando está claro.... no debemos el agua, ni el ruido, ni la quietud de la atmósfera.... á ninguna divinidad. ¿ Dónde has ido á parar tú, ¡ oh Júpiter pluvioso, Júpiter nubarrones, Júpiter tonante, Júpiter sereno?... ¿ Y tú, ninfa Eco? ¿ Y vosotras, Dríadas y Napeas? ¡ Qué lástima no tener actualmente que pensar como los romanos en ofrendas y expiaciones cuando llueve, cuando truena, cuando hace neblina!.... ¡ Oh! ¿ No es esto para desesperarse? ¿ No es esto fomentar descaradamente la ociosidad?

* * *

Antes no había inconveniente en que una teoría dejara cabos sueltos; pero, ¡ ahora! ¡ qué de hipótesis no hemos visto caer en nuestro siglo! ¿ Qué ha sido de los dos fluidos eléctricos? ¿ Quién se acuerda ya del lumínico? ¿ Pues y

del calórico, considerado hoy el calor como un modo especial de movimiento? ¿Qué es de la teoría de las emanaciones luminosas? ¿Hay alguien que crea que hacia el polo boreal existe mucho hierro, muchísimo hierro, y que por eso la aguja de marear mira constantemente al Norte? Pues, ¿y de la creencia en que la vida era una fuerza que suspendía temporalmente las leyes generales de la materia?

Cuando uno contempla ese incesante naufragio de sistemas sostenidos en ratiocinios tenidos por concluyentes y en fórmulas matemáticas erizadas de soberbias integrales, se conturba el ánimo y vacila la fe que ahora prestamos al credo científico moderno.

Pero, ¿qué le hemos de hacer? ¿Vamos á seguir creyendo en una hipótesis cuando nos patenticen su oquedad? No, sin duda: que en habiendo un hecho, un sólo HECHO COMPROBADO, contradictorio con lo admitido, al punto la profunda y abarcadora teoría actual habrá de ceder su puesto á otra más completa; pues nuestro siglo es grandioso únicamente por someterse á los hechos y no por denegarlos.

En llegando á este sitio, he sentido grandes rumores de desaprobación en el invisible y fantástico auditorio que se finge á su alrededor todo el que escribe; pero, en vez de dirigir á mis interruptores el estereotipado apóstrofe al uso de todo diputado á quien las tribunas (la de periodistas inclusive) regalan un cachito de notoriedad al considerarlo digno de sus censuras; en vez, digo, de apostrofar á mi auditorio con mentida indignación y honrado enojo, diciéndole: *Mi desprecio está por encima de todas las interrupciones habidas y por haber, tengo*

de confesar que me he quedado tamañito, al oír entre las interrupciones : « ¿Pues y el palanganero? ¿Y el palanganerismo? »

Ciertamente que no me esperaba semejante interrupción....

Hay ocasiones en que en un instante se piensan siglos, y sin saber por dónde he de seguir (como ciertos oradores que yo me sé), he conceptuado infinitamente mejor que exarcerbar á las tribunas con agresivos apóstrofes, captármelas y atraérmelas, á fin de que las interrupciones se me conviertan en aplausos.

Y empiezo diciendo (después veremos por dónde salgo):

¡Verdad! Tenéis razón al nombrarme ese prosaico mueble, hoy tan lleno de respetabilidad, y la falsa ciencia que de él emana, el palanganerismo; pero.... no tenéis razón si pensáis oponerme con eso un gran tropiezo; porque precisamente iba yo á hablaros en este instante de ese, sin razón ennoblecido, mueble de tocador.

En esto me acuden algunas ideas, y agregó :

No precisamente de él, porque ese mueble no es digno de la profundidad de nuestros análisis; no, no iba á hablaros del palanganero ni de las mesas giratorias...., sino de las epidemias de credulidad que repentinamente suelen contagiarnos y hacer universal el eclipse de la razón. Convengo con mis dignos interruptores, ¿cómo no convenir?, en que es un absurdo creer en almas que, si una vez se vieron libres de la envoltura de nuestros cuerpos y lograron ascender á una vida mejor y esplendorosa, sean tan estúpidamente bestias que vuelvan de tales paraísos de luz á este negro valle de amarguras, para venir á matar aquí el tiempo haciendo hacer equilibrios á los palanganeros sobre alguna de sus patas, ó para hacer

dar vueltas á las mesas y á las aljofainas ú otros trastos semejantes. Considero, pues, una burla imbécil, impropia de la seriedad de los buenos amigos que en vida me distinguieron, el que, si tienen algo interesante que comunicarme, no se lleguen bonitamente á mis oídos en el silencio de la noche, especialmente al primer canto del gallo, y me digan derechamente lo que quiera que deseen, y no que prefieran servirse de un trípode, ó de un bípedo en forma de *medium* ignorantísimo, que no atina á darme más noticias de mí mismo que las que todo el mundo está harto por notoriedad de saber, como los más romos timadores. Pero, dignísimos interruptores míos, estimabilísimos impacientes que os habéis así anticipado á lo que por necesidad había de entrar en el plan de mi discurso; decidme de buena fe: ¿no somos inmensamente más sabios creyendo en el palanganero, que las generaciones anteriores creyendo en los efectos de los cometas? ¿Cuánto tiempo duró la epidemia de credulidad de los antiguos? Siglos: desde Séneca acá. Y, ¿cuánto la de los que dieron don de profecía á los muebles de tocador? Meses apenas. (*Grandes y prolongados aplausos.*) ¿No somos inmensamente más sabios, es decir, menos enfermos, comulgando instantes en el palanganerismo, que nuestros abuelos creyendo siglos en la influencia de los astros? La epidemia antigua de la astrología invadió como la lepra á todas las clases sociales, y la cura era imposible, porque no era lícito el dudar. (*Impresión.*) ¡Pero hoy!....: hoy la convalecencia ha sido rapidísima, porque nadie se ha opuesto á que los entendimientos atacados de palanganeritis aguda se bañasen en las aguas saludables del ridículo. (*Nuevos y frenéticos aplausos: el orador tiene precisión de suspender durante mucho tiempo su discurso, etc.*)

* * *

La época presente se distingue, no sólo por la CONSTANTE INTERINIDAD de las teorías y de los sistemas, sino porque, donde hay bocas que hablen, nadie se pone cera en los oídos.

La palabra es libre.

* * *

Se acusa á los antiguos de que teorizaban tanto, que casi pretendían adivinar á la naturaleza.

Y se inculpa á los modernos de que solamente estudian HECHOS.

Ambos cargos son, *por su exageración*, injustos.

Los antiguos tenían necesariamente que conexionar, cuando observaban con caracteres comunes, hechos muy diferentes entre sí, pero no bien deslindados aún por ellos. El rayo va acompañado del fragor del trueno. Los aerolitos estallan con estampido espantable para el que se encuentra cerca del lugar de su caída. Humboldt cuenta que en Sajonia pasó junto á Carlomagno una antorcha ardiendo, la cual le espantó el caballo, hizo caer al animal, y éste lanzó de sí al potente emperador con tal violencia, que espada, dardo y manto imperial volaron á muchos pasos de la excelsa personalidad: (más feliz, con todo, á pesar del gran porrazo, que un fraile francisco, muerto en Milán el siglo XVI por una para él poco misericordiosa piedra del cielo). Si, pues, un observador encuentra, después de un estampido espantoso, los fragmentos de un aerolito, ¿quién tendrá corazón para condenar al vulgo que cree en las *piedras del rayo*?

Observaciones más exactas hacen ver que los aerolitos entran en nuestra atmósfera desde las regiones siderales: ¿cómo condenar á los que no ven hoy por hoy an-

tagonismo entre la procedencia de estos advenedizos y la de los cometas ya sin crédito?

* * *

Todos damos el primer lugar á la experiencia; pero regularmente lo que llamamos *experiencia en general* es únicamente *nuestra* particular experiencia. El azul intenso de los cuadros de Rafael de Urbino primeramente llevados á París, parecieron inverosímiles á los profesores franceses, que jamás habían contemplado el cielo de Italia. Nadie cree que se ven las estrellas en pleno día, hasta que *su* experiencia se enriquece, explorando, siquiera breves instantes, el cielo en un observatorio. El examen de nuestro colega Urano, planeta del Sol como la Tierra, fué para Herschell un gran descubrimiento; el cual nunca pudo tener novedad para los habitantes de Otahiti, si es verdad que se hallan dotados de ojos tan perspicaces, que distinguen al astro sin necesidad de anteojos. Los yakoutes de la Siberia ven á la simple vista los satélites de Júpiter; ¡espectáculo portentoso para Galileo!

* * *

Á veces aparecen hechos innegables, y hay que admitirlos sin conexión con nada establecido. Ignoramos la razón de la anestesia; pero creemos, por la sola virtud de los hechos, que el cloroformo extingue temporalmente el dolor. La explicación, pues, no es necesaria para creer: basta el hecho indubitado. El pan ha sido el alimento primordial de los pueblos más poderosos, antes de haberse elaborado ninguna teoría admisible de la panificación.

Sin embargo, hoy á nadie satisface un caso indubita-

ble: los hechos SOLOS no son ciencia:—¡estímulo poderoso para el teorizar!!

* * *

Unas cuantas consideraciones aún.

Las hipótesis no podían librarse de ser estudiadas (como todo lo demás ahora) á la luz de la EVOLUCIÓN. De dogmas petrificados pasaron á ser doctrinas discutibles: de aquí á principios tolerados: de ahí á mero ligamen de los hechos: de aquí, luego, á una especie de *modus vivendi*; y, por último, á documentos arqueológicos, cuyo oscuro sentido es provechoso descubrir.

Y ya en esta última etapa, ¡cuánto no se ha escrito é imaginado para descifrar el sentido de los más extendidos mitos; Prometeo, Pandora, Hércules, Edipo...., y demás caterva de titanes, semidioses y aun dioses.

De seguro que sólo no saca lumbre de un guijarro quien no quiere. Pues ¡y lo provechoso del penetrar en la psicología de los antiguos y en la inteligencia de los salvajes (antiguos y modernos), examinando sus hipótesis, ó deduciendo de sus actos el estado íntimo de sus sentimientos!

El año pasado, en Anakee, Estados Unidos de la América del Norte, sorprendió un eclipse de Luna á unos 4,000 indios, reunidos allí para cobrar sus raciones. El oscurecimiento del astro de la noche iba espantando más y más á los pieles-rojas á medida que la luz menguaba, y, convencido el principal cacique de que era insostenible tal estado de cosas, y de que había llegado ya el momento de hacer la guerra á la MALA SOMBRA que de tal modo robaba la luz del cielo, ordenó á sus gentes que cargaran los fusiles y dispararan hacia el monstruo que acababa de

tapar la Luna. Y ¡qué gloria! No bien todos empezaron á tirar, empezó también la sombra á irse; y tanto, tanto tiraron, que al fin el luminar de la noche reapareció con todo su precedente esplendor. ¡Victoria más brillante no se había conseguido jamás! Eso creían los buenos salvajes americanos amigos de la luz; pero, ¡oh ignorantes! Lo creían así, porque no había llegado á su noticia que desde hace unos cuarenta años tenían ya alcanzado otro triunfo igual los turcos en Constantinopla.... ¡Qué lástima de municiones; porque unos y otros tiraban con bala, y á dar!

* * *

Cada cual tiene su gusto, y de gustos no hay nada escrito. No todos están obligados á ser arqueólogos, pero sí debemos todos respetar las delicias de cuantos se extasían ante una añosa lasca de pedernal ó un fragmento de olla testigo del diluvio. Respetemos también á cuantos se afanan por recoger creencias populares para deducir de ellas el estado psicológico de los que las profesan. Por ejemplo: los indios de Dakota creen que la Luna deja de verse periódicamente durante tres días porque se la comen los ratones; creencia no muy distante de la de los polinesios ilustres que la juzgan devorada por las bocas de los muertos. ¡Qué pueblo no se imagina ver muñecos en la Luna! ¡Nosotros, ojos y narices; los chinos, un conejo en cuclillas machacando arroz! ¡Tanto monta! Y, ¡quién va á enumerar todo lo que los ojos han visto en la Luna! Los griegos, la cara de una virgen; los germanos, un hombre agobiado de un gran peso. Dante, en el Infierno, describe la Luna por la perífrasis *Cain y el espino* (*Caino et le spine*). Shakespeare, en *Midsummer Night's Dream*

y en *The Tempest*, habla de un hombre con un perro y un matojo, etc., etc.

Homero dice que los pinos altísimos del monte Ida se extienden más allá de la atmósfera y penetran en la región etérea.... Apenas ha habido nación que no haya estimado á su tierra como el centro del Universo. Los incas lo señalaban en el santuario de Cuzco, al cual llamaban ombligo; los griegos lo veían en el templo de Delphos (Omfalos, también *ombligo*); China (Chon-Koo) significa *centro del mundo*. Los polinesios y los peruanos creen que el Sol se mueve, porque un dios bueno tira del astro por medio de una cuerda.

La Vía Láctea era para los griegos una gota de leche caída del seno de Juno cuando criaba á Hércules; para nuestros campesinos del Nor-Oeste es el caminito de Santiago; para los peruanos es polvo de estrellas (en lo que tienen razón, por lo cual su estado psicológico es....)



Sea lo que quiera de las interpretaciones que á todo esto deba darse, nada más legítimo que formular supuestos y que inventar teorías; pero, por lo mismo que son de invención nuestra, no les concedamos los inflexibles atributos de la realidad; no sea que algún día veamos en ellas el caminito de Santiago ó la gota láctea de Juno.... Ptolomeo estancó la civilización durante mil años enseñando que la Tierra estaba fija; y el gran Galileo tuvo que confesar, de rodillas ante los inquisidores, que la Tierra no se movía. Si al levantarse no dijeron sus labios el famoso *e pur si muove*, su conciencia debió decirlo, y esto basta.

Saint-Claire Deville encontraba nuestra ciencia mo-

derna llena de CAUSAS OCULTAS, como la de la EDAD MEDIA, y por eso afirmaba que todas las hipótesis admitidas hoy desaparecerán algún día, sin exceptuar siquiera á la de las undulaciones de la luz.

* * *

Ninguna hipótesis puede ser admitida en las ciencias hasta después de haber sido acrisolada por una experimentación varia, numerosa y hasta hostil ; y no hay peor situación de ánimo para probar una teoría, que la del que, empezando por manifestarle predilección, se ha hecho ciego partidario de ella: la imaginación perturba entonces las más claras percepciones, y la inteligencia ve, no lo que hay, sino lo que la preocupación deja ver.

¡Fuera, pues, toda idea acariciada de antemano con predilección!

El observador necesita tener amor desinteresado por la verdad, abnegar de sus simpatías, romper con el convencionalismo acomodaticio que ha invadido todas las ciencias, ¡hasta las más exactas!, y juzgar por sí con una digna independencia.

¿Qué necesidad hay nunca de adorar viejas teorías? ¿Qué prisa tienen los hombres de ciencia en fraguar sistemas prematuros? ¿No sufren en su amor propio al verlos conculcados por el simple buen sentido? ¿No es más fácil decir: « estos son los hechos; aguardemos su explicación »? ¿Faltan ejemplos de teorías universales que parecían un tiempo sustentadas por cimientos de diamante, y que en vano buscaría ahora el explorador más diligente?

* * *

Nunca se recomendará bastante la virtud de la prudencia científica. Cuando se considera que, al tratar de explicar un fenómeno tan modesto como el equilibrio de un hilo de agua dentro de un pequeño tubo del calibre de un cabello, nada menos que un geómetra de la proceridad de Laplace olvida una circunstancia esencial; y cuando se contempla que hasta la aparición de los trabajos de Poisson sobre la capilaridad, se había creído por todos los físicos que el fenómeno estaba definitivamente explicado, y que ya no había necesidad de reflexionar nuevamente sobre él....; al ver esto, ¿puede el más optimista dejar de contristarse? ¿Puede dejar de creer que este vasto universo, que esta tierra, que sus seres.... serán siempre un objeto nunca agotado de meditaciones para el sabio, y de laboriosos esfuerzos para la Humanidad?



Pocas teorías presentan un aparato científico más formidable que la de las undulaciones del éter. Le ha sido dado el explicar todos los fenómenos de la luz, vislumbrar los del calor, y hasta el don de profecía. La existencia del FLUIDO LUMINOSO, deducida de ella, parecía inatacable.... Pero he aquí que aparecen Grove en Inglaterra y Seguin en Francia, enarbolando una nueva bandera, y clamando ante los hombres de la ciencia: .

«¡Abajo los clásicos imponderables: esos fluidos no existen; son meras entidades de razón: no sabéis lo que es causa ni lo que es efecto: el movimiento produce calor, luz, electricidad, magnetismo, el calor, la luz, la electricidad, el magnetismo; producen movimiento: el calor, la luz...., producen electricidad, magnetismo....: la electricidad, el magnetismo, producen luz y calor: to-

das esas pretendidas realidades son á la vez causa y efecto!!»....

¡Y los sabios escuchan en silencio!, y los neófitos se preguntan aturridos:

«¿Qué es la ciencia?»

* * *

Pero descendamos: no hay que subir tan alto. Fenómenos muy comunes están aún aguardando una explicación cualquiera.—Todavía no se ha explicado la diferencia esencial que hay entre los líquidos y los gases, en virtud de la cual los líquidos se colocan siempre por capas separadas y distintas, siguiendo el orden de sus densidades; mientras que los gases, aun los más diferentes en densidad, una vez mezclados, forman un compuesto homogéneo: todavía no se ha podido explicar la suspensión de las nubes en la atmósfera, ni la de los polvos finos en el aire, ni en el agua, ni en cualquier otro fluido menos denso que ellos; todavía no se saben explicar los sonidos concomitantes....; pero ¿adónde iríamos á parar si fuésemos á hacer el catálogo de lo no explicado?

Tal vez EL GENIO no necesita para sus inducciones de un gran número de hechos; que en un solo fenómeno suele ver leyes universales; pero, en general, toda hipótesis es siempre prematura, porque parodiando á Hamlet,

«En cielo y tierra existe más, ¡oh sabio!,
Que sueña tu especial filosofía».

De todos los fenómenos hasta el día inexplicados se da razón en los libros por medio de hipótesis ó de postulados más ó menos admisibles; y no porque esas razones descriptivas, ó, si se quiere, explicatorias, carezcan de

la solidez exigente de las ciencias, dejan de ser estimadas y tenidas en mucho, y muy respetados sus autores, aun después que el tiempo ha descubierto el error de sus paralogismos. ¿Quién no pronuncia con veneración el nombre de Newton, hoy que Fresnel ha patentizado la insuficiencia de la teoría de la emisión? ¿Quién no lee con admiración las obras del autor de la *harmonia præstabilita*, del inmortal Leibnitz?....

* * *

El medio de adelantar verdaderamente en el camino del progreso científico, es poner á la prueba toda hipótesis, y martirizarla y torturarla de mil modos, para ver si sale incólume y triunfante. Á probar, pues, todas sus consecuencias y resultados deben dirigirse los conatos de todos los observadores, y esto no se podrá conseguir jamás dejando que las observaciones se hagan según el capricho, las aficiones ó el deseo de cada observador; en una palabra: es preciso que el elemento individual subordine libremente sus trabajos á los de toda la Humanidad.

* * *

He aquí las condiciones científicas que han de llenar (según Fresnel) las hipótesis dignas de ocupar un puesto duradero en las ciencias de inducción.

«En la elección de un sistema no debe consultarse otra cosa que la sencillez de las hipótesis; la de los cálculos no puede ser de ningún peso en la balanza de las probabilidades. La naturaleza no se ha cuidado de las dificultades del análisis; sólo ha evitado la complicación de los medios. Parece que su propósito ha sido el hacer mucho con poco;

principio que el desarrollo de las ciencias físicas confirma con nuevas pruebas. Si algunas veces la inteligencia se ha extraviado al querer exponer los fundamentos de una ciencia, es porque los sistemas se han establecido antes de haberse atesorado un gran número de hechos. Una hipótesis muy sencilla, cuando no se considera más que una clase de fenómenos, necesita de una multitud de nuevas hipótesis, no bien se quiere salir del círculo estrecho en el cual se encerró y confinó desde un principio. Si la naturaleza se ha propuesto producir el *maximum* de efectos con el *minimum* de causas, debe haber resuelto tan importante problema EN EL CONJUNTO de sus leyes. Sin duda que es difícil descubrir las bases de esta admirable economía, esto es, las causas simplicísimas de los fenómenos considerados desde un punto de vista tan elevado y extenso. Pero, si este principio general de las ciencias físicas no conduce inmediatamente al conocimiento de la verdad, puede á lo menos dar una buena dirección á los esfuerzos del entendimiento humano, apartándolo de todos aquellos sistemas que necesiten de un gran número de causas para la explicación de los fenómenos, y haciéndole dar la preferencia á los que, planteados sobre el *minimum* de hipótesis, sean más fecundos en consecuencias y en resultados á la vez (1).»

¡Palabras admirables!! ¡Cuánto les debe el progreso científico! De entonces data la tendencia de todos los sabios á la unidad de las fuerzas físicas.

* * *

(1) *Memoria sobre la Difracción de la Luz*, premiada por la Academia de Ciencias del Instituto de Francia en 1819, é inserta con notas en el tomo V de sus Memorias, correspondiente á los años 1821 y 1822.

Lo ABSOLUTO, pues, no está á nuestro alcance ; y por eso, necesariamente , todos los dogmas científicos se encuentran destinados á la muerte. El progreso así lo exige.

¿Cayó un dogma?

Pues regocijémonos; que una verdad nueva ha venido al mundo.

No los rechazamos antes de caer, no; pero comulgemos en ellos solamente MIENTRAS resulten medio no desacreditado de ligamen entre los fenómenos y de unidad entre las leyes. No pongamos, pues, mordazas al que hable en contra, ni le cerremos los oídos.

Negar lo nuevo sería condenarnos á una mortal estancación : adorar rutinas, entregarnos á la muerte.

E. BENOT,

de la Academia Española.

UNA EMBAJADA ESPAÑOLA EN MARRUECOS

EN 1579 (1).

III.

CUANDO la embajada que presidía Pedro Venegas de Córdoba llegó á Marruecos, esta ciudad ostentaba, á cada paso, en su interior y en sus arrabales, en sus edificios y en su población, patentes recuerdos de las relaciones íntimas que desde largo tiempo mantuvo con la España cristiana y muslim, bien guerreras, bien pacíficas. Labrada, ensanchada y embellecida por los sultanes almoravides y almohades, que tan profunda influencia ejercieron en la vida de la nacionalidad española, ésta concurrió bastante al engrandecimiento de la capital de su Imperio.

Á ella fueron alarifes de la Península á construir puentes y templos; la torre de la mezquita de Abdelmúmen se labró por el estilo de nuestra Giralda de Sevilla: allí vivieron aquellas mesnadas de auxiliares españoles, que tan excelente resultado dieron á los soberanos berberiscos para enfrenar las rebeliones de sus vasallos; allí busca-

(1) Véase el número anterior de esta REVISTA.

:

ron un asilo malaconsejados ó ambiciosos príncipes, nuestros compatriotas, á quienes lanzaban de sus palacios ó de sus casas señoriales las tempestades políticas; á su recinto vinieron á parar muchos de los judíos expulsados de España en tiempo de los Reyes Católicos, muchas familias moras que abandonaron sus hogares, perdida la esperanza de contrarrestar el empuje de la reconquista cristiana, muchos moriscos, á quienes el temor, la venganza ó los tribunales españoles alejaron de su patria: en sus afueras, á orillas de un canal sacado del Tensif, familias moriscas andaluzas crearon verdaderos verjeles, á imitación de las huertas cordobesas ó de los cármenes granadinos; ornatos arquitectónicos, mármoles, jaspes y bronces llevados de aquí, adornaban sus mezquitas, y en la cúspide de un alminar tres plateadas esferas mostraban la generosidad y religiosidad de cierto soberano, que las había hecho fundir en memoria de sangrientos triunfos obtenidos en España: allí padecieron y padecían mísera esclavitud muchedumbre de cautivos españoles, y obtuvieron la palma del martirio celosos propagandistas hispanos de la fe católica: en sus calles se oía constantemente el habla castellana; á sus mercados y á su famosa alcaicería concurrían traficantes españoles, que mantenían viva y animada contratación con nuestra patria.

Ocasión hubo en que aquel remoto emporio del poderío africano estuvo á punto de ser expugnado por las huestes portuguesas, que llegaron hasta á golpear sus puertas con los hierros de sus lanzas, y que se hubieran apoderado de su recinto, si los gobiernos de la Península hubieran correspondido al heroísmo de la brava gente que lidiaba en Berbería y á las aspiraciones de la opinión pública.

Marruecos había sido en sus buenos tiempos una de las poblaciones más hermosas y ricas de la Mauritania: ceñida de altos y fuertes muros; regada por multitud de canales que penetraban en su interior; con sus mezquitas coronadas por esbeltos y elevados alminares; con su *medarsa* ó Universidad, con su colegio de nobles, donde se educaban los hijos de los sultanes y los próceres del reino; con sus palacios, más bellos y elegantes que suntuosos; con una población que la fantasía mora multiplicaba, contando en ella cien mil casas y setecientos mil habitantes, que bien podían rebajarse á poco más de la séptima parte; con sus baños, plazas y socos, era digna de que Ibn Batuta, famoso viajero que la visitó hacia la mitad del siglo XIV, dijera (1), *que era una de las más hermosas ciudades que se conocen*.

Cuando la recorrieron los españoles que acompañaban á Pedro Venegas, á fines del siglo XVI, estaba ya determinada la decadencia que el mismo Ibn Batuta había notado dos centurias antes, diciendo que se hallaba en gran parte arruinada, pudiéndosela bajo este concepto comparar con Bagdad; pocos años después de la estancia en ella de nuestros compatriotas, el P. San Juan del Puerto, que en su descripción llevaba por guía excelentes memorias antiguas ó informes verbales de personas fidedignas, al traer á la memoria los blasones y la antigüedad de Marruecos, decía que ya estaba muy desfigurada de su primera hermosura (2).

(1) *Viajes*, trad. de Defremery y Sanguinetti, tomo IV, pág. 374.

(2) En el número anterior de esta REVISTA, página 161, línea 33, se han omitido las palabras, *á que se refiere*, debiendo rectificarse el texto en esta forma: *testigo de mayor excepción á que se refiere el P. Fray Francisco de San Juan del Puerto*; hago esta rectificación, pues la falta de estas palabras pudiera producir algún error; el testigo á quien se refiere el P. San Juan del Puerto es Mármol Carvajal.

La corte de los xerifes hizo muy mala impresión en Matías Venegas: *Lo que desta ciudad sé decir es, exclamaba el buen marino, que es la más infame y sucia; que no hay pocilga como ella, y calles y casas muy ruinas.* Trescientos años han pasado después de escribirse estas razones, y, por lo que parece, Marruecos, si ha ido paulatinamente perdiendo su antiguo esplendor, ha ganado bien poco en limpieza. *Gli abitanti*, escribía á principios de nuestro siglo Graberg di Hemso, *per altro, non sono famosi per la pulizia; l'estrade sono sempre, ed ovunque, sporchissime, e le case piene de vermini e d'insetti nocivi* (1). Otro viajero modernísimo (2), Adolfo de Koning, escribe: «Después de haber pasado el portal (de su casa), se veían á nuestro frente miserables y arenosas calles, con paredes medio caídas á ambos lados; algunas de ellas, más altas que otras, ocultaban altas ruinas de edificios, en algunas de las cuales había nidos de cigüeñas; también á los dos lados de la calle había grandes estercoleros que parecían estar allí algunos años, y cada vez que entrábamos más en ese enmarañado laberinto de estrechas calles, tanto mayor y más repugnante era la suciedad».

Mármol Carvajal, en su *Descripción general del África* (3), nos pinta á los moradores de Marruecos, como gente arrogante, muy jactanciosa, tocada de la vanidad de la valentía, y enemiga irreconciliable del nombre cristiano: confirmó la opinión de aquel castizo y discreto autor, Diego de Torres, escritor castellano, no menos apreciable, en su *Relación del origen y suceso de*

(1) *Specchio geog. e statist. del Marocco*, pág. 59.

(2) *Marruecos: El país y sus habitantes*, traducción española: Madrid, 1881, pág. 132.

(3) Libro III, capítulo XL.

los xarifes (1), mostrándonos á la gente marroquí, como amiga del fausto, muy dispendiosa, grandemente aficionada al arte de la jineta y al de la cetrería, á domar buenos corceles y á cazar con halcones, habiendo llegado á domesticar hasta águilas reales, con cuyo auxilio cogían las gacelas. La gente, como la ciudad, hizo muy mala impresión en el ánimo de nuestro Matías Venegas, arrancándole una exclamación de despecho por el desastre de Alcázar, al contemplarla y tratarla mano á mano y pacíficamente: *La gente es bien bellaca, escribía, y parece cosa del cielo que tan mala canalla fiziese tanto estrago.*

Muy exagerada es esta opinión, como de quien llevaba enconada la voluntad, y de quien sólo vivió corto tiempo entre multitud de personas, sin poder frecuentar lo bastante su trato, para conocerlas á fondo, en los diversos rangos y categorías sociales. Bien diversa era la que de la gente hidalga y rica de Marruecos tenía el poeta y kadí de esta población, Abu Abdallah Mohammed ben Abdelmelic, cuando decía en unos versos citados por Ibn Batuta:

« ¡ Proteja Dios á la ilustre ciudad de Marruecos! ¡ Qué admirables son sus habitantes, los nobles señores! Si un hombre, cuyo país se halla muy lejos; si un forastero echa pie á tierra en esta ciudad, le hacen, por su familiaridad, olvidar en breve la ausencia de su familia y de su patria. »

Por de pronto, aquella gente cumplía á maravilla con los deberes de la hospitalidad, tan respetados entre musulmanes, para con la embajada española; cuyo desempeño encomendó Muley Ahmed á tres de los suyos, que lo

(1) Capítulo xvii.

hacían esmeradamente, procurando evitar que la curiosidad, el fanatismo ó la barbarie molestaran á los forasteros ó alteraran su sosiego, y proveyendo su mesa con abundantes y sanos mantenimientos (1).

Aunque la población estaba muy mermada, siendo mucho menos densa de la que hubo en los buenos tiempos en que la fantaseadora imaginación morisca le suponía cientos de miles de habitantes, todavía el marino español podía decir en su carta: *la muchedumbre de gentes que están en estas plazas es tanta, que no hay agujero que no parezca hormiguero; las mujeres de aquí paren como conejas.*

En los momentos en que el Embajador de España llegó á Marruecos, estaban en la capital el del Gran Turco, como se decía entonces, el de Portugal y el de Inglaterra: el portugués, D. Francisco de Acosta, negociaba con instancia el rescate de los prisioneros de su tierra, cautivados por los marroquíes en la batalla de Alcázar, entre los cuales había bastante gente principal é hidalga: conociendo el natural codicioso de los moros, había hecho ricos presentes al Sultán, para granjearse su voluntad, cuyo pormenor cita minuciosamente en su carta Matías Venegas (2).

(1) Decía Matías Venegas, que para que *nada se le quedara en el tintero*, diría lo que el Rey daba para la despensa del Embajador, que, como cosa curiosa, pongo también aquí: diez carneros; cinco fanegas de pan blanco; cuarenta gallinas; veinte pares de palominos; diez pares de tórtolas; diez pares de perdices; dos cabritos; cincuenta huevos; seis libras de aceitunas; doce libras de velas de cera; veinte libras de confitura; doce libras de especia; veinte libras de arroz; una ternera; media vaca; un celemín de garbanzos; veinte libras de especias; diez libras de miel; catorce libras de aceite; doce azumbres de vinagre; dos quesos; dos cargas de carbón, y setenta y cuatro cargas de leña.

(2) Lo que el Rey de Portugal envió al Jarife:

Una armadura de brocado y terciopelo de seys paños. Un lecho de

El turco, que había ofrecido á Muley Ahmed, en nombre del poderoso monarca de Constantinopla, *una espada y una ropa muy rica*, llegó á Marruecos con la arrogante pretensión de inmiscuirse en la política interior del país, bastante agitado por varios aspirantes al solio, que contaban con apasionados más ó menos vehementes; pretendía aquel Embajador pacificar los ánimos dividiendo el Imperio, y que se diera el reino de Fez á un sobrino del Sultán, refugiado en Argel, hijo del Moluco, último soberano marroquí, que tan heroicamente se portó, hasta en las ansias de la muerte, en la batalla de Alcázar.

No dice Matías Venegas qué negocios llevaban al inglés á Marruecos; seguramente no iría á favorecer á España; pero fueran cuales fuesen sus pretensiones, nuestro marino decía, *el Embajador de Inglaterra ni truena, ni suena*. ¡Dichosa edad y siglo dichoso aquel en que el inveterado adversario de las aspiraciones españolas en

estrado de brocado entero. Dos catres de madreperla, el uno con unas andas de lecho y el otro con pabellón de la yndia con pasamanos de oro. Tres sillas de asiento con clabazón de oro. Dos mesas de China muy bien guarnecidas y con sus cubiertas de brocado. Un bufete de brocado con tapete de brocado. Una mesa redonda de madreperla con su sobremesa de brocado. Dos alombras muy ricas de seda y oro de diez varas de largo cada una. Una fuente de aguamanos de plata muy rica. Dos candeleros de plata grandes. Una salua de plata con sus tixeras de espavilar. Un pabellón pequeño guarnecido de oro fino con mançanillas de madreperlas y ámbar. Dos Alxedrezes de madreperla, con piezas de la yndia, el uno, y el otro de plata y de cristal. Dos cofres de madreperla llenos de mangar blanco. Dos cofres de tartariega muy bien guarnecidos, el uno de Almizque, y otro lleno de pastillas y pebetes. Un escritorio de la China con quarenta y ocho clavos muy bien guarnecidos. Dos caxas de terçiopelo verde en que venían los dichos quatro cofres. Una espada de oro y un puñal guarnecido de rubíes. Dos cocos de Maldiuia muy bien guarnecidos. Dos piezas de brocado de peso. Un pedazo muy grande de çalambreces. Una caxa de piezas de porçelanas.

Berbería ocupaba tan menguado lugar en la corte de los Xerifes!

Estos embajadores se dieron por agraviados del especial y significativo recibimiento que Muley Ahmed había hecho á Pedro Venegas; ninguno de ellos había obtenido igual lisonjera acogida; ni al del turco, con representar á señor tan poderoso, campeón de la doctrina musulmana en buena parte de África, y correligionario del marroquí; ni al portugués, á pesar de su valioso presente, se les concedió llegar á los estrados del Rey, teniendo que presentar sus credenciales seis pasos antes de aproximarse á ellos; no se les permitió sentarse; no se invitó al portugués á cubrirse, y al recibir Muley Ahmed sus *cartas de creencia*, pasólas á uno de sus alcaides, sin hacer demostración particular de afecto ó de respeto.

Por los informes que Matías Venegas tomó, sin duda, por las conversaciones que con cautivos, mercaderes, y con los mismos moros mantuvo, pudo darnos idea de la situación de Marruecos en aquellos momentos: «*El reino está temblando, según dicen; la gente de guerra es bien pagada y mucha, pero hay tantos apasionados, de los que hay en la tierra, por el hijo del Moluco que está en Argel, que plega á Dios hagan de manera que nos quedemos con todo*».

Fuera de algunos pormenores antes consignados, después de estas palabras, en las que vibran las aspiraciones de la opinión pública española en aquella época relativamente á Berbería, no consigna Matías Venegas, ó á lo menos la copia que se conserva de su carta, más noticias de la embajada; falta bien sensible, pues en aquellos momentos comenzaron las intrigas que durante algunos meses alteraron la quietud de la corte xerifí y los ánimos de los embajadores; las cuales nos refiere con al-

guna detención Cabrera de Córdoba, uno de los buenos historiadores de Felipe II.

Interesaba á éste atraerse el amor de los portugueses, á cuyo dominio aspiraba, y su sagaz política se fijó en favorecer los rescates de los cautivos de Alcázar; otro sobrino del Sultán, llamado Muley Nazar, que se acogió á Arcila, podía, auxiliado por el Monarca español, hacer grandísimo daño al marroquí, que en los comienzos del reinar, como con monótona y sangrienta frecuencia se observa en la historia musulmana, veía pulular á su alrededor los alzamientos de sus vasallos; en aquellos días, otro aspirante al poder supremo, Muley Rabut, se había sublevado en las montañas, y sus fuerzas debieron ser importantes, pues dieron mucho que pensar al Sultán.

Éste tenía que contentar al turco que protegía al hijo del Moluco, refugiado en Argel, á cuyo apellido estalló una sangrienta rebelión, que se apaciguó ahogándola en sangre: negociaba con D. Francisco de Acosta que le entregaran á Muley Nazar, y á otro xeque moro, hijo del sultán Muley Mohammed, que andaba huído en Portugal, y en vista de la natural repugnancia de la corte de Lisboa á poner en sus manos á los dos expatriados, se conformaba con que los llevaran á la India.

Momentos fueron aquellos de ruda prueba para la diplomacia marroquí, que al fin se decidió por aliarse con el poderoso Monarca español, tan pródigo en sus regalos, y en cuya diestra había armas más que sobradas, si no para conquistar, á lo menos para arruinar el reino.

Entre los nobles prisioneros en la batalla de Alcázar residentes en Marruecos, se hallaba D. Teodosio, Duque de Barcelos, hijo del Duque de Braganza, quien desde

los primeros momentos de la llegada de Venegas fué á visitarle: el Embajador español se había propuesto que la libertad del noble mozo se debiera á su Soberano; en efecto: tan hábilmente se manejó, que después de algunas vacilaciones y de no pocas dificultades, se acordó en consejo entregar el Duque, sin rescate, al español, y no al enviado portugués D. Francisco de Acosta; al saber éste la determinación del Sultán, rogóle que le diera á D. Teodosio por cualquier rescate, y que se confederara con Portugal contra España: pretensiones que fueron desoídas por el marroquí.

Mientras tanto, Pedro Venegas conseguía también la libertad de D. Enrique de Portugal, hijo del conde de Vimioso, quien estuvo á punto de sufrir, por orden del Sultán, oscura y cruel muerte; pero bien porque creyera que debía mantener al de Barcelos á disposición de su Rey, bien porque temiera que con las alteraciones de la tierra pudieran asesinarle en el camino, si le enviaba á Mazagán, detúvole en su casa; de lo que se dió después el Duque por agraviado, aunque reconociendo que no había tenido parte en su detención Felipe II.

Mediaron comunicaciones entre éste y su Embajador, en las que Venegas se aseguró del pensamiento de su Soberano, quien le ordenó que pusiera en Ceuta al Duque de Barcelos, y si no podía, en Mazagán, avisando al Marqués de Santa Cruz para que fuera á recogerle en sus galeras, á fin de entregarle de seguida á su familia. Al cabo de varias peripecias, las embarcaciones españolas recogieron en las playas de Tetuán al cautivo portugués, y Felipe II escribió á sus padres devolviéndoselo, y diciéndoles que así les pagaba la oposición que le hacían á su entronizamiento en Portugal.

Mientras nuestro Embajador negociaba estas cosas,

consiguiendo un verdadero triunfo diplomático, aquel alcaide Reduán, renegado, de nación portugués, que le fué á visitar en nombre de Muley-Ahmed y que le acompañó en su recepción oficial, gran privado y consejero del Sultán, perdió con la privanza la cabeza: caso muy frecuente en la historia de los favoritos de los monarcas musulmanes.

Durante su estancia en la capital de Marruecos, el Embajador de España se propuso mejorar la suerte de los infelices cautivos cristianos que en ella existían, y, sobre todo, protegerlos en el ejercicio de su religión y en su libertad de conciencia, constantemente amenazada y combatida por el fervoroso celo de la propaganda musulímica, mediante el fraude, el soborno ó la violencia.

Asunto es este del cautiverio cristiano en las comarcas berberiscas, que ha de ocupar lugar bien preferente y extenso entre los estudios que me he propuesto publicar en LA ESPAÑA MODERNA, sobre la historia de las influencias, guerras, posesiones y tratos diplomáticos de los españoles en África. En algunos de ellos he de relatar los varios modos que tuvieron moros y turcos para apresar cautivos; la mísera suerte de éstos durante los días de su desdichada servidumbre; sus penas y sus placeres; sus martirios y rescates: por ahora me limitaré, en el presente trabajo, á relatar una página de esta triste historia en la capital de los xerifes.

Vivían los cautivos, á la llegada de Pedro Venegas á Marruecos, en una prisión que los moros llamaban *sachena* ó cárcel, y ellos también *bite* ó *habitación*; penetrábase en ella por tres puertas, guardadas por un arraez con varios soldados, los cuales vigilaban muy de cerca á los prisioneros, que constantemente empleaban todo el ingenio y toda la valiente resolución que en Argel puso en

juego el inmortal Cervantes, y que en toda Berbería inspiraba al cautiverio la malaventurada vida y el amor á la libertad, para librarse de sus bárbaros opresores.

La *sachena* marroquí contenía un patio, á lo que parece bastante extenso, al cual daban las habitaciones, que en el interior de aquella triste mansión tenían los cautivos. No sé si esta cárcel sería la que nos describe Marmol Carvajal, cercana á la puerta de la ciudad, llamada *Bibeltobal*, que había servido de granero á los sultanes, en los que tuvieron que aprisionar á los cristianos, á causa de que en las caballerizas del palacio, donde antes los encerraban, dieron en horadar las paredes, y valiéndose de cuerdas, bajarse al foso, desde el cual se encaminaban, entre sustos, zozobras y peligros, á cualquiera de los presidios cristianos de África.

Entre los eclesiásticos que acompañaron en su desdichada expedición al Rey Don Sebastián, se contó el agustino Fr. Tomás de Jesús, de la ilustre sangre de los condes de Linares; apresado en el infausto día de Alcazarquibir, en cuanto le llevaron á Marruecos, en vez de irse á vivir con los demás prisioneros, que siempre gozaron mayores comodidades y libertad que los cautivos más antiguos, porque el Sultán contaba con emplearlos en defenderle contra los revoltosos marroquíes, fuese á la *sachena*, guiado por las nobles inspiraciones de la caridad evangélica; en aquel fatal recinto participó de sus penalidades, confortando á los presos en la fe, enseñándola á los niños, refrescándola en la memoria de los viejos, olvidándose de sí, para acordarse solamente de toda aquella desventura humana que á su alrededor padecía, mientras discutía sus creencias con los judíos, y asombraba á los moros con el ejemplo de su santa vida.

Por aquel tiempo vivían en la capital en cautividad

dos mil cristianos de diferentes naciones: no todos se alojaban en la *sachena*, pues á los casados se les permitía morar fuera; otros paraban en la alcazaba, y muchos en las casas de los particulares, á quienes tenían por dueños.

Para todos la vida era bien dura, trabajosa y expuesta á continuo riesgo; rebajamiento de la dignidad en los hombres, pérdidas del honor en las cautivas, amenazas, golpes, tormentos y crueles muertes: estas persecuciones eran más ó menos duras, según la condición ruda ó blanda del amo con quien daban, según la mayor ó menor crueldad ó fanatismo del Sultán reinante, según también el mayor ó menor temor que inspiraban las naciones europeas.

Muchas veces, y este es punto en el cual no se han fijado cumplidamente los historiadores modernos, venían á las costas berberiscas fatídicos ecos de las persecuciones que sufrían los moriscos en España; muchas veces los indiscretos é impolíticos martirios que se les hicieron sufrir por acá, tuvieron sangrientas represalias en las *sachenas* berberiscas.

Los cristianos esclavos, decía Matías Venegas en su carta, *andan bien tratados, especialmente las mujeres*. Á esto contribuía poderosamente la religión católica, velando allí, como en toda Berbería, sobre aquellos desventurados, víctimas de la barbarie africana, y de la miserable política de los gobiernos de Europa, nunca bastante bien estigmatizada por la Historia; la religión procuraba hacer mas llevadera á los cautivos su malaventurada suerte, uniéndoles en dulces lazos, mientras que, más allá de los mares, procuraba su redención, y reprochaba á los príncipes cristianos sudescuido en acabar con aquellas piraterías, que deshonoraban sus blasones.

Tenían en Marruecos los cautivos tres cofradías, dedicadas á celebrar las festividades católicas, al socorro de los más desvalidos y de los enfermos, y á dar cristiana sepultura á los muertos; en las festividades solemnes, Pascuas, Semana Santa, Corpus, día de la Virgen de los Ángeles y en los primeros domingos de cada mes, se celebraban estas fiestas religiosas, y además solemnes procesiones.

En el *Corpus*, por ejemplo, tan festejado en España, vestíanse con frescas y rozagantes cañas las paredes de aquel patio, en el que se llorarían tantas desdichas, y en que se recordarían, entre tantas amarguras, el perdido hogar y la patria amada; alzábanse en medio de él arcos triunfales de aromáticas hierbas y flores; figurábanse riscos y arboledas, y trazábanse algunos emblemas, que traían á la mente los misterios del Catolicismo, ó los sucesos de su sagrada historia. Ciertamente debía presentar aquel lugar de martirio, tan lejano de la madre patria, rodeado de infieles é inveterados enemigos, un aspecto verdaderamente conmovedor y dramático, cuando la procesión recorría todos sus ámbitos, precedida de sus banderas, guiones y mangas, con los sacerdotes quemando incienso ante la modesta custodia de plata donde iba el Santísimo, con su palio de damasco blanco, cuyas varas llevaba la gente hidaiga del cautiverio, con los otros presos, llevando devotamente en sus manos cirios encendidos, yendo, como dice un escritor de entonces, *cantando los himnos de aquel día, que, con el ruido de sus cadenas sonaban, si no música alegre, una ternísima compasión.*

Así, con la tolerancia de sus señores, y mediante el soborno del arraez de la *sachena*, que, bien gratificado, cerraba á piedra y lodo las tres puertas de la cárcel, y

que con buena propina se olvidaba de sacarles aquellos días á sus duros trabajos, se celebraban funciones religiosas y procesiones, se cantaban himnos, y hasta se solían representar *muy devotos autos sacramentales*: las escenas que en aquellos momentos se contemplaban en cualquier población de España, se representaban también fielmente allí, confortando las almas, uniendo las voluntades, y, de cierto, poniendo abundantes lágrimas en los ojos.

Los moros, á veces, ganando al arraez portero, ó consintiéndolo los cautivos, asistían á aquellas ceremonias, no menos curiosas para ellos que la *zala* ú oración de su mezquita para los cristianos; de ellas salían vivamente impresionados, á pesar de la imperturbabilidad propia de su carácter, y no faltó entre ellos quien dijera, *que si los cristianos profesaran su Alcorán con la misma puntual observancia, serían más buenos que ellos mismos, y sus frailes más santos que sus santos*.

En una de estas ocasiones, cierto magnate de la corte xerifí, á quien llamaban *Rabadán*, habiendo entrado en la iglesia, hallándose ante el monumento de Semana Santa, en el que llegaron á arder alguna vez mil velas de blanca cera, prosternóse ante él, diciendo que aquél era lugar santo, pues aunque las ceremonias que contemplaba diferían de las que ordenaba su Profeta, allí estaba Jesucristo; razones que asombraban á los cristianos, pero que no admirarían á los que de entre ellos supieran que *Sidna Aisa ó Nuestro Señor Jesús*, es para los musulmanes el Verbo de Allah, hijo de una virgen pura, engendrado sin mancilla, y uno de los enviados de Dios en la tierra, el más prepotente, milagroso y santo entre los profetas que precedieron á Mahoma, último de ellos sobre la tierra, y sello de toda la profecía.

Á pesar de estas particulares muestras de tolerancia; á pesar de que los musulimes generalmente se han mostrado benignos con sus esclavos, el fanatismo religioso, igual en todas partes, gentes y ocasiones, se sublevó ante la tolerancia con que eran tratados los cautivos, exaltóse al escuchar dentro de la *sachena* aquellos cánticos impíos, se escandalizó de las procesiones y festividades que se celebraban con tanto regocijo y relativa pompa, acrecentadas con los auxilios y la presencia de los prisioneros portugueses; y tomándose por su mano la venganza, para desagraviar á Allah, los fanáticos quebrantaron las puertas de alguna capilla católica é hicieron pedazos varias imágenes, para ellos nefandos ídolos, ante los cuales se postraba de hinojos la necedad cristiana y por cuyos labios hablaba *Iblis*, ó *el diablo*, á sus adoradores. Muley Ahmed, para evitar que el populacho cometiera mayores desmanes, prohibió algunos de estos festejos y ceremonias, entre ellas la de decir Misa.

Pedro Venegas de Córdoba, apenas supo la fuerza que se hacía á sus correligionarios en el libre ejercicio de su culto, se dirigió, si bien cortés, enérgicamente al Sultán, pidiéndole franquicias para el culto y la conciencia de los cautivos.

Trató también de remediar otro abuso, que muchos moros fanáticos cometían, privando á los prisioneros de sus hijos cuando muchachos, circuncidándolos, vistiéndolos á la morisca, y haciéndoles profesar y practicar la fe mahometana; violencia de que se quejaban los míseros cautivos, con la misma razón y con igual amargura con que se querellaban con idéntica causa en España los moriscos: la indignación y el horror que en los cristianos producían estas violencias, arrancábanles lastimeras protestas, y en las festividades de la Virgen de los Án-

geles, las míseras cautivas, al depositar en su altar, como ofrenda, algunas blancas palomas, imploraban el auxilio de la que tan devotamente festejaban, pidiéndole encarecidamente que facilitara el rescate de sus pequeñuelos, *pues que sabe Su Majestad, como tan madre, lo agudos que son los sustos que se padecen por los hijos y lo soberanos que son los alborozos por verlos redimidos.*

El Embajador español acudió también al Sultán en queja contra estos atropellos, diciéndole estas excelentes y cristianas palabras, cuyo sentido, si hubiera inspirado por entonces á los gobernantes españoles, hubiera ahorrado mucho duelo, ruinas y sangre del lado acá del Estrecho: *que la religión cristiana recibía los que solamente de grado querían seguirla, y á ninguno apremiaba; ni menos á los moros y turcos prisioneros; y que él había tenido, ganados con su brazo en Melilla, muchos, y los dexó vivir libremente en la secta de Mahoma.*

Respondió el Sultán que él tampoco quería que se forzara á los niños á profesar el islamismo; mas que á los que hubieran sido obligados á declararse musulmanes, no se les podía tornar, sin grave riesgo de sus personas, al cristianismo; pues, según el derecho muslim, el apóstata tiene pena de la vida, y el paso de una á otra religión se consideraba como una apostasía; debatido este punto, y siendo la dificultad irresoluble, acudió Muley Ahmed á su *muftí*, supremo juez en las diferencias canónicas: Pedro Venegas creyó hallar un medio de solucionar el conflicto, rescatando á todos aquellos á quienes se obligó á renegar cuando muchachos, siempre que quisieran seguir la religión de sus antepasados; creo que esta opinión se trató en la corte de España, pero hasta ahora no he hallado noticia de que en algún tiempo se realizara.

:

He aquí los aspectos más salientes y los asuntos de mayor bulto que se trataron entre España y Marruecos durante la Embajada presidida por Pedro Venegas de Córdoba en 1579 ; Felipe II obtuvo de ella, según parece, cuanto se proponía : fué, por tanto, una de las más notables que los españoles enviaron al África , por las personas que en ella intervinieron, por los asuntos que se debatieron y por el interés que despertó en nuestra patria.

F. GUILLÉN ROBLES ,

de la Real Academia de la Historia.

CARTAS SOBRE LA EXPOSICIÓN

IV.

Sr. Director de LA ESPAÑA MODERNA.

PENSÉ hablar de los espectáculos en mi carta anterior, y en esta del elemento exótico; después he caído en la cuenta de que espectáculos y elemento exótico en la Exposición son una misma cosa, y no pueden aislarse. Los teatros comunes y corrientes funcionaron este año en París como de costumbre; pero apenas se les ha prestado atención: si al principiar el frío y la lluvia recobraron sus fueros, mientras la temperatura benigna permitió que el público saborease en la Explanada de los Inválidos las extravagantes diversiones que voy á describir, ellas privaron.

Yo confieso que extravagantes y todo, ó acaso por su misma extravagancia, fueron lo que más me interesó en la inmensa feria internacional: no ciertamente por el *ludibrio*, ó juego escénico, tomado como obra de arte (se me figura ociosa la advertencia), sino por aquella comezón que hoy sentimos de conocer las fisonomías de cuantas razas pueblan el globo, de enterarnos, si es posible, de

sus costumbres, de penetrar en su alma. Encontrar reunidos siete ú ochocientos seres humanos venidos de los climas remotos y de los países misteriosos; verles comer, trabajar, tañer, cantar sus canciones, danzar sus danzas, representar sus dramas y sus comedias, sin necesidad de haber pasado el charco en un transatlántico, cruzado desiertos, sufrido picotazos de mosquitos y sustos de tormentas y *simunes*, es plato muy sabroso. Si me empeñase en sostener una paradoja defendible, diría que mejor se aprecia aquí el *color local*, que viajando: viajando habrá que buscarlo y encontrarlo desparramado, y acaso oculto: aquí nos lo dan preparadito, porque de propósito eligieron en cada país lo más típico y saliente para regalárnoslo. Ya sé que en el fondo no es así: mi conciencia de artista protesta, y me entra escama cuando oigo decir á algún escéptico que cuantos turcos, moros y rumanos andan por aquí, son todos de *Batignolles*. Para estar en lo justo, adoptemos un término medio, y creamos en la autenticidad de mucho elemento exótico, sin negar las *contrefaçons* posibles.

¿Cómo desconfiar, v. gr., de las bailarinas javanesas, ni de los actores anamitas? ¿Qué europeo es capaz de imitarles? Por éstos empezaré, y dudo que quien no los haya visto se los pueda imaginar, aunque yo agote todos los recursos de la descripción. No cabe, ni en medio del delirio de una pesadilla, que la fantasía se forje visiones tan horribles, vestiglos tan espantables y monstruos tan monstruosos cual los comediantes del reino de Anam; y así como el sentido de la vista no acierta á representarse su fealdad, el del oído no adivinará nunca chillidos tan discordes y fieros, entonaciones tan desafinadas y agrias. Una chusma de gatos engarfiados tras el muro de una buhardilla en Enero; una jauría ladradora, me herirían

menos el tímpano que los Calvos y Vicos de la raza amarilla. El drama de que les vi representar un fragmento se titulaba *La rosa (Ta hué)*; pero tengo para mí que debiera cambiar de nombre, y llamarse *La cencerrada*.

Verifícanse las representaciones anamitas en una sala rectangular, en que bien tendrán cabida trescientas personas: el escenario, al revés que en nuestros teatros, se encuentra más bajo que los espectadores, los cuales ocupan graderías, de modo que, salva la forma, está dispuesta la escena anamita como uno de nuestros circos de caballos. Los músicos de la orquesta no se colocan aparte, sino mezclados con los actores. Las decoraciones, suprimidas. El autor del drama nos dice que parte de él pasa en las nubes, en la selva, en el infierno, ó en la mansión de los genios del aire: tenemos que creerlo de buena fe. Suprimidas también las actrices: los papeles femeninos son desempeñados por muchachos. Como la raza amarilla no peca de barbuda, á estas actrices del género ambiguo no les da guerra la rasuración.

Las supuestas damas y los galanes reales y efectivos se parecen en la fealdad. Caras pintadas de rojo ladrillo ó del color natural del limón pasado; bocazas negras y dientes esmaltados de laca negra también; narices chatas; aspecto simíaco. Ni una actitud plásticamente bella; ni una inflexión de voz grata y humana; ni un matiz armónico en el traje; ni una expresión dramática en el rostro, ni nada, nada más que una docena de gorillas y macacos vestidos de máscara, pegando berridos y amenazando tirarse á cada minuto los trastos á la geta.

Sale uno de allí deseando perder de vista á semejantes espantajos, y convencido como nunca de que el calificativo de *noble* aplicado á la raza caucásica no es lisonja. De seguro el carricoche de Tespis, la aurora del arte es-

cénico en nuestra civilización, no se parecería al teatro anamita más de lo que se parece á un ídolo barrigudo la Venus de Milo.

Para sosegarse un poco y reconciliarse con la gente amarilla, conviene ir de seguida al *Kompang* ó aldeíta javanesa. Pintoresca agrupación de chozas, edificadas por los indígenas con singular habilidad, y empleando á la vez é indistintamente los pies y las manos, según costumbre de estos asiáticos que tiran á jimios. Cincuenta ó sesenta naturales de Java habitan la colonia; tejen cestos, preparan el te y el café (el mejor café que en toda la Exposición se toma), y viven allí como en su patria. Mas lo curioso son los músicos y las bailarinas. Á la entrada de la aldea encontramos ya á tres artistas, consagrados á tocar una especie de instrumento hecho con cañas, que tiene reminiscencias de la flauta de Pan. Sus recursos se limitan á tres ó cuatro notas monótonas, húmedas, frescas y pastoriles: las cañas se acuerdan del río en que nacieron, y gimen y cantan con sonido acuático. Aquello, más que música, es una voz de la naturaleza, el eslabón que enlaza el primer rudimento artístico á la sencilla realidad: poco á poco, en la imitación, irá el hombre ensanchando y dominando su reino, y de la cañaheja de Pan irán saliendo Beethoven y Wagner.

Á poca distancia de los músicos se alza el palco de las bailarinas, las cuales son cinco, y muy niñas todas, con ese aspecto de infancia que no pierde nunca la diminuta y delicada raza javanesa. Cuatro de las bailarinas pertenecen á la aristocracia más encopetada: son una especie de vírgenes sacras ó vestales, y el rajá á quien pertenecen, y que las conserva como oro en paño, se ha dignado acceder á los ruegos del Gobierno holandés, deseoso de que danzasen en la Exposición; mas no sin estipular que

sería religiosamente respetada la integridad de sus doncelleces. Vinieron, pues, las pobres criaturas á arrostrar las miradas impúdicas ó curiosas, á sufrir el frío que ya las tiene ateridas, á ejecutar ante europeos indiferentes, toscos ó burlones, los pasos y mudanzas del baile sagrado que aprendieran para obsequio exclusivo de alguna dorada y ensoñadora imagen de Buda.

Donde digo *pasos y mudanzas* debiera decir *ademanes*, porque si los javaneses construyen chozas con los pies, las javanesas bailan, en realidad, con las manos, y sólo con las manos. Los pies, los piececillos oscuros, enanos, de elegante corte, como trabajados en bronce finísimo, casi no se mueven del sitio en que se posan. Los brazos, en cambio, los magros y esbeltos bracitos, teñidos con caliente entonación de *terracotta*, y las manos de largos dedos, de aristocrática finura, desempeñan todo el baile. El cual no puede ser más decoroso, más honesto, más acompasado, más hierático: no recuerda, por cierto, la voluptuosa danza de Salomé, sino las místicas ceremonias de Salambó en adoración ante la diosa Tanit. No cabe duda: la coreografía de las javanesas tiene carácter religioso.

Ellas mismas, las bailadoras, parecen, más que mujeres armadas con las seducciones y gracias propias de su sexo, idolitos, *bibelots*, esculturas de Tanagra llamadas á ocupar sitio en una cristalera. Tres son feas, graciosamente feas: la cuarta, muy bonita, de correctas y delicadas facciones, oblicuos y graves ojos, mejillas menudas y redondas como las de las figurillas egipcias, labios puros y color de limpio cobre. Su porte es señoril, sus movimientos elegantes: su traje consiste en un paño estrecho, ceñidísimo de medio cuerpo abajo, á la egipcia también; un coselete enriquecido con bordados de oro, y

una especie de mitra, ó, más bien, el tocado de las esfinges, igualmente de oro realzado por brillantes colorines y plumas. Los instrumentos músicos que acompañan á su baile son unas como ollas ó teteras de metal, que hacen son profundo, triste y argentino, cual de campanas, y un guitarro que no sé explicar, pues no lo he visto de cerca.

Por las venas de la quinta bailadora no corre sangre ilustre, ni la adornan las galas que lucen las otras cuatro: es una mujer del pueblo, y aun creo que ramera: usa un pobre casaquillo y un paño de algodón, y entre ella y sus paisanas existe el abismo social que existiría, v. gr., entre unas monjas Huelgas ó Salesas Reales y una cantadora flamenca, á quienes la suerte enviase juntas allá al Indostán. Noté que las princesitas ó sacerdotisas, ó lo que sean, hablan entre sí, y no dirigen nunca la palabra á la danzarina pública. Ésta, cuando baila, tiene por compañero á un guapo mozo javanés, y la pareja no ejecuta pasos religiosos, sino amatorios. Los pies siempre quietos, las manos y brazos se encargan de toda la pantomima, que nada tiene de libre. En cualquier baile europeo toman mayor parte los sentidos.

Parece que un francés, sin duda asiduo lector de Pierre Loti y aficionado á la geografía erótica, se ha prendado ciegamente de una de las sacerdotisas, y va sin faltar un solo día á presenciar el baile. Sus tentativas de aproximación han sido estériles, y su muñequita de barro cocido no le hace maldito caso. Dícese que en momentos de sinceridad las javanesas declaran que les repugnan los europeos, á causa del olor desagradable que despiden, aun los más perfumados y limpios. Si reflexionamos que toda la aldea javanesa se baña cuatro veces al día, nos sorprenderá menos una afirmación tan depresiva pa-

ra el amor propio de los gomosos parisienses. El baño, el cigarrillo, el te, entretienen las largas horas del destierro de las muñecas. Diviértense, además, en pintarse las unas á las otras, en teñirse los dientes con betel, y en imitar rizos en las sienes con tinta china. Y desde que ha comenzado el otoño, tiritan las pobres. Me dan mucha lástima. ¡Que las lleven, por Dios, á su templada y paradisiaca isla, donde el sol no palidece!

Con la primer ráfaga fría, toda la gente amarilla, verdosa, color de cangrejo cocido, gris ó negro charolado, que pulula en la Exposición, se ha sentido invadir por la nostalgia, y ha perdido su gracia decorativa. Durante los últimos días de Julio y Agosto (este verano ha sido bastante extremoso en París), daba gozo ver tanto indígena, y contemplar tanto tipo raro. Había los puja-puja anamitas, empujando sus carricoches; había la aldeíta del Senegal, donde se fabricaban joyas y se tejían telas, y los gaboneses, cuyas señoras renunciaron de malísima gana, en aras del pudor de los civilizados, á su sencillo traje, compuesto de un pañito como de quince centímetros y varias sartas de cuentas. Había los canacos antropófagos, que se liman los dientes para tenerlos más aguzados, y había los asúas, que daban diariamente una función de las que más agradaron á la gente distinguida y cosmopolita, que se estrujaba todas las noches á la puerta de su tienda.

Parece que estos asúas son unos negrazos de no sé qué tribu africana, que constituyen una secta fanática y dada á la mortificación y á la tortura de sí propio como acto religioso en honor de la divinidad. Sea que el hábito de infligirse ciertos suplicios les haya curtido y habituado al dolor; sea que por medio de movimientos giratorios y pases magnéticos logren hipnotizarse y producir la aneste-

sia local, ello es que los asúas pinchan, rajan y achicharran en sus carnes lo mismo que si estuviesen hechas de palo. Escorpiones, lagartijas, culebras, ascuas y hojas de sable, las tragan como confites. Pasan la lengua sobre hierros candentes, refriegan la nariz sobre un brasero encendido, se atraviesan los brazos de parte á parte con agujas gordas, se echan fuera los ojos de un golpe con las yemas del pulgar...., y otras barbaridades análogas. Todo al son de una música rara y discordante, de tambor y guitarrillo, que acelera el compás siempre que se acerca el momento de ejecutar alguna barrabasada.

Después de haber mirado con horror á aquellos diablos en figura de hombres, se debe descansar y refocilar la vista con la señorita Fatma, natural de Túnez. Al pronto, cuando por ver á Fatma exigen un franco por persona, se hace caro, pues en la Exposición es baratísima la entrada en todas partes. Pero tan pronto como aparece aquel hermoso milagro de la naturaleza, se da por muy bien empleada la monedilla. ¿Cuánto más agradable es la contemplación de Fatma que la de un diorama, cosmorama ó panorama circular, de estos con que ahora nos embaucan?

Fatma, premiada con medalla de oro en no sé qué concurso de belleza (esto del premio confieso que me la despoetizó algún tanto), es un tipo perfectísimo de hermosura oriental. La Haydea del poema de Byron debía de parecerse á Fatma. La cual representa unos veinticuatro años, y es morena, de ese moreno bruñido y caliente que parece bañado en ámbar y coloreado con pétalos de rosa de Alejandría. Los ojos los tiene ovales, largos, resguardados por tupidas pestañas; el mirar dulce y manso, sin frialdad; la boca es un rubí partido por gala en dos. Su nariz ostenta la majestad de las narices

semíticas, pero sin exageración del corte aguileño. Sus regios brazos, sus magníficas formas, su pelo como la endrina, suelto en rica mata, completan la perfección de tan soberano pedazo de hembra. Estando cansada la vista de aquellas francesas, graciosas y airosas y picantes, sí, pero huesudas, anémicas, de pobre anatomía, la noble Fatma se nos figura protesta viviente contra la mentira y el prosaísmo de la civilización, alegato en favor de las razas que saben guardar la pureza de su tipo.

He oído decir (¿á quién no se le ponen defectos?) que Fatma es *bête*, ó sea tonta de capirote. ¡Extraño reparo, cuando sólo se trata de una exhibición plástica! El talento de Fatma consiste en su color, sus hombros, su pelo. Ni crea nadie que es la de Fatma de esas caras inexpresivas é inmóviles. Su expresión es suave, amorosa, tentadora, y al mismo tiempo ingenua y cándida; y aunque esto del candor parezca incompatible con el modo de vivir de una mujer que da en espectáculo su belleza, ello es verdad, y hay una distancia inmensa entre la risa de miel de la encantadora odalisca y la sonrisa forzada, estereotipada y degenerada en mueca, de las beldades venales parisien-ses, que inspira repugnancia.

Vestía Fatma túnica floja de damasco verde recamado de oro: el corpiño se abría sobre la camiseta de gasa rosa, que indiscreta jugaba sobre el bíblico seno. El faldellín de gasa blanca tramada de plata envolvía en sus pliegues el redondo tobillo, rematado en pie no pequeño, nunca desfigurado por la botina europea, libre y bien delineado como el de las estatuas. En la cabeza no llevaba birrete ni sartas de zequés, sino una guirnalda de amapolas y no sé qué joyas orientales. Cuando bajó del estrado y se acercó al público para bailar la danza del Serrallo, sus movimientos eran más harmónicos y su actitud más

decente que nunca. Pensaba yo que los franceses tienen la sangre de horchata y el alma de cántaro, porque al empezar á bailar tan preciosa criatura, ni siquiera dijeron « bendita sea tu madre ». Aquí, si baila Fatma, arrojarán á la escena los sombreros; y si la ve Zorrilla, á pesar de los años, desenfunda nuevamente la guzla del raví y le dedica media docena de kásidas, con aquello de ramo de mirra, búcaro fresco lleno de olores, y otros piropos de su musa mora.

Para ir acercándome á los espectáculos españoles, diré algo de la famosa *danza del vientre*, que ejecutan las bailarinas egipcias ó *almeas*, aquellas de quienes dijo Gerardo de Nerval que hacen soñar con el paraíso (sea todo por Dios). No hay que confundirlas con las bayaderas indostánicas, pues son mujeres de condición muy distinta. La bayadera es una mezcla de sacerdotisa y cortesana; consagrada al culto de la diosa Ramba, la Venus del Olimpo indostánico, la vida airada es para ella una especie de rito religioso. La almea no tiene nada de sacerdotisa; no pasa de una saltarina alquilona, que ameniza las bodas, los banquetes y hasta los entierros mahometanos.

La danza del vientre es nuestro baile flamenco en estado de larva, sacudiendo en vez de las caderas el abdomen, y omitiendo el quiebro saladísimo, como si dijésemos, la pimienta y canela de esa danza. Que no es bonito ver á una mujer casi inmóvil y con la tripa convulsa, me parece ocioso decirlo. Tendrá todo el color local que se quiera; pero no tiene maldita la gracia.

Verifícanse estos bailoteos en una barraca, á cuya puerta se ve una especie de jaulón distribuido en departamentos, en los cuales dormita ó se aburre parte de los *artistas* de la *troupe*; un camaleón, un mono, una ser-

piente enroscada y probablemente abotagada de frío, á pesar de que los demás nos derretíamos de calor. En la representación toma parte gente de dos razas: los egipcios, aceitunados, esbeltos, ojinegros, parecidísimos á los gitanos españoles, y los nubianos, negros, fornidos, lanudos, chatos de nariz, abultados de labios, y con espejillos y colgajos entre las tupidas greñas del cabello. Estos tales tienen por vestidura un cinturón de conchas y caracoles de más de cuarta y media de ancho; deben de estar las conchas ensartadas en algún hilo ó bramante; son tantas, que hacen mediano bulto, y desde cierta distancia figuran gregüescos. Cuando los nubianos salen á danzar, suena la música, una especie de tambor cilíndrico y una como mandolina de dos cuerdas; el acompañamiento consiste en el propio tecleteo del cinturón de conchas, amén de los golpes de las lanzas sobre los escudos, pues la danza nubiana es guerrera, y fingen atacarse, herirse, retroceder, huir. Les siguen las mujeres, y al compás de la propia desapacible tocata, y de unos crótalos de metal que llevan en las palmas escondidos, tejen las figuras de su barrigudo baile. Los que están sentados en el fondo del escenario las jalean por medio de un grito angustioso y gutural, unas coplas doloridas, cuyo significado ignoro. Entre los instrumentos músicos he observado una cítara de forma antigua y rara, igual del todo á las que se ven en los jeroglíficos y sepulturas de Menfis.

Cierto día, teniendo que ir á la tienda de un electricista, en la calle de Bondy, el cochero, ó por entender mal las señas, ó por figurarse que á una española no se le perdía nada con la electricidad, me llevó en derechura á un cafetín de sospechoso aspecto, sobre cuya muestra, en letras como puños, se leía este rótulo bilingüe: «Posada

de las Gitanas. Al rendez-vous de los caballeros». Así que el hombre hubo parado, volviéndose hacia mí muy risueño, y me dijo: *C'est ici. Nous voilà en Espagne.* «¡Bueno!», pensé yo. «Pues ahora no me voy de aquí sin saber en qué consiste el *rendez-vous* de los caballeros.» Eché pie á tierra y entré en el cafetucho, y resultó que el *rendez-vous* era bailar allí todas las noches unas flamencas españolas, de lo más derrotado de nuestros tugurios. Ningún periodista había hablado del dichoso *rendez-vous*, y supongo que no tendrían más público que los obreros de aquel extraviado barrio. Pero ¡oh inestabilidad de la fortuna! ¡Oh diversidad de los destinos humanos! De allí á poco anunció la prensa con bombo y platillos que iban á llegar al Campo de Marte las gitanas de Granada y *su capitán*; y el teatro en que se exhiben hallóse convertido en verdadero *rendez-vous*, no sólo de *los caballeros*, sino de damas ilustres y celebridades europeas. Ningún espectáculo exótico tan favorecido por la *crema* ó nata. El *Figaro* publicaba diariamente listas de nombres á cual más empingorotados.

Pues bien: yo apostaré que, en cuanto al arte, y si me apuran en cuanto á prendas personales, no llevan ventaja las gitanas de la Exposición á las del cafetucho de Bondy. Hasta he llegado á sospechar si serán las mismas. Porque las de la Exposición se pasan de feas, traperas, descocadas, inhábiles en bailar y aguardentosas en cantar. La *estrella* de la compañía es la *Macarrona* (¡vaya un nombre para gitana! ¡Si dijese *Macarena!*), la cual baila un poco mejor y no carece de sandunga; así es que los franceses la consideran una hurí, una *Carmen*, y se pirran por sus pataditas y sus quiebros. El resto de las gitanas repito que no colaría por acá, ni tiene que ver con las famosas bailadoras de Silverio y otras *artistas* de lo fino del género,

en que caben muchos grados y hay seda y estopa.

Convencidas, tal vez por exhortaciones del empresario, de que el *carácter* es la exageración y la grosería, las gitanas del Campo de Marte toman cada postura y se permiten cada desplante, que abochorna. Los que las jalean compiten con ellas en descaro, y en lugar de canciones flamencas, sirven al público coplillas de zarzuela, del repertorio antiguo. El día que yo estuve allí, cantaban muy formales: «No asomes en la playa....» etc., etc.

¿Y qué vale el éxito de las gitanas comparado al de los toros? La historia y vicisitudes de nuestra fiesta nacional en París ha rodado por la prensa, y son conocidos los más mínimos detalles de la campaña antitaurómaca de la Sociedad protectora, con aquella su donosa pretensión de contar al toro entre los animales domésticos, y el reto que se les dirigió para que probasen á domesticar un toro. Las ideas de la Protectora, en esta cuestión, no dejan de tener eco en España: conozco yo por aquí muchísima gente que nos trata de inhumanos á los aficionados al toreo: y desde que se discute este punto de la humanidad, la lidia atrae más gente que nunca. Ya me lo había dicho un señor muy respetable, el marqués de San Carlos: después de presentar él una petición á las Cortes para que se suprimiesen las corridas, arreció el entusiasmo taurómico. En París se me figura que debe de haber ocurrido algo semejante. Los escrúpulos de la Protectora; las defensas del *Figaro*; las insolencias del *Echo de París*, periódico lascivo, que nos trató de *raspacuevos*, sin ver que á él le cae de perlas otro nombre peor; la severidad del Gobierno, que, imitando al rey de Nápoles cuando puso á las bailarinas calzones verdes, llenó de cortapisas la función, y á ejemplo de Horacio preceptuó que no muriese en escena el héroe, ó sea el bicho....: todo

ayudó á formar una inmensa *reclame*, consiguiendo que, á pesar de los exagerados precios y de la temperatura, no siempre grata, se llenase hasta los topes la plaza, y se acostumbrase el público al espectáculo, llegando á chuparse los dedos tras él. Pienso que nuestra ganadería y nuestras cuadrillas tienen abierto ahí un nuevo mercado, y no debe pesarnos de esto. En buena ley económica, es justo y equitativo que si los franceses nos envían acá su Sara Bernhardt y sus actrices de opereta, les enviemos nosotros á nuestros barbianes á que les saquen los francos del bolsillo.

Amén de que ganará mucho la instrucción de los toreros con tanto viaje y tanto roce. En París les han convidado y llevado en palmas, y ellos se han plantado su frac y su corbata blanca,—sin omitir por eso la coleta,—como diciendo: «Ya verán Vds. si servimos nosotros igual para un fregado que para un barrido». Mazzantini hace tiempo que goza fama de culto, instruido é inteligente; los demás, á este paso, llegarán á apostárselas con diplomáticos y académicos. Y lo sentiré: el torero español no necesita adornos: con su generosidad natural, su corazón que no le cabe en el pecho, su pintoresco traje, su donaire popular y su gravedad semítica, está para mí cien codos más alto que esos actores franceses *bañados* de ciencia y arte...., y á quienes sus mismos conterráneos llaman, con poca indulgencia, *cabotins*.

No debo quedarme sin decir algo sobre la reconstitución histórica de la Torre de Nesle, y también de la Bastilla. No sé qué periódico aseguraba que la moda de este año son las prisiones. Bastilla, Torre de Nesle, Temple, todo renace bajo el lápiz de los arquitectos modernos, que renuevan para solaz de los presentes aquello que fué te-

rror de los pasados antes de venir á tierra bajo la piqueta revolucionaria.

Ambas reconstrucciones (hablo de la Torre de Nesle y la Bastilla) son curiosas y merecen la visita y el franco de entrada. En la Bastilla se representa muy á lo vivo la evasión de Latude, y se le ve colgado entre tierra y cielo, perseguido por los tejados, herido, vuelto á prender. En la cámara baja y abovedada que se encuentra después de cruzar el puente levadizo, están las figuras de cera que representan á los prisioneros existentes en la Bastilla cuando ésta fué arrasada en 89. Las casitas del arrabal de San Antonio, con sus tiendas bajas, sus cristales emplomados, sus techos puntiagudos, tienen aún más aire de autenticidad que la Bastilla misma.

En la Torre de Nesle funciona numeroso personal, y hay representación y baile todas las noches. ¿Es un drama?, preguntará alguno. No, no es drama, porque ni tiene argumento, ni se divide en actos; es sencillamente un fragmento de vida retrospectiva, una noche cualquiera de la Edad Media, á la cual se proponen trasladarnos los que idearon aquella mascarada.

La Torre de Nesle tiene una sombría leyenda, que la historia ni confirma ni desmiente, pues guarda acerca de ella absoluto silencio. Hallábase situada esta trágica torre en la margen izquierda del Sena, casi en el punto que hoy ocupa el soñoliento palacio de los cuarenta Inmortales, ó sea la Academia Francesa. Tenía ciento veinte pies de altura; era redonda, y sus cimientos, fundados en postes de madera, caían bajo el nivel de las aguas del río. Desde esta torre, la voz popular supuso que una reina de Francia atisbaba á los transeuntes para llamar á los más gallardos y jóvenes, y convidarles á loca orgía, terminada la cual los hacía arrojar al Sena, atados de pies y manos,

:

metidos en un saco de lienzo. ¿Quién era esta Reina? Aquí es donde calla ó se confunde la tradición, murmurando apenas tres ó cuatro nombres; así es que á estas fechas hay bastantes señoras probablemente calumniadas por la leyenda de Nesle; Juana de Navarra, mujer de Felipe el Hermoso; Isabel de Baviera, que lo fué de Carlos VI, y las tres princesas de Borgoña, Juana, Blanca y Margarita.

Un drama descabellado y ultra-romántico de Dumas y Gaillardet, hizo recaer sobre esta última toda la mancha de los crímenes de la medrosa torre. Margarita de Borgoña es, pues, la que he visto salir del torreón, precedida de heraldos, seguida de damas, caballeros y pajes, coronada de oro (de dublé sería más exacto), acompañada por Buridan, entre los gritos de alegría del pueblo que la aclamaba. Después, cuando la reina hubo subido á la segunda plataforma del torreón, comenzaron los regocijos populares. Primero la picota, con su reo expuesto á las burlas del populacho. Luego, sobre una plataforma, dos truhanes ó *ribaldos* vendados, que se entretuvieron en darse mutuamente de comer, con grandes cucharones, del contenido de una cazuela de sopas. Al embadurnarse ellos, el pueblo reía, con esa risa inocente é infantil de la Edad Media, que hoy hemos perdido. Luego vinieron las carreras en sacos: correr con los pies y las piernas encerrados en aquella cárcel de lona, es bastante difícil, y si algunos lo consiguen, otros se caen cuan largos son, dando asunto á la carcajada de los espectadores. Á éste entretenimiento siguió el célebre certamen de muecas de Nuestra Señora de París, y por allí se apareció Cuasimodo, todo corcovado y risueño, á llevarse el premio de la fealdad. En seguida salió la Esmeralda con su cabrita, y el capitán Febo requebrando

á la gitana: después, ribaldos y ribaldas, truhanes y truhanas, arqueros del prebostazgo y mendigos de la corte de los Milagros, bailaron un paso con mucha animación: retiróse Margarita de Borgoña con su comitiva, y se dió por concluida la fiesta. Yo no diré que todo esto no tenga algo de carnavalada; pero, en suma, no podemos exigir ni que cada comparsa sea un Coquelin, ni que resucite ahora para complacernos Buridan, ni que se vista de carne Claudio Frollo, hijo de la imaginación de Víctor Hugo. Claro está que la Torre de Nesle y la Bastilla no son en rigor más que dos teatrillos, pero dos teatrillos que señalan una metamorfosis en la estética teatral: teatros sin drama ni comedia, en que el *argumento*, el viejo y clásico *argumento*, lo suministra la imaginación y la memoria del espectador, el concepto que tiene formado del hecho histórico que evocan estas decoraciones y estos comparsas. El gusto en materia de teatro cambia, no hay duda: cambia á toda prisa. El espectáculo vence al drama, á la pieza literaria, cada vez más relegada á la lectura de gabinete. En la Torre de Nesle me encontré á lo más granado de la colonia hispano-americana: por allí andaban la reina Isabel, y la duquesa de la Torre, vestida de verde almendra con pasamanos de oro.

Mucha gente elegante acudió también á las representaciones de Búfalo-Bill, que son otra prueba de esa transformación del gusto teatral á que he aludido. Vengo notando que en el teatro, la geografía y ciencias afines sustituyen gradualmente á la historia pura, y que si en el siglo pasado despertaban ardiente curiosidad las aventuras y andanzas de Belisario, Bayaceto ó Mitrídates, hoy nos perecemos por averiguar cómo viven los indios bravos ó cómo se las ingenian los lapones para cazar el reno. Búfalo-Bill tampoco tiene *argumento*; nada inventado, nin-

gún elemento literario, nada en que tome parte la imaginación del escritor; y, sin embargo, causa impresión estética por la misma realidad que entraña. El espectáculo que ofrece Búfalo-Bill no es sino reproducción de su propia vida en las fronteras de Oeste salvaje.

Búfalo-Bill es un guapo mozo, que oculta la edad en sus biografías, pero que debe frisar ya en los cuarenta, si la vista no engaña. Nació en County Scott, y emigró siendo casi niño á la frontera del Kansas, estableciéndose cerca del fuerte Leavenworth. Su padre fué muerto en las escaramuzas fronterizas. Respiró el muchacho una atmósfera de lucha y sangre, por la incesante batalla entre los blancos empeñados en avanzar y los indios tercos en resistir. Allí el manejo del arma de fuego y la equitación eran tan indispensables, como en un salón el frac y el guante blanco. Acostumbróse á tales ejercicios y á la caza del búfalo, y matando sesenta y nueve de estos animales en un día, ganó el sobrenombre que lleva; pues el verdadero nombre de Búfalo-Bill es W. F. Cody. Después de varias empresas militares, eligió ocupación en apariencia más prosaica y comercial, celebrando una contrata con la compañía ferroviaria de Kansas-Pacífico, para el suministro de carne á los peones encargados de abrir la vía. Pero la carne suministrada á los peatones no la compró nuestro contratista en ningún mercado; la tenía en la boca de su carabina; en una sola estación mató cuatro mil ochocientos sesenta y dos búfalos, sin contar los ciervos y los antílopes. Al mismo tiempo que atendía baratamente á su contrata, capitaneaba las avanzadas de las guerrillas destinadas á proteger contra los pieles rojas la construcción del camino de hierro, y no sólo contra los búfalos disparaba su carabina certera. En aquellas praderas del gran desierto americano, Cody, con su energía,

su previsión, su arrojo, su maña, ayudó poderosamente á que la civilización pasase su dedo de hierro, tendiendo el *rail* salvador.

Un día, cierto jefe salvaje, conocido por un apodo digno de Fenimore Cooper, *Mano Amarilla*, retó cuerpo á cuerpo al guerrillero, y en el combate, que se verificó delante de ambos ejércitos, indio y blanco, Búfalo mató á su adversario después de larga y encarnizada lucha, y con destreza indiana le arrancó la cabellera del ensangrentado cráneo.

Aunque perteneciente á la raza de los *rostros pálidos*, Cody se las apuesta con el indio de mejor olfato y sentidos más agudos, á seguir una pista, percibir un rumor lejano y calcular una distancia. Sufridor impertérrito de toda clase de privaciones, la nieve, el agua, el calor, la sed, no consiguieron minar su robusta complexión: al contrario, broncearon su cutis, endurecieron sus músculos y le dieron el tipo español, de soldado de los tercios viejos, que le hace tan simpático, porque la belleza varonil—es evidente—se consolida y acentúa en los tiempos de combate y se afemina ó naufraga en la obesidad en las épocas y naciones sobrado muelles, donde la seguridad interior se encomienda á la policía y la exterior á las bayonetas.

Aventurero por instinto y emprendedor por ser *yankee*, Búfalo salió á las tablas en el teatro de Chicago, representando un drama titulado *Las avanzadas de las praderas*. Inmenso fué el éxito; y se comprende: el actor representaba su propia vida, y es imposible pedir mayor suma de realismo teatral. Este instinto de reproducción escénica preludiaba al que le trajo á París durante la Exposición, y que le valdrá una lluvia de *dollars*, ó de pesos duros, como nosotros diríamos. Una vez probado el efecto sobre el público, el interés con que veía el dra-

ma real, auténtico y moderno, Búfalo organizó en toda regla su compañía y la paseó al través de América, demostrando á los hombres del Este cómo se había conquistado el remoto Oeste; á precio de qué luchas y trabajos se había conseguido hacer del gran desierto una comarca poblada y civilizada, donde dentro de algunos lustros serán tradicionales las crueles represalias de los pieles rojas y las épicas hazañas de los tramperos y guerrilleros blancos. Las praderas tendrán su Romancero en el siglo que viene, y acaso Búfalo-Bill será el Cid Campeador de esas futuras canciones de gesta, como Tarás Bulba es el de los cosacos.

Yo confieso que esta nueva forma del arte, que se afirma en la novela por medio de Cooper, Bret Hart y Mark Twain, en el teatro con las funciones de la compañía Búfalo Bill, y otros espectáculos semejantes, me parece esencial y característica del nuevo mundo. Sin tradición literaria, sin preceptos retóricos, su ley es la naturaleza y su interés la lucha. Nace ruda, viva, sin primores artificiosos. Es acaso una revolución, acaso un método bárbaro y primitivo que necesita afinarse; de cualquier modo, no es lo que por aquí se acostumbra, y esto sólo lo hace interesante, en mi entender.

Búfalo se ha traído á París todos los elementos necesarios para que sus representaciones reproduzcan fielmente los lances de la frontera. Bisontes para simular la caza; *cow boys* ó boyeros para el tiroteo y la doma del *mustang*; vaqueros del Sudoeste, con su rico traje y sus espléndidos jaeces mejicanos; indios auténticos para figurar las escaramuzas y el ataque de la diligencia; *Vieux Charlie*, el caballo con el cual Búfalo recorrió *ciento sesenta kilómetros en nueve horas y cuarenta y cinco minutos*; las tiradoras de carabina americana, infalibles,

según reza el cartel y según ellas prueban todas las noches cumplidamente ; en resumen: el aparato y los personajes de la vida de las praderas. Y París—la ciudad artificial, complicada, decadente—se extasía con estos dramas de la naturaleza salvaje: el héroe del día es Búfalo-Bill: su retrato se ve en todos los diarios , su nombre suena en boca de todos...., y hasta se cuenta que en el número de las emociones del valiente guerrillero no escasean los amorosos lauros; pero en estos asuntos se puede inventar tanto, que será mejor no afirmar nada.

Tampoco faltan maliciosos y escépticos que tomen á contrapelo las valentías y guapezas de Búfalo, y le llamen cómico de la legua, sacamuelas y farsante. Yo siempre me inclino á la credulidad. ¡Se pierde uno tanto buen rato con la pícara desconfianza! La duda lo estropea todo: con la duda no se goza ni en las ciudades viejas, ni siquiera en la novísima Exposición.

EMILIA PARDO BAZÁN.

SECCIÓN HISPANO-ULTRAMARINA



Barcelona y México en 1888 y 89, por D. Manuel Payno, cónsul general de México en España. Un volumen de 464 páginas en 4.º — Falta de plan de esta obra. — Recuerdos de la del Sr. Arrangoiz, *México desde 1867 á 72*. — El general Prim y su expedición á México. — Luis de Santángel prestó, no costeó, el descubrimiento de América, y fué pagado por Castilla. — Reminiscencias históricas. — Los extremeños, base principal de la colonización americana. — Datos estadísticos del México moderno.

Pocas cosas hay más difíciles que hacer un buen libro sin plan, cuando no se trata de uno de esos centenares de *omnia re*, que tanto abundan en nuestros días, sino de un trabajo medianamente grave y metódico, que responda á un título, ó siquiera á una idea también medianamente definida : lo que se llama un libro. La necesidad del andamiaje para toda obra que se haya de levantar algunos palmos del suelo, está, desde que hay en el mundo literatura y arquitectónica, fueran de discusión, valiéndonos de la tecnología parlamentaria, por lo cual han llegado algunos preceptistas, como Quintana, á aconsejar que no se prescindiera de hacer plan ni para la quintilla más baladí. Pero, por lo mismo que nuestros maestros han caído en la exageración, los escritores españoles prescindimos con harta frecuencia de tan importante re-

quisito, fiando de la fantasía y la memoria lo que el cálculo y la meditación más detenida no siempre aciertan á combinar con tino. Los alemanes, los ingleses y algunos franceses, por lo contrario, consagran á sus libros una labor previa, acaso más importante que al libro mismo, contándose de Balzac que enviaba á la imprenta de primera intención una simple cuartilla de papel, cuyos renglones se iban después convirtiendo en las pruebas en sendos capítulos, sin apartarse del primer trazado. *In medio virtus*, dice el refrán, y á él debe atenerse el escritor sensato.

No disimula el Sr. Payno, al comenzar su libro *Barcelona y México en 1888 y 89*, que, aunque algo afrancesado en su estilo, carácter y lecturas, la sangre española predomina en su idiosincrasia literaria, pues con la mayor naturalidad confiesa que nada tenía pensado, y aun se dejó sorprender por el recadero de la imprenta, que las primeras cuartillas iba á pedirle. Escribiendo con este motivo una carta á los editores Espasa y Compañía, no muy propia de un libro serio, entre rasgos de forzado humorismo y anécdotas mal perjeñadas, llama á su puerta otro criado para traerle un libro impreso en el mismo Barcelona recientemente, donde se reseñan á trompón los sucesos de México en 1862, y cata aquí que este recuerdo y el de la estatua elevada al general Prim en la ciudad condal, le dan pie para escribir los primeros capítulos de su obra, y á sus editores esta postdata: « Mándenme Vds. mañana al *noy*; quizá saldremos del atolladero; » escribiré lo que me vaya *ocurriendo*, *sin orden ni concierto* ».

El principio, como se ve, no promete gran cosa; que, aunque los tiempos que corren sean desordenados y desconcertados, la crítica racionalista exige á los escritores

justamente lo que no encuentra en la sociedad ni en parte alguna, á pesar de sus afanes ; y así, tropezando á veces y tambaleándose no pocas por culpa de sus tendencias humorísticas, algo mezcladas con resabios líricos á la americana antigua, el autor de *Barcelona y México* logra al cabo agenciarse unas sesenta páginas, no sólo interesantes, sino transcendentales y de verdadero valor histórico. ¡Lástima que no sean así todas las del libro, como podrían serlo!

Dispénsenos el Sr. Payno si no empezamos por ellas el examen de su obra. ¿Por qué no la ha empezado él por la descripción de Veracruz en la página 15? ¿Por qué no nos ocultó sus embarazos y suprimió su correspondencia editorial? Su libro hubiera ganado no poco, y la crítica le sería más benévola.

Aparte algunos folletos de circunstancias publicados en aquella época, y de escaso valor histórico y literario por regla general; de los documentos diplomáticos presentados en los respectivos Parlamentos por los Gobiernos de la triple alianza, incompletos y amañados como es uso y costumbre; de los discursos pronunciados sobre nuestra intervención en México por el general O'Donnell, presidente del Consejo de ministros ; D. Saturnino Calderón Collantes, ministro de Estado, y D. Alejandro Mon, nuestro embajador en París, que se publicaron juntos en un folleto en aquel mismo año, y, finalmente, de alguna página incidental muy descolorida y ligera de las historias contemporáneas, la de aquel terrible drama que comenzó con el desembarco del general Prim en Veracruz como avanzada de los ejércitos aliados, y tuvo trágico desenlace en Querétaro con el fusilamiento del emperador Maximiliano, era para nosotros casi un misterio envuelto en los pliegues sibilíticos de la diplomacia, que apenas

había intentado levantar con mano trémula el respetable D. Francisco de Paula Arrangoiz, en su interesantísimo libro *México desde 1808 hasta 1867* (Madrid, 1872, imprenta de Estrada, 4 volúmenes en 4.º). Había sido el Sr. Arrangoiz actor muy principal en los sucesos de México; discrepaba no poco en opiniones y puntos de vista de sus demás colegas, incluso el mismo infortunado Príncipe sacrificado á las miras bursátiles del tercer Napoleón; amaba á su patria con filial ternura, y escribía, por último, emigrado en España, antes por espíritu caballeresco y de lealtad á los vencidos, que por convicción profunda ó antipatía irremediable con el espíritu nacional que había dado el triunfo al partido de Juárez; y estas circunstancias, para todo escritor contemporáneo embarazosas, pusieron tales reservas en su pluma y en los lectores de entonces tales desconfianzas, que se concedió á su obra menor valía de la que tiene en realidad como documento histórico. Hoy, considerada en la parte que se refiere á aquel período crítico de la historia de México á la luz que arrojan las memorias personales y los recuerdos íntimos del Sr. Payno, se ilumina y completa, no sin completar ella é iluminar muchas veces sinuosidades que examinó ligera ó describió imperfectamente el Sr. Payno.

No conoció en México al conde de Reus; pero sí á su *alter ego*, Milans del Bosch, á la sazón brigadier, jefe de Estado Mayor de la expedición española, y con las expansiones de éste y de un su íntimo confidente llamado Laserna, comerciante de Veracruz, construye la historia interna de aquella agitadísima campaña diplomática. Á los plenipotenciarios de Inglaterra y Francia, sir Charles Lenox Vyke y conde Dubois de Saligny, nos los pinta de cuerpo entero, aunque con más negros colores á este último, lo contrario de lo que hace el Sr. Arrangoiz. En

cambio, de las causas á que atribuye la actitud del conde de Reus el autor de *México desde 1808 hasta 1867*, no se hace cargo el Sr. Payno en manera alguna, bien que por completo las ignorase, bien pretenda que aparezca aquella actitud como inspiración del Conde, de sus ideas liberales y de su instinto político. Sin negar á Prim en modo alguno estas calidades, hay que convenir en que ciertos hechos, y principalmente los embarazos de que á última hora se vió rodeado el Sr. Calderón Collantes, justifican las apreciaciones de Arrangoiz acerca de la opinión personal de la reina Doña Isabel II respecto á candidaturas para el trono de México, opinión muy española, y por ende contraria á la del Emperador de los franceses. Admitida esta hipótesis, que así tiene que considerarla el historiador mientras no vengan documentos fehacientes á ilustrar esta parte de las negociaciones, el general español tuvo la habilidad de hacer lo más conveniente á su patria, á México, á sus ideas políticas, y á su personal prestigio, dejando complacida, hasta cierto punto, á la reina Isabel. El propósito de alzarse con el Imperio de Moctezuma, que alguna vez le atribuyó la maledicencia, fué anacronismo engendrado en su genial osadía, muy semejante á la de los Pizarros.

Del banquero suizo mexicano Jecker, nacionalizado francés de la noche á la mañana sin saber cómo, de su empréstito al presidente Miramón (900,000 pesos, que se elevaron á 16 millones en un abrir y cerrar de ojos), de sus famosos bonos y de sus amañes con Francia, que hacía de esta partida la primera de sus reclamaciones contra México, escribe el Sr. Payno páginas dignas de la *France juive*, libro que, respecto á los agiotajes y á la inmoralidad del tercer Imperio, se deja muy atrás todo lo que los republicanos han escrito. Hasta nos hace una pintura

física de Jecker, que concuerda con las señas particulares que da M. Drumond de los judíos. Aquellas manos de dedos cortos y achatados parecen copia del retrato francés, que el Sr. Payno probablemente no habrá leído. El cuadro del fusilamiento del banquero en 1870 por los comunistas de París tiene cierto carácter providencial que espanta.

La desatinada empresa del Emperador, que fué la mina más honda abierta bajo su trono, forzosamente había de conducir á una catástrofe, que no se erigen impunemente la inmoralidad y la falsía en principios de gobierno. Mientras las potencias aliadas en repetidas proclamas declaraban, de acuerdo con el triple convenio de Londres, que no las llevaba á México otro interés que el de la civilización y el de la paz, que el pueblo mexicano podría constituirse bajo la forma de gobierno que tuviera por conveniente, el francés, con ayuda de algunos emigrados revoltosos, embaucaba á un caballeresco príncipe austriaco para que aceptase la corona, y constituía en Miramar una corte franco-austriaco-mexicana, de donde salían para Veracruz, no sólo instituciones y decretos realistas, sino una nube de emigrados mexicanos declaradamente hostiles á la república. El consejero áulico y el lazo más fuerte entre las Tullerías y Miramar era el Sr. Gutiérrez Estrada, fugitivo de México desde 1840, por la publicación de un folleto abogando por la monarquía, que más que á su instinto político honrabá á su espíritu valiente. Aunque el Sr. Arrangoiz no disimula estos hechos, el Sr. Payno los cuenta con mayor desembarazo. Es natural.

La musa de Pasquino fué más previsora que aquellos hombres de Estado, y todos recordarán estos versos que acreditan el instinto del pueblo italiano:

« Maximiliano,
 non te fidare,
 torna al castello
 de Miramare,
 Qu'el trono fragile
 de Moctesuma
 e vaso gallico
 pieno de spuma.
 ¿Del *Timeo Danaos*
 non te ricorda?
 sotto la clamide
 trova la corda.»

Precipitó la crisis el relevo del almirante Jurien de la Gravière, jefe de la expedición francesa, hombre demasiado sano para secundar los manejos de su Gobierno y de Saligny. Reemplazado por el general Laurencez, que se presentó en Veracruz con numerosas tropas de refresco, casi al mismo tiempo que del correo inglés intentaba desembarcar Miramón, ex-presidente conservador de la república, y lo prendían por orden de sir Charles, hecho culminante que omite el Sr. Payno, el general Prim tuvo que optar entre hacerse cómplice de la Francia y dejar airosa á su patria y á su Reina. Lo hizo con gallardía, acaso con más gallardía que la que resulta del libro del Sr. Payno, que empequeñece, en nuestro concepto, el cuadro por darle cierto color político. Mejor lo traza el señor Arrangoiz, cuya severa imparcialidad no vacila en sacrificar los intereses de su propio partido en aras de la verdad. Con documentos auténticos prueba que Prim desaprobó el atropello de Miramón, porque salía de los límites de lo convenido entre las tres potencias, que era no dejarle desembarcar. Igualmente copia este inspirado párrafo del despacho que dirigió al Gabinete de Madrid en 29 de Marzo: «Serán vanos los esfuerzos de la Francia:» bien clara y francamente se lo he manifestado al Empe-

»rador: la monarquía.... en México, podrá imponerse, »pero durará el tiempo que dure la ocupación del país »por una fuerza extranjera». Palabras entonces imprudentes, hoy proféticas. Así sirve la fortuna á los hombres predestinados.

Finalmente: con la publicación que creemos íntegra del acta de la famosa conferencia de Orizava, de 9 de Abril, en que se verificó la ruptura de los plenipotenciarios, dejando sola á la Francia, hizo el Sr. Arrangoiz un gran servicio á la historia y levantó al general Prim la mejor estatua.

Si la del ayuntamiento de Barcelona cree el lector que no ofrecía ocasión bastante para discutir el más dramático episodio de la moderna historia de México, acaso nosotros participaremos de su opinión, aunque pese al autor del libro.

Antes de pasar á otro asunto, cúmplenos desvanecer de pasada un error y una omisión incidental, en que incurre el Sr. Payno por halagar á Cataluña, y que la verdad histórica no puede consentir, máxime en estos momentos en que el regionalismo hace esfuerzos tan desesperados como infructuosos para anublarla. Líbrenos Dios de regatear sus legítimas glorias individuales y colectivas al pueblo catalán, que merece por todos títulos el puesto eminente que ocupa en la civilización de la Península; pero á todo aquel que las cante en el tono del Sr. Payno, le recordaremos *pro bono pacis*, el honrado consejo del fabulista:

«Cuando á un héroe quieras
Coronar con el lauro,
Del jardín de sus hechos
Has de cortar los ramos.
Para halagar á otro,

No es justo que tus manos
Desnuden unas sienes
Que la virtud y el mérito adornaron.»

Venirse ahora atribuyendo á Cataluña gran parte en el descubrimiento de América, por si el escribano de raciones de Aragón, Luis de Santángel, facilitó á los Reyes Católicos alguna cantidad para la primera expedición del Almirante, es, en verdad, una ocurrencia que está pasando por momentos á la categoría de vulgaridad, en que ningún americanista incurre desde que se han descubierto en Simancas las libranzas que para pagar á Santángel se dieron poco después contra los receptores de Bulas de los obispados castellanos. Si fuera ocasión esta de desenterrar antiguallas y hacer alardes de erudición inoportuna, copiaríamos de esas libranzas las que se cobraron en los obispados extremeños, que obran en nuestra especial biblioteca. Resulta, pues, que de una de las Cajas del Reino, como entonces se decía, se hizo pura y simplemente lo que hoy llamaríamos una transferencia de caudales, como en casos urgentes hace ahora un ministerio ó ramo del servicio público, gastos que corresponden á otro. Resulta igualmente que aquella caja fué indemnizada, acaso con más puntualidad que hoy lo sería, y que esta indemnización salió de las provincias castellanas y del fondo que debía salir, que era el que por concesiones apostólicas tenían nuestros Reyes asignado para las cruzadas contra infieles. Y acaso si la obscuridad del tiempo consintiese discernir bien los organismos administrativos del siglo xv, se vería que el tener fondos disponibles en aquel momento solemne el escribano de raciones de Aragón era prueba de no haber contribuido tanto como Castilla á los cuantiosos gastos de la reciente conquista de Granada.

:

No es tan grave por cierto la omisión á que nos hemos referido; pero va entrañada en otro ditirambo á Cataluña de que por su forma y por su fondo habría mucho que rebajar; pues presentando nuestras primeras expediciones á América como hijas exclusivamente de la sed de oro y de aventuras, falsea nuestro escritor el espíritu de los descubrimientos, que justamente en aquella ocasión llevaba más gloriosos rumbos y miras que los que siguió después. Por no haber tomado parte en las expediciones primeras, elogia á los ribereños del Ebro y del Llobregat, siendo así que, de estar su aserción justificada, que no lo está, ni mucho menos, pues sabido es que Cataluña ostenta como timbre el haber acompañado á Colón en su primer viaje un monje catalán, sería argumento contraproducente para la tesis del escritor mexicano, por no haber participado aquella raza del generoso impulso que animó á todos los pobladores de la Península á tomar parte en la más valiente empresa que vieron los siglos pasados y verán los futuros. Ni podemos tampoco pasarle inadvertido que, al nombrar más de una vez á las regiones que dieron mayor contingente á las conquistas y descubrimientos, omite el Sr. Payno á Extremadura, de la cual descenden sus antepasados, como debe saber él mejor que nosotros, omisión tan fundamental tratándose de los primeros pobladores de México y el Perú, que no necesitamos en manera alguna ponderarla. Á la sangre y al carácter extremeños, hermanados muy pronto con los andaluces, como en la antigua Bética lo estaban, y por lo cual se decían béticos unos y otros al modo latino, con hartas y marcadísimas reminiscencias de las taifas y tribus musulmicas que acababan de expulsar de su seno, hay que atribuir el carácter de las razas americanas y de su historia, inquietas, díscolas, inclinadas al caudillaje y de incorregible tenden-

cia individualista. Sensible nos es que en tan oportuna ocasión desconozca el Sr. Payno su abolengo, pues desperdicia la de recordar á su patria uno de los menores servicios que un buen hijo puede hacerle.

Entre los demás rellenos que forman el libro, hay no pocos en que abundan felices plumadas, y otros en que la falta de plan y el anhelo por salir del compromiso, dejan bastante malparado á un escritor que, á juzgar por su posición y los recuerdos que atesora, no debe andar escaso de años ni de merecimientos. Los capítulos de *Las razas humanas* y de *El Mediterráneo*, tienen buenos toques, aunque no de mucha originalidad, como los cuatro en que describe la Barcelona antigua y moderna, siguiendo los pasos de Balaguer, y de las *Guías* manuales, entre atinadas observaciones, alguna extravagancia humorística de no muy buen gusto, como el censurar en las casas del Ensanche, aquel

«Lugar que, por lo común,
Es el nombrarle excusado » ;

felicísima expresión de Gerardo Lobo. Sólo en un artículo de policía urbana en periódicos de perro chico cabe el echar de menos los inodoros ingleses de cierta factura. Deslices de estilo por el tenor, tampoco escasean, como decir que por ciertas escaleras no cabe *gente gruesa*. Verdad es que en materia de estilo y propiedad de lenguaje, pertenece el autor á la antigua escuela americana, si bien revela á menudo tendencia á hacerse castizo, y aprovechada lectura, de los clásicos españoles. Más nos agradan las *historias, tradiciones y visitas*, en que el humorismo no desdice tanto como en otros parajes. Lo demás que se refiere á la capital del Principado, se encuentra en cualquiera *Guía*.

Un solo capítulo de 70 páginas dedica á México el señor Payno, siendo parte tan principal de su libro, como que campea en la fachada, y aun se le escapa en ese capítulo, desde las primeras líneas, la confesión siguiente: «Algo de lo que va á seguir parecerá vulgar y es generalmente sabido; pero, como quien dice, es menester comenzar por el principio». Esta razón no convencerá á nadie. Cierto que la vulgaridad, ó, mejor dicho, lo vulgar no puede en absoluto evitarse en literatura ni en cosa alguna; pero al escritor cumple vestirlo de modo que no lo parezca, pues ese es uno de los preceptos más rudimentarios del arte. Ni á la imprenta deben transmitirse los pensamientos llanos que á cada hora ocurren en la esfera prosaica de la vida, pues un libro es cosa más alta que una mesa revuelta ó un cajón de sastre. Para conocer el México moderno, ¿por qué ha de sentir el lector la necesidad de recordar los descubrimientos de Francisco de Montejo y Juan de Grijalva? Antes al contrario: ese recuerdo puede calificarse de ripio, que también la prosa los padece.

El compendio histórico que abre este capítulo vale poco; algo más la organización política y administrativa de aquel país, y en cuanto á las noticias comerciales, interesan mucho en este momento en que las relaciones entre España y América se estrechan y activan, si bien el autor toma por tipo en algunas cosas los años de 50 á 53, circunstancia inexplicable, cuando por otros datos le vemos referirse al momento actual exclusivamente. Á principios de este siglo contaba la población 7.500,000 almas; el *Censo* de 1878 arrojó 9.686,777, y en 1883, según la secretaría de Fomento, se elevaba á 10.249,052. Las rentas de los Estados que forman la federación mexicana suben en la misma proporción. Consistían antes en unos 16.000,000,

y en 1880 se acercaron á 22. De 30 pasaron en 1886-87, y á 41 se acercan los datos que existen de 87-88. La del papel sellado, que solía ser de unos 500.000 pesos, se eleva hoy á más de 8 millones y medio. De las rentas provinciales y municipales, como aquí decimos, no tiene antecedentes el Sr. Payno, que las calcula á bulto en 8 millones de pesos. Las aduanas marítimas progresan poco en rendimientos, por la competencia que les hace la frontera N. de la Unión americana. De la Deuda pública tampoco tiene datos fijos. La calcula en unos 100 millones de pesos, que, como dice muy bien, es insignificante «para un país que ya está en orden y encarrilado por el camino del progreso». En cambio circula papel de Bancos y empresas particulares por más de 50 millones de pesos, masa fiduciaria que constituye un gran peligro.

Vías públicas.—El año pasado llegaban á 8,153 kilómetros los ferrocarriles en explotación. El impulso verdadero data de la fecha en que fué ministro de Fomento nuestro amigo el general D. Vicente de la Riva Palacio (1887), verdadero padre de su patria mexicana, donde goza de tanta estimación como en la nuestra. Hace constar el autor, con legítimo orgullo, que en la línea de Veracruz, inaugurada en 1872, no ha ocurrido una sola desgracia todavía «atravesando por altísimos puentes y á la orilla de profundos precipicios». La red telegráfica pasa de 51,000 kilómetros. Gracias á un *tren-relámpago*, establecido en vísperas de la Exposición de París con el nombre un poco rimbombante y un mucho incongruente de *Motézuma*, los viajeros mexicanos han podido trasladarse al Campo de Marte en once días. Si Hernán Cortés resucitara, ¡qué cosas le diría á su amigo Motézuma! (Y perdónenos el lector tan extravagante rasgo de humorismo.) Los cuadros del movimiento de este

ferrocarril desde 1883 son verdaderamente increíbles, como los califica el mismo Sr. Payno.

Las minas, principal producción de México, le inspiran párrafos interesantes. En 1550 trabajaban en ellas 150,000 esclavos, á quien dió libertad nuestro virrey D. Luis de Velasco, arruinando la explotación para mucho tiempo; pero adelantándose dos siglos á las ideas antiesclavistas de Inglaterra, con la honrosísima circunstancia de que nosotros obramos por grandeza de alma y espíritu cristiano contra nuestros propios intereses, mientras Inglaterra sólo se hizo antiesclavista cuando perdió el privilegio de surtir de negros á nuestras posesiones americanas. La producción minera fluctúa en la actualidad entre 15 y 20 millones de pesos, habiéndose hecho recientemente, en poco más de un año, la fabulosa cantidad de 2,077 nuevos registros. La agricultura se desarrolla mucho también. El *enequen*, planta textil, competidora del abacá, produce de 40 á 50,000 toneladas (1); el café da un rendimiento de 2 á 3 millones de pesos; el algodón se consume todo en las fábricas del país, y el tabaco, desde que está desestancado, sube y mejora á ojos vistas. Como dato de observación personal, nosotros añadiremos que, excepto el de la Vuelta de Abajo, ninguno nos agrada tanto como el de México.

Concluye el autor esta parte de su libro con excitaciones muy patrióticas, y que nos son muy gratas, al comercio español y al mexicano, ofreciéndonos de paso estadísticas importantes de su moderno desarrollo, gracias á la Compañía Transatlántica y al Gobierno de la República que la ha subvencionado. Antes, cada dos ó tres meses, se despachaba un barco desde Barcelona, y ese tenía que

(1) No olviden este dato los agricultores de Filipinas. Y no es sólo en México donde se están cultivando plantas supletorias del abacá.

ir á Cádiz á completar su cargamento. Ahora se despachan tres vapores al mes, y suele sobrar carga. El comercio por Santander valió en 1887 cerca de millón y medio de pesetas, y el de Cádiz no debía ser menor. Calcula el Sr. Payno en 3 millones de pesos anuales el valor en México de las mercancías que conducen hoy nuestros vapores, valor que en pocos años puede elevarse á 20 ó 25 millones de pesetas.

La falta de espacio nos impide tocar otros puntos interesantes que abraza el capítulo de México, principalmente los de la pintura, la instrucción pública y el teatro, del cual refiere una anécdota generalmente ignorada, en que figuran el gran tenor Manuel García y su hija la Malibrán. García *debutó* allí en una gallera, y el Sr. Payno lo juzga superior á Tamberlik, á Mario y á Gayarre. Los capítulos sobre el progreso intelectual de México son curiosos, aunque poco abundantes ni nuevos, y los últimos en que pasa revista á la literatura, las ciencias y las artes catalanas, tampoco desdicen del tono general del libro. Un epílogo lleno de buenos deseos y de votos por la felicidad de España, es lástima que empiece hablando de nuestras guerras con los turcos, porque recuerda *El gran cerco de Viena*.

* * *

La poesía lírica en Cuba, por D. Martín González del Valle, con una *Carta* de D. Marcelino Menéndez y Pelayo.—Oviedo, 1888: 244 páginas en 4.º—Justas lamentaciones por la juventud cubana.—Causas de su extravío intelectual y político.—Maestros laureados y discípulos fusilados por el Gobierno español.—¿Hay en Cuba una verdadera escuela poética?—Deficiencias de la obra del Sr. González del Valle.

Poco diremos de esta cuarta edición de un libro ya analizado por la prensa, aunque esta vez lleve adiciones

importantes, con tanta más razón, cuanto que nunca sin honda pena cae en nuestras manos una Antología cubana, verdadero martirologio de jóvenes malogrados por una educación viciosa ó una política insensata. No tuvieron ellos la culpa, no, que es muy raro el hombre que sabe resistir á las tiranías del tiempo en que vive. Natural fiebre de independencia y libertad contagiaba á las generaciones que iban naciendo en la América española al calor de aquella política que, después de auxiliar á la insurrección de los actuales Estados Unidos contra Inglaterra, se entregaba en España á todos los delirios del filosofismo enciclopédico, sin perjuicio de odiar y vencer á su encarnación más viva, á su representante más genuino, el primer Bonaparte. Vinieron luego á completar la obra de la Revolución gobiernos transitorios é insustanciales, de hombres educados en las plazas públicas y en los clubs, que acabaron de destruir nuestro crédito en América minando las instituciones antiguas, por no saber reformarlas bajo un plan patriótico y previsor. La luz en aquel caos de errores no podía ser otra que la independencia; y como el espíritu ama la luz y siente por ella la atracción de la mariposa, la selección de las nuevas generaciones fué, por lo general, una masa revolucionaria más ó menos consciente, y acaso debió de serlo sin excepción alguna, que eso merecen por castigo los pueblos que se entregan á hombres incapaces de gobernarlos.

Cuando vemos á un poeta como Heredia imprimiendo en Toluca por sí mismo, ayudado de su amante esposa, la primera edición de sus poesías, falto de recursos para costearla, y morir tristemente poco después en suelo extraño, donde sus cenizas habían de ser arrojadas á la fosa común; cuando vemos á Miguel Teurbe, mendigo hambriento en Nueva York, contribuir á la expedición pirática de Ló-

pez y morir joven, también por la miseria y quizá por los remordimientos consumido; cuando vemos á Plácido y á Zenea subir al patíbulo en la flor de la juventud, y á tantos otros poetas y escritores, que en mejor tiempo hubieran sido gala de Cuba, quizá instrumentos maravillosos de su progreso, devorados por las pasiones políticas, antes de tener sus ideales conciencia, sus pensamientos solidez y sus talentos literarios la precisa educación y cultura, vuélvense airados nuestros ojos á los hombres políticos de España, á decirles: «Esa es vuestra obra. » Por vuestra culpa están en capullo marchitas esas her- » mosas inteligencias. Vosotros las enseñasteis á vagar por » los campos infecundos de la peligrosa utopía, á sumirse » desesperados en el antro desmoralizador de las cons- » piraciones y á buscar en las terribles aventuras de la » manigua alivio á la fiebre que encendisteis en sus ve- » nas. Vuestras reformas de la instrucción pública debili- » taron todas sus creencias y todos sus sentimientos, desde » el temor de Dios hasta el amor de la patria. Enseñasteis » á los niños desgobierno y fusilasteis á los hombres por » ingobernables».

En otra ocasión lo hemos dicho ya, relacionando estas mismas cuestiones con los hechos culminantes de nuestra historia contemporánea: «Todavía, en circuns- » tancias normales, cuando en las provincias ultramari- » nas quedaban poderosos elementos de unión y concordia » con la madre patria, todavía pudo merecer disculpa la » ligereza de los gobiernos; pero la Habana, desde que en » 1842 se hizo en la enseñanza una reforma radical, á cu- » yos autores Dios perdone, ofrecía peligros tan claros y » evidentes, que reclamaban altas dotes de previsión y cor- » dura en sus gobernadores. Á los generales políticos que » sin interrupción hemos enviado allá desde entonces,

» puede asegurarse que en esto de educar niños y formar
» hombres únicamente se les alcanzaba la facultad que te-
» nían para hacer catedráticos interinos y maestros de
» escuela propietarios; es decir, para dar credenciales y
» crearse camarillas de estómagos agradecidos. Así an-
» duvo la enseñanza, que entregaron las escuelas á Luz
» Caballero, padre del filibusterismo krausi-parlante, y
» los Institutos á gentes que los dejaron por regla general
» vacíos para correr á mezclarse con los insurrectos de
» Yara. Impresa y aplaudida vemos una *Memoria* semi-
» oficial, cuyo autor se envanece de haber hecho en este
» ramo grandes reformas para evitar que los jóvenes ha-
» baneros fueran á educarse á los Estados Unidos, siendo
» así que ni acertó á impedir la trashumancia escolar, ni
» hizo otra cosa que darles en Cuba de balde lo que los
» yankees les enseñaban por dinero».

Y pues hemos pintado la triste muerte de tantos jóve-
nes poetas, no será fuera de propósito copiar ahora el
párrafo en que pintábamos la de su maestro, justificación
de nuestras graves acusaciones: «Su entierro fué una
» manifestación filibustera. Todo el mundo lo sabía anti-
» cipadamente en la Habana, y, sin embargo, la *Gaceta*
» publicó un decreto imponiendo *luto nacional* por tres
» días á los establecimientos de enseñanza, y á la Univer-
» sidad, Academia de Medicina y corporaciones litera-
» rias, el deber de asistir al entierro detrás del *coche de*
» *gala de la Capitanía general*...., para dar solemne tes-
» timonio (son palabras del decreto) de la consideración
» que merecieron siempre al Gobierno superior de la isla
» los méritos literarios y las virtudes públicas y privadas
» del finado.... » « José de la Luz había muerto sin Sacra-
» mentos y evidentemente fuera del gremio católico....: no
» pasaba de ser un pedagogo alimentado con ideas alema-

» nescas, principalmente con el naturalismo de Goethe y
» con la jerga de Krause, bastante astuto para no descu-
» brir que aquel galimatías eran rifles y fusiles que en la
» manigua iba amontonando. He aquí una de sus senten-
» cias (!) más celebradas: «El principio de autoridad es
» un Proteo que se presenta bajo mil formas para ejercer
» su influencia: la novedad, la moda, el espíritu del siglo,
» la ligereza, la presunción, el amor propio, no son más
» que ropajes con que se viste la autoridad *para avasa-*
» *llar á la razón*». El hombre que eso enseñaba á los jó-
» venes en plena Habana, ¿qué les enseñaba sino la cons-
» piración y la insurrección?»

Así bebían con la mayor inocencia el veneno que había de emponzoñar su alma y su espíritu, de que se libraron pocos, entre ellos, por lo visto, el autor de la *Poesía lírica* en Cuba, que en la página 42 da muestras de conservar de José de la Luz una memoria no muy compatible con su españolismo. Es que la educación forma una segunda naturaleza, y ha menester el hombre de un criterio muy seguro para corregir sus torcimientos y extravíos.

¡Y pensar que tamaños errores pueden repetirse, mejor dicho, se están repitiendo constantemente, porque nuestra raza es incorregible, y más bajo cada día el nivel intelectual de nuestros hombres de Estado! Así ponen ellos su mano pecadora en el arreglo de un plan de estudios como en el de cualquiera oficina baladí donde faltan ó sobran pendolistas, sin considerar que la enseñanza de la juventud es la puerta de lo por venir, la base de la familia y la sociedad futura, el engrandecimiento ó la ruina de las naciones. Cuando los que manejan los negocios públicos tienen verdadera conciencia de sus deberes y responsabilidades, en ninguno ponen tanta circunspección, tanto detenimiento y estudio tanto, como en aquellos que

se relacionan con la más alta de las cuestiones de gobierno, cuestión política, cuestión social, cuestión religiosa, tan religiosa, que el gobernante completa la obra de Dios, haciendo del niño el buen ciudadano: tanta es la virtualidad de la enseñanza pública.

He aquí por qué nos impone un esfuerzo doloroso el examen de la llamada poesía cubana de nuestro tiempo, que no es tal poesía, ni presenta carácter alguno distintivo de escuela, como cree también el autor del libro que nos ocupa, y lo dice bien claro en varias partes. Excepto Heredia en las descripciones, Plácido en los versos religiosos, y Luaces como hablista, ningún poeta cubano tiene personalidad ni carácter propio. De todos puede decirse lo que hace muchos años escribíamos del infeliz mulato fusilado en la Habana en 28 de Junio de 1844, juicio que nos recuerda el Sr. González del Valle en su *Introducción*: «Fué como un inculto guajiro, de imaginación más »fecunda que otros, de más instinto de forma y delicado »gusto». Los mismos Milanés y Mendive son poetas á medio formar, que en tiempos más bonancibles hubieran brillado como verdaderas estrellas en aquel Parnaso.

Hizo faltá á todos la mano directora de un Mecenas, que para alguno echa el autor de menos; pero no en el concepto personal y limitado en que el nombre del comensal de Augusto suele entenderse, sino más bien la certera y prudente dirección que las instituciones sociales dan á los pueblos por medio de la enseñanza. El mejor Mecenas de la juventud es un Gobierno ilustrado y previsor.

Con un centenar de páginas bien elegidas, se podría formar el Álbum poético de Cuba, excluyendo por supuesto á la Avellaneda, que no tuvo de cubana sino el nacimiento accidental, pues ella sola vale por muchas Antologías. En cambio Saturnino Martínez, aunque nacido

en Asturias, es isleño por su educación literaria y su carácter poético.

Volvamos, para concluir, al libro del Sr. González del Valle, que está gallardamente impreso en Oviedo, y aumentado con tres poetas y una poetisa sobre las anteriores ediciones, á saber: Piñeyro, Fornaris, Tejera y Doña Luisa Pérez de Zambrana. Es de lectura amenísima, aunque deficiente, y en sus juicios no anda el autor, en nuestro concepto, siempre acertado. Á nuestro pobre amigo Francisco Orgaz, un poeta cubano también de azarosa historia y estimables cualidades, lo excluye con deliberada intención, que confiesa en la página 135, y en cambio recuerda á otros que lo merecen menos. Para sus selecciones tampoco tiene siempre buena manó, aunque sea parco en citas, quizá con demasía, que cuando van á presentarse al lector versos escogidos, los que no lo sean deben omitirse, reservándolos para la parte crítica, que forma el claroscuro de los trabajos de esta índole, ó bien señalarlos con *bastardilla*, como hicimos nosotros en nuestro añejo estudio sobre Concepción Valdés, que copia el Sr. Valle. No siempre sigue este procedimiento. Demás de esto, cuando acusa á ciertos poetas por imitar á Zorrilla y Espronceda en sus extravíos, hubiera convénido aducir algunas pruebas de hecho, pues aunque en puntos de poesía americana está siempre el lector inteligente dispuesto á echar sobre las espaldas de estos poetas los cargos y pecados todos que puedan los de allende haber cometido, al fin los fallos literarios tienen su tanto de jurídicos, y conviene fundamentarlos, como quien dice, con *vistos* y *considerandos*, para que más resplandezca la justicia. La verdad es que en las citas del libro *La poesía lírica en Cuba*, antes se notan reminiscencias de Quintana que de los cantores de *Grana-*

da y de *Teresa*, lo que dejará perplejo al lector que no conozca las fuentes. Es, por último, el estilo del Sr. Valle algo descuidado, con giros y vocablos inadmisibles. (*Fragelar*, de que abusa mucho, viene del latín *flagellum*, y debe escribirse *flagelar*). Pero como por lo visto él tiene amor á su obra, cosa natural y plausible, la rehace con frecuencia, y ella se presta á las mejoras y ampliaciones grandemente; esperamos poderla celebrar un día sin reserva alguna, como espejo fiel de esa poesía cubana, que nos inspira lástima y amor á un mismo tiempo.

Alguna satirilla se permite contra los académicos, que de buena voluntad le perdonamos, porque en el pecado lleva la penitencia el que hace payasadas en un libro grave, y después honra su primera página con una carta muy particular.... de un académico.

V. BARRANTES,

De las Reales Academias de la Lengua y de la Historia.

EL INSTITUTO GEOGRÁFICO

III (1).

SU ÚLTIMO LIBRO.

ALLÁ por la primavera de 1886 publicaba un periódico liberal de Madrid, seguramente á tanto, aunque no se sabe á cuánto la línea, estas tres estrofas:
«Muy en breve se publicará el tomo VI de las Memorias del Instituto Geográfico y Estadístico, las cuales, como es sabido, contienen datos de sumo interés.

» *Además se está imprimiendo una obra particularmente notable*, en que se hace la descripción geológica, geográfica, climatológica, botánica, estadística, etc., de nuestra Península.

» *Ésto* y el impulso dado á la formación de las hojas del Mapa topográfico de España, *demuestran la actividad*

(1) Por hallarse el autor fuera de Madrid cuando se imprimieron los dos primeros artículos de este estudio para el tomo de LA ESPAÑA MODERNA correspondiente al mes anterior, no pudo ver las pruebas, y salieron algunos errores que oscurecen el sentido. En la pág. 103 se repitió el adjetivo «*aludido*» en las dos primeras líneas, debiendo estar sólo en la 1.^a—En la pág. 105, líneas 29 y 30, dice: «*Que ha disfrutado diez y seis años el sueldo de porta-miras, lo cual da*», etc., y debe decir: «*Que ha disfrutado diez y seis años el sueldo de porta-miras, y casa gratis, lo cual da*», etc.

y el acierto del general Ibáñez, jefe de la mencionada Dirección general.»

Dos años después, ó sea en la primavera del próximo pasado 1888, apareció la anunciada obra, *particularmente notable*, con el título de *Reseña geográfica y estadística de España*, y apenas vió la luz, cuando todos los que entre nosotros se dedican á cultivar el aplauso retribuido, rompieron á alabarla desaforadamente. Á la vista tengo uno de los artículos encomiásticos que se publicaron por aquellos días, en el cual comienza el articulista por calificar el título de la obra de demasiado modesto para la importancia real que tiene, se lamenta en seguida de que el elogio haya de resultar deficiente y mezquino por falta de espacio, y se extiende luego en dos largas columnas de serviles adulaciones.

Este y otros artículos de la misma veta me determinaron, por su misma exageración, á examinar el libro; el cual, si no me hizo recordar al risible ratoncillo que parieron los montes después de aturdir con clamores y bramidos la comarca, fué porque, lejos de ser de ratonil tamaño, es un mamotretón espantoso.

Tiene tres paginaciones distintas, una en números romanos, que llega hasta xxiv; aquí empieza otra en números arábigos, que llega á 252; y aquí empieza otra que llega á 1116; en total, mil trescientas noventa y dos páginas. Comienza con un prólogo inmodesto del general Ibáñez, y termina con un mapa muy malo del propio cosechero, el famoso mapa de las zonas militares, de que hablaré más adelante.

Empieza el General su prólogo, diciendo: «*Sin menoscabo* de los trabajos fundamentales de geografía matemática y de estadística que esta Dirección general realiza por mandato expreso de su Reglamento orgánico, cuadra

muy bien con su índole que, de tiempo en tiempo, componga y publique libros como el presente, en que se reseñen á grandes rasgos todos los dominios de España en los dos conceptos generales mencionados y en otros especiales de interés sumo». El General dice que el Instituto publica libros *sin menoscabo* de sus trabajos fundamentales; pero ya hemos visto que no, que es con menoscabo considerable de dichos trabajos y con gran perjuicio. Y ya si los libros sirvieran, mal y no tanto; pero lo peor es que los *trabajos fundamentales* se desatienden y se atrasan por dedicar la atención y el dinero á publicar libros, y los libros no sirven.

Este de ahora, por ejemplo, está plagado de equívocas, como veremos; pero aunque no lo estuviera, no serviría, porque la primera condición que ha de tener para ser útil un libro de esta índole, un libro de noticias sobre materias sujetas á gran movilidad y variación, es que las noticias se refieran todas á una misma fecha, y que ésta sea reciente. Y véase lo que sobre este punto confiesa el General en el prólogo: «También las hay (noticias) que se refieren á fechas distintas de la que se eligió para término del libro, sin que por esta sola circunstancia debiera eliminárselas: así es que, *si bien en la mayor parte de los casos comprenden las noticias estadísticas el año de 1884, que fué el designado, algunas no llegan á él....*» Conoció yo, allá cuando era niño, á un pobre, llamado Juan Vereque, el cual, preguntándole cuántas camisas tenía, contestaba que tenía dos; la una muy vieja, y la otra un poco más. Pues así son las noticias del ponderado libro del Instituto: unas muy atrasadas, y otras más atrasadas todavía. Ya la ocurrencia de fijar el año 84 como término de las noticias de un libro de estadística que se ha de publicar el 88, era muy propia del

general Ibáñez, porque hay ciertas cosas que sólo se les pueden ocurrir á los sabios así por convenio; pero luego, lo de poner en el mismo libro noticias que ni siquiera llegan al año 84, pasa los límites de lo gracioso. Porque el sólo hecho de tener cuatro años de fecha los datos estadísticos, les priva ya de todo interés; pero el hecho de que esos datos viejos estén mezclados con otros aún más viejos, hace que el libro no pueda ser más que un barullo despreciable. Los libros de la índole del actual, se hacen anualmente con noticias del año anterior, ó no se hacen.

El General llama á estas causas de radical inutilidad ligeros defectos, lo cual es purísima modestia, y dice que espera que, «aun con esos *ligeros defectos* y *no pocas deficiencias* inherentes á toda obra que exige colaboración tan múltiple, el público reciba el libro con agrado, le conceda importancia y le honre con su aprecio». En lo primero no se ha equivocado del todo el General; el público ha debido recibir el libro, si no con agrado, á lo menos con natural cortesía, puesto que no hay todavía noticia de que al General le hayan tirado piedras; pero en lo de concederle importancia, se ha equivocado el General, porque el público, no tomando por público á la claqué, el verdadero público no ha concedido ni puede conceder á su librote importancia ninguna.

«Consta de veintitrés artículos, dice el General, continuando el pregón con el mismo entusiasmo que un titiritero á la puerta de un tenducho de feria; consta de veintitrés artículos y un mapa geográfico de la Península é islas Baleares, necesario para ilustrar su lectura.» Ya verá el lector cómo ilustra el mapa: «El extenso é *importante* artículo primero, titulado TERRITORIO, se divide en nueve partes, que son: introducción, descripción geo-

lógica, límites, orografía, hidrografía, clima, caracteres generales de la flora, consideraciones sobre la fauna, y divisiones territoriales. De las cuatro primeras se encargó el ingeniero de minas, geodesta de la Dirección general, D. Juan Bisso.... Al ingeniero jefe del cuerpo de Montes, Sr. D. Victoriano Deleito, geodesta también de la Dirección, le confié el estudio y redacción de las cuatro partes que siguen.... El ingeniero de Montes y geodesta de la Dirección, D. Rafael Álvarez Sereix, encargado de referir brevemente las variadas divisiones territoriales de la Península, islas Baleares y Canarias, lo ha hecho con todos los pormenores», etc. He copiado todo esto para tener presente, al ir examinando la obra, á quién hay que atribuir en particular los disparates, á más de atribuírselos todos en conjunto al General, á quien pertenece, por decirlo así, el dominio eminente.

Vamos al primer artículo, titulado TERRITORIO, y, sin pasar de la introducción, nos encontramos con que dice, bajo la sabia dirección del general Ibáñez, el Sr. de Bisso, con dos eses:

«El territorio español en la Península está, por consiguiente, limitado: al Norte, por la cordillera de los Pirineos, la república de Andorra y el Cantábrico».

Pues no, señor; eso ya no está bién. Porque no es sólo en la parte de frontera con la república de Andorra donde la cordillera de los Pirineos deja de formar límite: tampoco le forma en la Cerdaña, en aquella parte de la provincia de Gerona, al Oriente de Puigcerdá, donde el departamento francés de los Pirineos Orientales pasa al lado de acá de la cordillera, cogiéndonos una extensión considerable de la cuenca del Segre: tampoco le forma, por opuesta causa, en el valle de Arán, donde nuestra provincia de Lérida tiene al lado de allá de la divisoria

de aguas, en la cuenca del Garona, el partido judicial de Viella; y tampoco le forma en varios puntos de la frontera de Navarra, pues mientras Francia se introduce en la cuenca de nuestro río Irati, entramos nosotros en la del Valcarlos, afluente del francés Nive, y en la del Nivelles, donde están Urdax y Zugarramurdi. Ó hay que decir las cosas con exactitud, ó no hay que meterse en dibujos. La cordillera de los Pirineos forma el límite natural y el límite sensible de nuestra Nación en aquella parte por donde se une la Península con el continente; pero si se quiere dar con exactitud el límite político de España, si se hace mención de la república de Andorra, que, por estar asentada en la vertiente meridional del Pirineo, aparta nuestra divisoria de la cordillera, es necesario hacer mención también de las demás partes donde no coinciden la divisoria política y la divisoria de aguas. Ó cordilleras ó repúblicas. Si se dice que España confina con la república de Andorra, lo más natural y más lógico es decir igualmente que confina con la república francesa. De otro modo, diciendo, como se dice en la *Reseña*, que el territorio español «está limitado al Norte por la cordillera de los Pirineos, la república de Andorra y el Cantábrico», se da á entender que la cordillera de los Pirineos es el límite político de España, sin más interrupción que la de la república de Andorra; lo cual es inducir en error al que se fíe de la *Reseña*, puesto que hay otras interrupciones.

Y ahora pregunto yo, no precisamente al General ni á la claqué del General, sino á los lectores de buena fe: Después de hallar en la primera página un error de tal entidad en asunto tan fácil, ¿qué caso se puede hacer de las demás noticias del librote del Instituto?

Lo que vale es que ni este error es sólo, ni es el más

grande de los que, según iremos viendo, contiene el malaventurado libro.

En seguida de la introducción viene la *Descripción geológica*, ó «resumen histórico de la formación del macizo peninsular», donde el autor describe las islas del «inmenso Archipiélago de los mares Cambrianos» con una seguridad que da envidia. Hay que oírle: «La isla principal, bastante extensa y de muy recortadas costas, estaba formada por la mayor parte de la actual Galicia, por la región Norte de Portugal y por pequeñas porciones de las provincias de Cáceres, Salamanca y Zamora. Al Sudeste de la anterior se extendía otra isla desde donde hoy está Béjar hasta comprender al Este parte de las provincias de Ávila, Segovia y Toledo. Gran número de islotes aparecían en la zona de Lisboa, Évora, Cáceres, Badajoz, Sevilla, Córdoba y Jaén, y al Norte asomaban ya por diversos puntos (¡parece que las estuvo viendo!) las que más adelante habían de llegar á ser la cordillera de los Pirineos y la costa catalana.»

Y así sigue el Sr. de Bisso, diciéndonos las islas que se iban levantando, las que se hundían, las que se volvían á levantar, dónde había un canal y dónde un lago, todo con tal aplomo, que á cualquiera se le puede ocurrir alguna exclamación como esta: ¡Qué especiales son estos señores del Instituto! ¡No saben dónde está hoy la peña de Espigüete, por ejemplo, pues la cambian de sitio y la ponen á media docena de leguas de donde Dios la puso, y saben cuántas islas había en Galicia mucho antes de que Dios criara al hombre!

No quiere esto decir que carezcan en absoluto de importancia y de autoridad los estudios geológicos; quiere decir que sus resultados no son tan infalibles como á los ingenieros del Instituto les parecen, y que no es cordura

dar por tan seguro lo problemático, é ignorar á la vez aquello otro en que, con un poco de estudio, se puede adquirir seguridad completa.

Ya probaré, cuando lleguemos á la *orografía*, cómo los sabios del Instituto hacen efectivamente cambiar de sitio á la peña de Espigüete; ahora voy á citar, para que se vea la poca fe que merece el libro, unas cuantas de las muchísimas inexactitudes que hay en la *descripción geológica*. Abundan en ella las equivocaciones de nombres de pueblos, y hasta las hay de puntos cardinales, llamando Este al Oeste, con otras cosas por el estilo. En la página 21 se habla de «los depósitos silurianos de Madrid, Guadalajara, *Segovia*, *Castilla la Vieja* y Aragón», como si Segovia no formara parte de Castilla la Vieja. En la página 24 se dice que una formación devoniana «continúa en la provincia de León por entre *Villafría* y Morgovejo», con lo cual no se sabe lo que se quiere decir, porque en la provincia de León no hay Villafría, sino Villafrea, que está en la orilla izquierda del Esla, á unas cuatro leguas de Morgovejo al Nordeste; pero hay un Villafría en la provincia de Palencia, á otras cuatro leguas de Morgovejo, al Sudeste, y ya no se sabe por entre cuál de estos dos pueblos y Morgovejo han querido decir que pasa la tal formación devoniana, aunque parece más probable que hayan querido decir por Villafrea, y en este caso no debieron haberle llamado Villafría. En la página 37 se habla de una formación cretácea, y se dice que continúa «hasta cerca de Carreño y de Abándames», donde, para que no resulte una barbaridad, pues de Carreño, que está en el partido de Gijón, á Abándames, que está en el de Llanes, habrá sus veinte leguas lo menos, hay que leer en vez de *Carreño*, Carreña, que es el pueblo de Cabrales que está cerca de Abándames. En la pági-

na 38 se dice *Acanarache*, por Arananarache. En la página 44 se habla de una zona numulítica en Álava, «que comprende á *Riostegui*, Atauri, *Vergara Mayor*....», siendo el primero de estos pueblos Roitegui. y el tercero Vírgala Mayor. Y después de hablar en la página 47 del «suelo *vallisoletano*», lo cual es una tontería, porque se dice VALISOLETANO, cosa que ni aun los académicos ignoran, se habla en la página 51 de una formación miocena que «empieza en los términos de Villacarrillo y Cazorla, y sigue al Este por Baeza, Linares, La Carolina, Andújar, Jaén.... Montoro.... Córdoba.... Carmona», etc., donde evidentemente el *Este* debe ser el *otro*, es decir, el Oeste; porque seguir al Este desde Villacarrillo y Cazorla, y llegar á Baeza y á Córdoba y á Carmona, sólo se puede hacer dando la vuelta al mundo.

Se dirá quizá que todos estos disparates, y otros muchísimos que por amor á la brevedad paso en silencio, son erratas de imprenta; porque ya se sabe que los pobres cajistas, desde antes de que Ramoncito Nocedal tuviera la pretensión risible de hacerles cargar con la culpa de su TOLLITA *causa*, están obligados á cargar con todos los desatinos de todos los que escriben de lo que no entienden. Pero no vale la disculpa: en primer lugar, porque en libros de esta índole no debe, no puede haber erratas, porque una sola cifra numérica equivocada, v. gr., en la altura de un pueblo sobre el nivel del mar, un 5 puesto en lugar de un 3 en las centenas, altera notablemente la verdad, y haciendo desconfiar de todas las demás cifras al lector que conozca el yerro, hace ya el libro inútil del todo; y, en segundo lugar, no es admisible la disculpa de las erratas, porque al fin del libro hay una fe de erratas en donde se salvan siete, sin que entre ellas se encuentre ninguno de los disparates que dejo anotados,

prueba evidente de que son producto de la ignorancia ó de la distracción de los autores, y no de equivocación de los cajistas.

Á más de que si el libro no estuviera impreso con cuidado, si la impresión fuera una chapucería, resultarían sumamente injustos los golpes de bombo y los incensuriazos que el general Ibáñez se hizo dar en los periódicos, hasta por lo esmerado de la impresión, cuando apareció el libro. Por ejemplo :

«Y para que nada falte en este importante libro, añadiremos que su impresión, obra también de las prensas del Instituto, es un acabado y perfecto trabajo de tipografía, que demuestra que las ocupaciones técnicas del dignísimo director, Sr. Ibáñez, no le privan de prestar una atención cuidadosa á la organización de los servicios mecánicos sujetos á su alta inspección.»

Después de estos bombos tan estrepitosos á la impresión, ó al General por la impresión, ¿cómo se han de admitir en el libro erratas de imprenta?

Llegamos á la *Descripción Geográfica*, y en su primera parte, titulada *Costas y fronteras*, nos encontramos con un montón de inexactitudes aún más gordas y más trascendentales que las anteriores. Comienza por el estudio de la costa del Mediterráneo de Norte á Sur entre sus extremos, y dice que el extremo Norte es «el cabo Cervera, término oriental de la frontera hispano-francesa, situado á $38^{\circ} 0' 0''$ de latitud Norte y $3^{\circ} 1' 26''$, Este de longitud». Primer disparate, y muy gordo. Porque el término oriental de la frontera hispano-francesa no está á la latitud ni á la longitud que se indica, sino á *cuarenta y dos grados y medio* próximamente de latitud Norte, y á cerca de *siete* grados de longitud. El cabo Cervera á que corresponden la latitud y longitud que en el libro se indi-

can, es un cabo que está en la provincia de Alicante, pero éste ni es extremo Norte de la costa mediterránea, ni límite oriental de la frontera hispano-francesa. En fin, que todo esto es un barullo.

Más adelante dice que el cabo de Palos está $13^{\circ} 0' 13''$ de longitud Este, cuando está á $3^{\circ} 0' 13''$, es decir, que le transporta diez grados al Oriente, allá hacia Túnez.

En la página 61, describiendo nuestra frontera con Portugal, dice: «Dicho último río (el Duero), desde su unión con el Águeda, determina la frontera en la provincia de Salamanca y parte de la de Zamora, con una *dirección general* al *Noroeste*, hasta un punto situado al Norte de Miranda de Duero, cerca de Castroladrones, donde tuerce hacia el *Este*». Pues bien: este *Este* tampoco es *este*, sino el otro, es decir, el *Oeste*; así como el *Noroeste* de más arriba no es *Noroeste*, sino *Nordeste*. ¿Es esto describir?

En la página 62, describiendo la costa de Asturias, se dice que el cabo de Peñas está á $49^{\circ} 39' 32''$,₁ de latitud Norte, cuando está á 43° y pico, es decir, que le hace viajar *seis* grados, ciento veinte leguas, por el mar adentro. ¿Puede fiarse, después de esto, de ninguno de los números que hay en el libro? ¿Y para qué sirve el libro entonces?

En la lista de altitudes de la cordillera pirenaica aparece primero (página 69) un «Puerto de Benasque» con 2,629 metros, y á la vuelta (página 70) otro «Puerto de Benasque» con 2,413 metros, sin dar ninguna distinción entre los dos puertos, sin duda porque entre los apuntes consultados había dos, y alguno de ellos equivocado, referentes á dicho puerto. ¿Qué autoridad han de merecer al lector las cifras de una lista en que se dan dos altitudes diferentes á un mismo punto?

Al comenzar, en el artículo *Orografía*, la sección deno-

minada MONTES VASCO-CANTÁBRICOS, se dice que éstos «se extienden desde el Pico de Gorriti hasta los célebres picos de Europa», y que «forman casi la totalidad de las Provincias Vascongadas y de Santander, gran parte de la de Navarra y *penetran un poco en Asturias*». Y después de esto viene la lista de las alturas más notables de la sección; aparecen en esta lista la Peña de Cerredo, y la Peña-Vieja (Picos de Europa), y la Peña-Prieta y el Puerto de San Glorio, y no aparece la Peña de Espigüete, que viene después en la sección de MONTES GALAICO-ASTÚRICOS, como si realmente estuviera, en la dirección de Oriente á Poniente, más adelante de los Picos de Europa, y más adelante de donde los MONTES VASCO-CANTÁBRICOS *penetran un poco* en Asturias. Pues bien: la Peña de Espigüete está, siguiendo la cordillera de Oriente á Poniente, antes de la Peña-Prieta y antes de San Glorio y mucho antes de los Picos de Europa. Y por consiguiente, es un disparate ponerla en los MONTES GALAICO-ASTÚRICOS y no en los VASCO-CANTÁBRICOS, extendiendo los MONTES VASCO-CANTÁBRICOS hasta los Picos de Europa inclusive. La Peña de Espigüete es una estribación meridional de la cordillera, y arranca de ésta al llegar á Peña-Prieta, formando límite entre las provincias de Palencia y León. Desde Peña-Prieta la cordillera tuerce al Norte por los puertos de San Glorio, el Somo y Remoña, y desde aquí vuelve al Oeste por Pandetrabe, Frañana, Pontón, Arcenorio, etc. Desde el puerto de Remoña se desprende una estribación septentrional que forma el primer grupo de los Picos de Europa donde está Peña-Vieja entre los ríos Deba y Cares, y desde el puerto de Pontón se desprende otra estribación septentrional que forma el segundo grupo de los Picos de Europa, donde está Peña-Santa entre los ríos Cares y Sella. Hasta aquí hemos an-

dado por la cordillera desde Peña-Prieta unas seis leguas, y hacia aquí es donde colocan los geodestas del Instituto la Peña de Espigüete. Un cambio de situación de seis leguas y pico.

En esta misma sección (página 73) se dice que los montes vasco-cantábricos «empiezan por la sierra de Aralar, que se destaca directamente del Pico de Gorriti, y por las sierras de Andía y Urbasa, relacionadas al Este con los montes de San Cristóbal que principian en el puerto de Velate». No sé lo que entenderán por *relacionadas* los geodestas del Instituto; lo que sé es que por entre las sierras de Andía y Urbasa y los montes de San Cristóbal corre el río Borunda, afluente del Arga, y que por el río Borunda y el río Zadorra, que nacen los dos en la llanada de Álava, sin más divisoria que un lomo casi imperceptible, y corren en dirección opuesta, están sensiblemente separadas las sierras de Andía y Urbasa del resto de los montes vasco-cantábricos. Y de estar relacionadas con la cordillera, si por relación se entiende enlace, lo estarán en todo caso con el monte de Aitzgorri por la falda que cae sobre Araya, y no con los montes de San Cristóbal, de los que las separa el río.

En la página 74, al concluir lo referente á los montes vasco-cantábricos, se lee este párrafo notable:

«Entre esta Peña (Labra), la Prieta y los Picos de Europa, se presentan en confusa agrupación numerosos picos, muy elevados *generalmente* y que en su conjunto forman como un nudo (¡el autor sí que se hace un nudo ó un ovillo!), adonde concurren los montes vasco-cantábricos por el Este, los galaico-astúricos por el Oeste, y el sistema ibérico por el Sudeste. Entre *ellos* (no se sabe á punto fijo quiénes son ellos, pero.... sean quienes fueren) y el ramal que desde la Peña Labra se dirige á Noroeste

(ó adonde sea) por la Peña Sagra, se halla el valle de Potes, á 299 metros sobre el nivel de mar....»

¡Así: ni un metro más ni un metro menos; no á 300, sino á 299 metros dicen que está el valle! Si dijeran que Potes, la cabeza del partido, está á esa altura, dirían una inexactitud; pero decir que está á 299 metros todo el valle de Potes, ó el valle de Liébana, que es como se llama, en el que hay pueblos como Leveña, que están á poco más de 200, y pueblos como Espinama, que están á mil y pico, ya no es una inexactitud, sino un disparate.

Comienza la descripción de los MONTES GALAICO-ASTÚRICOS con estas palabras: «Desde los Picos de Europa hacia el Oeste corren los montes galaico-astúricos». Lo copio para que se vea bien claro que, poniendo los geógrafos del Instituto á la Peña de Espigüete, no entre las alturas de los montes vasco-cantábricos, sino entre las de los Galaico-Astúricos, que *corren desde los Picos de Europa hacia el Oeste*, suponen que la Peña de Espigüete está al Oeste de los Picos de Europa, lo cual es cosa que imprime carácter, y prueba que efectivamente no fueron los montes los que se hicieron un nudo, sino los geógrafos.

Más adelante dicen: «Corre esta parte del sistema septentrional por Asturias y Galicia y por la provincia de León». Así, por este orden: como si después de correr la cordillera por Galicia corriera por la provincia de León, ó como si León estuviera al Oeste de Galicia.

Y el párrafo siguiente empieza: «La divisoria principal de aguas de los montes galaico-astúricos se dirige por las Peñas de Mampodre....» Lo cual no es verdad, porque los Picos de Mampodre no están en la divisoria principal de aguas, sino en una estribación meridional, entre los ríos Yuso y Porma, ambos afluentes del Esla.

En la lista de altitudes de los puntos más notables de esta sección, encabezada con la Peña de Espigüete, que no pertenece á ella, hay un renglón que dice :

«Vegas.... 1,061.»

Este Vegas, que está aquí como si fuera un pico notable de la cordillera, quiere ser la villa de Vegas del Condado, que está en la ribera del Porma á la derecha, y que no está á 1,061 metros de altura, sino á 860 próximamente. Lo que hay es que en término de Vegas, en un monte á la izquierda del río, adonde llaman la Quebrantada, hay un vértice geodésico, señalado con una pirámide de ladrillo ya derruida, y este vértice está á 1,061 metros; pero este vértice no es Vegas.

Llegando al SISTEMA IBÉRICO, nos encontramos con este párrafo : «Empieza el sistema Ibérico, como se ha dicho, en la Peña-Labra, en la unión de los montes vasco-cantábricos con los galaico-astúrico».... ¡Adiós con la colorada!, como diría un académico para despedirse. Antes nos habían dicho que la unión de los montes vasco-cantábricos con los galaico-astúricos se verificaba en los Picos de Europa; y ahora nos dicen que se verifica en Peña-Labra, que dista de los Picos de Europa por la cordillera unas doce leguas. Es imposible más informalidad y menos fijeza.

Basten para muestra de disparates orográficos los referidos, y pasemos á la *Hidrografía*, donde al comenzar la sección segunda, *Cuenca del Ebro*, nos encontramos con este parrafito, que es una sarta de despropósitos :

«Comprende aquélla (la Cuenca del Ebro) una extensión aproximada de 83,500 kilómetros cuadrados, casi la sexta parte del suelo de España, constituidos por parte de las provincias de Santander, Burgos, Soria, Teruel, Tarragona y Castellón de la Plana, y por la totalidad de

Álava, Logroño, Navarra, Huesca, Lérida y Zaragoza.»

¿De veras?

¿Conque la totalidad de Álava está en la cuenca del Ebro? ¿Quién se lo dijo al Sr. Deleito, que es el que en esta sección ejerce de sabio? ¿Están en la cuenca del Ebro Amurrio, cabeza de partido judicial, y la mayor parte de los pueblos de que el partido se compone? Están en la cuenca del Ebro Llodio, Areta, Gardea, Oquendo, Lezama, Barambio, Délica, Artómaña, Tertanga, Arciniega, Respaldiza, Menagaray, Luyando, etc.? ¿Ó es que los ríos Nervión y Cadagua, que corren por estos pueblos, en lugar de irse, como antes, á desaguar en el Cantábrico por las Arenas, han determinado de poco acá ser afluentes del Ebro, subiéndose por el ferrocarril á lo alto de la peña de Orduña? ¿Está también en la cuenca del Ebro el valle de Aramayona, perteneciente á la provincia de Álava? ¿Es que por obedecer al General y al Sr. Deleito, el río Deva, en vez de desaguar en el Cantábrico por el pueblo de su mismo nombre, se ha decidido á saltar sobre los montes de Arlabán y unirse al Zadorra, cerca de Vitoria?

¿Y Navarra? ¿También está en su *totalidad* en la cuenca del Ebro, sin excluir siquiera el valle del Baztán, donde nace y por donde corre el Bidasoa? ¿Están en la cuenca del Ebro Vera, Lesaca, Echalar, Yanci, Aranaz, Sumbilla, Santisteban, Elizondo, Irurita, Errazu, Ezcurrea, Maya, Berroeta, Bertiz, Urroz, Almandoz, Donamaria, Labayen, Zubieta, Oronoz, etc.? ¿Están en la cuenca del Ebro Urdax y Zugarramurdi, cuyas aguas van á San Juan de Luz por el *Nivelle*? ¿Lo está Valcarlos, que envía las suyas á Bayona por el *Nive*? ¿Están en la cuenca del Ebro Goizueta y Arano, cuyas aguas van á San Sebastián por el Urumea?

¿Y Lérida? ¿También está toda en la cuenca del Ebro,

incluso el partido de Viella, cuyas aguas van á Burdeos por el Garona?.... ¿Y por qué entre las provincias que sólo parcialmente entran en la cuenca del Ebro no figura la de Guadalajara? ¿No tiene en dicha cuenca á Algar, Mochales, Milmarcos, Hinojosa, Tortuera, Campillo de Dueñas y otros varios pueblos del partido de Molina?

¡Y pensar que para imprimir y divulgar disparates sostiene el Gobierno al Instituto Geográfico con un lujoso presupuesto de once millones largos de talle, arrancados real á real á los infelices labradores!

En la sección 8.^a, *Cuenca del Duero*, se lee que esta cuenca está limitada «al Norte por los montes vasco-cantábricos desde Peña-Labra á *Cueto-Albo*», que no pertenece á los montes vasco-cantábricos, sino á los galai-cos-astúricos, omitidos indebidamente, supuesta la división adoptada.

Describiendo la cuenca del Pisuerga, dice el libro que se halla «limitada al Norte por la *porción pirenaica*, comprendida entre Peña-Prieta y Peña-Labra»; y lo primero que ocurre decir es que esa *porción* no es *pirenaica*, sino vasco-cántabra, según la nomenclatura y la división adoptada por el Instituto mismo.

Del río Carrión dice el libro «que baja de Peña-Prieta», y no es cierto. De las faldas de Peña-Prieta baja un arroyo que, pasando por Cardaño de Arriba y Cardaño de Abajo, va á unirse al Carrión por bajo de Alba, donde el Carrión, que nace mucho más al Oriente, en el puerto de Pineda, viene ya formado después de pasar por Vidrieros, Triollo y Alba.

Es de advertir que, aparte de las inexactitudes que tanto abundan, todas estas descripciones son tan pobres, que faltan completamente en ellas ríos importantes, como, por ejemplo, el Arlanza, del que no se hace mención

alguna al describir el Arlanzón como tributario del Pisuerga.

De la cuenca del Esla nos cuenta el General que «se halla limitada al Norte por la porción de los *Pirineos Cantábricos* comprendida entre Cueto-Albo y la Peña-Prieta». Ahora ya no son montes vasco-cantábricos ni galaico-astúricos, como en la *Orografía*, sino Pirineos cantábricos. Cada vez una nomenclatura distinta. Añade que «al Este» se halla limitada «por el lomo divisorio con el Pisuerga», lo cual no es exacto, porque entre el Cea tributario del Esla y el Carrión tributario del Pisuerga hay otros dos ríos que afluyen directamente al Duero, y son el Araduey y el Seco ó Sequillo. Del primero de éstos se hace mención luego en el mismo párrafo, pero del segundo, que nace en Riosequillo y pasa por Villada, Boadilla de Rioseco, Medina de Rioseco, Villagarcía, etc., se conoce que no hay en el Instituto la menor noticia.

«Comprende, dice el libro, la región hidrológica del Esla la inmensa mayoría de la extensa provincia de León y más de la mitad de la de Zamora en su región septentrional». Bueno; pero también comprende parte de la provincia de Valladolid, y se ha de decir todo: no hay por qué omitir que pertenecen á esa región hidrológica la villa de Mayorga, que está sobre el Cea, Sahelices, Monasterio de Vega, los dos Melgares y otros varios pueblos del partido de Villalón.

Después dice el libro que el río Esla «nace en los montes vasco-cantábricos, cerca del límite de León con Santander», todo lo cual podría pasar; pero luego lo echa á perder, añadiendo: «al Oriente del Puerto de Tarna y Norte de Valdeburón», porque esto contradice á lo otro, pues ni el Puerto de Tarna ni Valdeburón están en los montes vasco-cantábricos, ni están cerca del límite de

León con Santander. Lo que hay es que en el Instituto han oído cantar un gallo en un muradal, y no saben en cual, ó, por mejor decir, acomodando el proverbio al caso, han oído cantar dos gallos distintos, y no sabiendo á cuál atender con preferencia, los han atendido á ambos y les ha resultado una algarabía. Al Oriente del Puerto de Tarna, ó, mejor dicho, en el mismo puerto de Tarna, nace un río que baja por el valle de Burón hasta Riaño; pero éste no es el Esla, sino el Yuso. El Esla nace en el término de Portilla de la Reina, en Pandetrabe, en la vertiente occidental del puerto de Remoña, límite de León con Santander, y baja por la derruida abadía de San Martín á Portilla, donde se le une otro riachuelo que baja de Lláneves, del puerto de San Glorio; continúa recogiendo arroyos, algunos bastante caudalosos, como el de Lechada, hasta Barniedo, donde se le une el de Valponguero, y baja por Los Espejos, Villafrea, Boca de Huérgano, Pedrosa del Rey y Riaño, donde se le une el Yuso ya indicado, al que en el Instituto llaman Esla.

En prueba de que el Esla nace en término de Portilla y no en Valdeburón, pudiera citar algunos Diccionarios geográficos, como el de Madoz, que coloca á los Espejos y Villafrea en la orilla del Esla, y del río de Siero que baja á Boca de Huérgano, dice que desagua en el Esla; pero mucha más autoridad que el Diccionario de Madoz, hecho con harto descuido, tienen las antiguas escrituras del monasterio de Sahagún, entre las cuales hay varias que hablan del Monasterio de San Esteban, que estaba á la orilla del río que baja de Portilla, entre Riaño y Pedrosa, en el sitio llamado aun hoy día *Escobal de San Esteban*, y dicen que está situado *juxta Estula, prope ribulum Estula*, y hay otras que hablan de Santa-María de Iscaro (Éscaro, Valle de Burón), y dicen que

:

estaba junto al río Yuso, *inter rivulos Otza et Yuso*.

Continúan los del Instituto describiendo el curso del Esla por bajo de Riaño, y dicen que «inclina el rumbo al Sudoeste, dirigiéndose después por Cármenes, Villapardierna», etc.... ¡Por Cármenes! ¡Cualquiera creerá que Cármenes está á la orilla del Esla, y está á unas siete leguas, en la cuenca del Torío, y hay en el medio otros dos ríos: el Porma y el Curueño!

Al hablar de los tributarios del Esla, dicen los súbditos del General:

«Por la orilla izquierda, aparte de un arroyo insignificante en la cabecera de la cuenca, sólo recibe el Esla al río Cea, procedente de las estribaciones de la Peña de Espigüete....»

Hay que advertir, en primer lugar, que este arroyo insignificante de la cabecera de la cuenca es el verdadero río Esla, que por bajo de Riaño recibe al Yuso (al Esla del General), unido ya con el Otza desde el puente de Entreoteros (vulgo Torteros); y es tan *insignificante* y tan arroyo, que ya en Boca de Huérgano tiene un puente de piedra de cinco ojos, y en Pedrosa del Rey otro de tres muy grandes.

Pero lo mejor es lo de que el Cea procede «de las estribaciones de la Peña de Espigüete». ¡Qué ha de proceder, hombre, qué ha de proceder! ¿Se cree posible en el Instituto que los arroyos que nacen en la falda occidental de Espigüete, después de bajar á Besande suban por el collado de la Estrella (á 1,600 metros) ó por encima del monte de Valdehaya para entrar en la cuenca del Cea? El agua de las estribaciones de la Peña de Espigüete va toda al Carrión; la de las faldas del Norte y del Este por el arroyo de Cardaño de Arriba; la de la falda del Sur por el de Cardaño de Abajo, y la de la falda del Oeste baja

á Valverde de la Sierra, corre de allí á Besande, y atravesando las Portillas, entra en el Carrión, junto al puente de Velilla de Guardo.

Sigue la descripción, y siguen los desatinos: «Por la orilla derecha vierten en el Esla los ríos Curueño....» ¡Mentira! El Curueño no vierte en el Esla, sino en el Porma. Para que lo entiendan el Sr. Deleite ó Delicia y los demás deliciosos colaboradores del General, el Curueño y el Porma confluyen por bajo de Barrio de Ambasaguas; sólo que en lugar de perder el nombre de Porma, como ellos creen, le pierde el Curueño, y es el Porma el que llega á desaguar en el Esla. La prueba de esto es que, mientras los pueblos de las orillas del Curueño que están por cima de Barrio de Ambasaguas, ó sea antes de la confluencia con el Porma, llevan el apellido de Curueño, llamándose Barrillos de *Curueño*, Santa Colomba de *Curueño*, etc.; los que están de la confluencia para abajo ya no llevan el apellido de Curueño, sino el de Porma; y así se llaman Santibáñez de *Porma*, Santa Olaja de *Porma*, Secos de *Porma* y Castrillo de *Porma*. Quedamos, pues, en que el Curueño no es tributario del Esla, sino del Porma, que á su vez lo es del Esla, y vamos adelante.

No muy adelante, porque en seguida desbarran otra vez el General y sus discípulos, diciendo que el Curueño, el Bernesga y el Órbigo proceden de los montes vasco-cantábricos, lo cual es una tontería, según la misma Orografía del Instituto, que llama á los montes donde nacen estos ríos galaico-astúricos y no vasco-cantábricos, nombre que ciertamente no les pertenece.

Hablando luego de los afluentes del Miño, dicen los geodestas de dos eses y de dos ó tres sueldos: «El más notable de todos sus afluentes, el que rivaliza con el río

principal, y *ofrece*, por tanto, interés bastante *su conocimiento*, es el río Sil, *cuyo origen tiene* en los montes galaicos-astúricos....» ¡Qué castellano, Dios mío; qué castellano! Tras de no saber geografía, no saber hablar. Porque el que «ofrece interés bastante» parece primero que es el Sil, sujeto de la oración anterior; pero después se ve que no es el Sil, sino *su conocimiento*. Y luego aquel «*cuyo origen tiene en los montes....*» ¿Á quién hace relación el *cuyo*? Y si el *cuyo* se refiere al río, ¿quién es el que tiene? ¿El río tiene el origen del río?.... ¡Válganos Dios, y qué falta les está haciendo ir á la escuela á estos percibidores de miles de duros!....

Llegamos á la sección décima: *Vertiente Septentrional*, y podemos leer: «Comprende ésta la parte Norte de Lugo, Asturias, en su totalidad, casi toda la provincia de Santander, excepto su prolongación meridional; íntegras Vizcaya y Guipúzcoa, y una pequeña porción del Norte de Burgos, Álava y Navarra». Nótese, en primer lugar, para comprender que el libro no tiene pies ni cabeza, y que está hecho sin dirección, sin confrontar ni unificar los datos; nótese que antes nos ha dicho que Álava y Navarra están, en su *totalidad*, en la cuenca del Ebro, y ahora nos dice que tienen una pequeña porción en la vertiente septentrional. Á no ser que la filosofía especial del general Ibáñez admita como posible que una provincia esté en totalidad en una cuenca, y tenga una parte fuera al mismo tiempo; á la manera cómo el mismo general Ibáñez, estando *todo* en Fomento de Director, ó por lo menos cobrando como si estuviera todo allí, suele extender, sin embargo, hacia el departamento de la Guerra uno de sus tentáculos, para recibir de allá, como General de cuartel, otro sueldo pingüe.

Mas aparte de esto, ¿por qué se omite radicalmente

en el anterior recuento á la provincia de León? ¿No saben los del Instituto que tiene en la vertiente septentrional los valles de Valdeón y Sajambre, en donde nacen los ríos Cares y Sella, con catorce pueblos, que son: Caín de Abajo, Caín de Arriba, Cordiñanes, Los Llanos, Posada, Prada, Santa Marina, Caldevilla, Soto de Valdeón, Soto de Sajambre, Ribota, Pió, Vierdes y Oseja?

Hablando del río Deva, de Liébana, dice el libro que el Valdeprado se junta con él un kilómetro *aguas arriba* de Potes, y es un kilómetro *aguas abajo* donde se juntan. Pero esto de decir las cosas al revés, ya irán notando los lectores que es en el libro cosa corriente. Un poco antes han dicho que el Deva pasa por *Siego*, en lugar de decir por *Siejo*.

Después de describir pobrementemente el curso del Besaya (sin haber dicho nada del Nansa), el del Pas y el del Miera, y después de hablar algo del Nervión, no mucho ni muy bien, salta la *Reseña* al Bidasoa, sin decir una palabra de los ríos de Guipúzcoa. Solamente al final de la sección aparecen estos tres renglones:

«Entre el Nervión y el Bidasoa vierten directamente en el Cantábrico algunos otros *pequeños ríos*, siendo dignos de notarse el *Orio*, Deva y Urumea.»

¿Y el Urola?... ¿Y el orden?... Porque, aunque no hubiera más que esos tres, y fueran realmente *pequeños ríos*, y el Urola no existiera, y el Oria se llamara *Orio*, tampoco se podrían enumerar así, sino de una de estas dos maneras: ó Deva, Oria y Urumea, de Poniente á Oriente, ó Urumea, Oria y Deva, de Oriente á Poniente. ¿Qué idea tendrá de los ríos de Guipúzcoa el enumerador, que, sobre omitir uno de los más importantes, el Urola, que nace en Aizgorri y baja por Legazpia, Zumárraga, Villarreal, Azcoitia, Loyola, Azpeitia, Cestona,

Iraeta y Aizarnazabal, á desaguar en Zumaya, cambia el orden y el nombre de los otros, empezando á contar por en medio?

En el artículo dedicado al CLIMA, lo primero que llama la atención es que no hay observaciones meteorológicas de todas, ni aun de la mitad de las capitales de provincia, aunque en todas ellas hay Instituto de segunda enseñanza. ¿Por qué no aparecen las observaciones de las demás capitales de provincia y de otros muchos pueblos donde hay colegios de PP. Jesuítas, Dominicos, Agustinos ó Escolapios que tienen Observatorio? Es de creer que por incuria del General y de sus protegidos. Por lo menos, yo tengo un dato importante para creerlo así, y es que en el número del *Boletín mensual de estadística demográfico-sanitaria* publicado por la Dirección general de Beneficencia y Sanidad en Noviembre de 1885, siendo Director D. Arcadio Roda, hay un cuadro de Observaciones meteorológicas referentes al mes de Enero del mismo año, que comprende las de *ochenta* pueblos, mientras que en los cuadros de Observaciones que hay en el libro del Instituto, no son los pueblos más que *treinta* enhilados á capricho, sin orden ninguno, empezando por Vergara y acabando por Santander, sin que haya entre ellos más que veintidos capitales de provincia y faltando veintisiete. ¿Por qué no ha de haber obtenido por lo menos tantas Observaciones como la Dirección de Beneficencia y Sanidad el Instituto Geográfico, que dispone de más recursos y de mejores medios?

Pero ya que los cuadros sean mezquinos, ¿están consignadas siquiera con exactitud las observaciones?, preguntará el lector, racionalmente desconfiado. Es de creer que no, porque, en resumidas cuentas, ¿qué razón hay para que estén bien puestos los números que expresan las

temperaturas medias en un libro que tiene equivocadas las cifras de longitud y latitud de los cabos principales?.... ¡Cualquiera se puede fiar y tomar por cierta una cifra determinada en aquellas espesuras de números; y más después de ver que en el primer cuadro se le pone á Valladolid una altura sobre el nivel del mar equivocada notoriamente, pues no puede ser la altura de Valladolid 760 metros, siendo 750 la de Palencia, que está de Valladolid ocho leguas al río arriba!

Por esta razón no se puede fiar tampoco de los grandes cuadros de números referentes á estadística jurídica, civil y criminal, militar y marítima, agrícola, pecuaria, forestal, etc., ni de nada de lo que diga el librote, en el cual, titulándose «Reseña geográfica y estadística de España», ni siquiera es posible encontrar una indicación de la altura sobre el nivel del mar de veinticinco capitales de provincia.

ANTONIO DE VALBUENA.

REVISTA DE REVISTAS EXTRANJERAS

Un cuento bereber. — La eterna infancia. — Paternidad de algunas leyendas españolas. — Toros y toreros juzgados por un escritor francés. — Tendencia á que sea Francia la nación que provea de bichos nuestras plazas de toros. — Un drama de asunto español en tierra alemana.

CUÉNTASE de un hombre que, habiéndose casado, tuvo de su mujer dos hijos, uno varón, otro hembra; que como enviudara y su mujer le hubiese confiado el cuidado de los huérfanos, dejó transcurrir algún tiempo, y contrajo luego segundas nupcias.

Ese hombre tenía la costumbre de salir á cazar todos los días, y no bien había cogido un par de perdices y algunos pájaros, cuando regresaba á su morada, donde los entregaba á su segunda esposa para que los guisase. Una de las perdices era para él y su mujer, y la otra para los dos muchachos.

2. Así marchaban las cosas, cuando un día la madrastra hubo de decir á su marido: «Esposo mío, todos los días sales á recorrer el monte hasta que anochece, y no traes más que dos perdices y algunas aves; lo cual es ciertamente muy poco para cuatro estómagos. ¿Qué piensas, pues, hacer de tus hijos? Son ya mayores, y deberías mandarlos á cualquiera otra parte donde trabaja-

sen por su cuenta. Si no tomas una resolución en este sentido, por lo que á mí respecta, me marcharé de aquí.—Mañana mismo, contestó el marido, les buscaré colocación.» Y, con efecto, el día siguiente pasó nuestro hombre en hacer indagaciones, sin que diera con quien hubiese menester de sus hijos. «Y ¿qué vas á hacer, díjole al regresar, su esposa.—No lo sé.—Pues bien, añadió ella: tómalos cualquiera día contigo; llévalos al bosque, y déjalos en él, que, cuando estén cansados de buscarte, ya dirigirán sus pasos á otro país.» Á lo cual repuso el marido: «Descuida; mañana me los llevaré, y haré que se pierdan por el bosque.»

3. Mas la niña, que era la mayorcita y acababa de oír la conversación de sus padres, se levantó, y, tomando en su brazo un cesto, así se dijo: «Pues, ya que nuestro padre quiere abandonarnos en el bosque, yo me llevaré algo con que señalar el camino». Y esto diciendo, tomó almendras, dátiles, pasas y salvado, metiéndolo todo en el cesto, y se acostó.

4. Á la mañana siguiente, el padre despertó á sus hijos, y en cuanto éstos se hubieron desayunado, les dijo: «Vosotros permanecéis siempre en casa, hijos míos. Veníos conmigo al bosque, que un paseo cada día ha de sentaros bien.—De buena gana, padre», contestaron los muchachos. Y esto dicho, partieron los tres, abriendo la marcha el padre, siguiendo en pos de éste el niño, y cerrando la comitiva la muchacha, que, mientras anduvieron, iba sacando el contenido de la cesta y echándolo á puñaditos á lo largo del camino.

5. Y cuando hubieron llegado al corazón del bosque, díjoles el padre: «Hijos míos; como que habéis de estar fatigados, quedaos aquí y esperad á que vuelva yo de la caza, para que regresemos juntos á nuestra morada».

Y esto dicho, se alejó; cazó en la montaña según solía hacerlo; cogió las piezas acostumbradas, pájaros y dos perdices, y, por un camino extraviado, regresó á su vivienda.

6. Como los muchachos hubieran esperado hasta el mediodía, y el padre no volviese, el niño dijo á su compañera: «Hermana mía, es ya la hora en que todos los días nuestro padre está en casa, y si tú quieres, nosotros regresaremos también.—¡Pues en marcha!», contestó la niña. Y se pusieron en camino, yendo delante la niña, que iba buscando con los ojos lo que había esparcido por el suelo y siguiendo con los pies las huellas que descubrían los ojos. De esta suerte llegaron los caminantes á su hogar, y una vez en él, así habló la muchacha á su hermano: «Hermano mío, quedémonos tú en ese pilón y yo en éste, y veremos lo que nuestro padre y nuestra madre dicen». Y se acurrucaron cada cual en su pilón respectivo.

7. Y la mujer sirvió la cena, que ya se hallaba dispuesta, y luego, comenzando por tomar una perdiz y darla á su marido, púsose la otra en su propio plato, diciendo: «Mira, ahora cada uno de nosotros tiene una perdiz». Entonces dijo el esposo: «He aquí tu parte, hijo mío». Y dijo la mujer: «He aquí la tuya, hija mía». Los muchachos, al oír esto, echaron á correr. «Heme aquí, papá», dijo el niño. «Heme aquí, mamá», exclamó la niña. Y ambos abrazaron á sus padres, tomaron sitio y recibieron aún una perdiz que entre los dos se partieron, mientras el hombre y la mujer se partían la que quedaba. Terminada la cena, cada uno de los muchachos se fué á acostar, según tenían por costumbre.

8. Entonces la madrastra se levantó, y comenzó á reñir á su esposo en esta forma: «¡Conque esas son tus

hazañas y esos tus embustes! Tú no has dejado que los muchachos se perdieran, y ya que han regresado, yo les cedo el sitio.—Mañana, dijo el marido, los llevaré lo bastante lejos para que no puedan conocer ningún camino que les vuelva á casa». Y como la niña escuchaba, al punto tomó de nuevo la cesta, y acabó de llenarla de dátiles, pasas y salvado, que fué todo lo que halló.

9. Al día siguiente llamóles el padre, diciendo: «¡Vamos, hijos míos! Seguidme otra vez á la caza.—De buen grado seguiremos (respondieron los niños); pero no haga V. como ayer.—No; esta vez no he de abandonaros». Y partieron juntos, marchando delante el padre, en pos del cual caminaba la niña seguida del muchacho. Á medida que andaba, iba esparciendo la muchacha por el suelo lo que en la cesta llevaba, y á su vez recogiendo el niño las frutas que á su paso hallaba. Llegado que hubo la comitiva á lo más enmarañado del monte, así habló el padre: «Como debéis estar fatigados, permaneced aquí, que yo no me haré esperar; volveré en seguida». Y fuese á cazar, como de costumbre, y hecha su provisión, tomó por otro camino y regresó á su casa. Y como en ésta encontrase á su mujer, hablóla en esta forma: «Lo que es hoy no vuelven ya nuestros hijos, porque los he dejado muy lejos.—Ya lo veremos esta noche á la hora de cenar, objetó la madrastra». Y ambos consortes esperaron, y, cuando la cena estuvo preparada y dispuesta sobre la mesa, se partieron entre los dos la comida, tomando la mujer una perdiz y sirviéndola á su marido, y poniéndose la otra en su propio plato. «He aquí tu parte, hijo mío», dijo el esposo. «He aquí la tuya, hija mía», añadió la mujer. Por nadie fueron uno y otra respondidos, con no poco contento de la mujer, que se expresó de esta suerte: «Ya lo ves; ahora que estamos solos, tenemos dos partes

para cada uno». Y esto dicho, comieron la cena y se acostaron.

10. Entretanto, los muchachos habían permanecido en la montaña donde su padre los había dejado, hasta que el niño, tomando de pronto la palabra, dijo á su compañera: «¡Vamos; regresemos á casa! Padre nos ha hecho como ayer, y es ya la hora en que él se encuentre de regreso en nuestra morada.—Espera un poco», contestó la niña; y un momento después añadió el muchacho: «Acércate, hermana mía, y comeremos esto que encontré en el camino por el cual vinimos». Y sacando de su bolsillo dátiles, pasas y almendras, púsolos sobre sus rodillas. La niña entonces echóse á llorar amargamente, y al ver el niño las lágrimas de su hermana, púsose también á llorar. «Hermano mío, exclamó ella: ahora sí que hemos perdido el camino de nuestra casa; lo que había de mostrárnoslo, tú lo has recogido, y, además, el viento, al pasar, se llevó consigo el salvado que había yo á sabiendas esparcido.» Y anduvieron errantes por la montaña hasta que llegó la noche, sin que hubiesen dado con el camino de regreso. En esto, dijo la niña: «Hermano mío; subámonos á este árbol, y pasemos la noche en él.» Y encaramáronse y se durmieron; pero á eso de la media noche oyeron que por doquier aullaban los lobos.

11. Al romper la aurora, se pusieron de nuevo á buscar en todas direcciones, hasta que, habiendo percibido en lontananza á un hombre, corrieron hacia él. «Por amor de Dios, le dijeron así que le tuvieron cerca; indicadnos un camino que conduzca á algún lugar habitado.—Hijos míos, el interpelado respondió; yo mismo frecuento poco estos sitios; pero tomad ese sendero, y seguidle hasta que encontréis dos caminos, uno á la derecha y otro á la izquierda. Tomad además estas dos pelotas de hilo, de las

cuales es blanca la una y negra la otra, y cuando hayáis llegado á la encrucijada, echadlas al aire, y tomad el camino del lado aquel donde la blanca cayere, evitando seguir la senda hacia la cual vaya á parar la pelota negra». Y los niños se alejaron.

12. Mas, mientras caminaban, díjole el muchacho á su tierna compañera: «Hermana mía, dame esas pelotas que veo». Y esto diciendo, tomóselas y se puso á jugar con ellas, echándolas al aire, recibíéndolas luego en la mano una tras otra; volviéndolas después á echar, y así sucesivamente, á modo de titiritero, hasta que, habiéndose deshecho y embrollado una con otra, tirólas fuera del camino y corrió á reunirse con su hermana, la cual, al llegar la joven pareja á la encrucijada, dijo á su acompañante: «Hermano mío, he aquí los dos caminos de que nos habló aquel hombre; devuélveme, pues, ahora las pelotas que nos dió.—He jugado con ellas, hermana mía, y como ya se hubiesen deshecho, las he tirado.—¡ Ah, hermano mío; volvemos á vernos perdidos! »

13. Y tomando á la ventura uno de aquellos caminos, anduvieron por él hasta que llegó la noche, y sin que encontrasen en todo el trayecto ningún lugar habitado. Mas, por último, allá en la lejanía distinguieron una luz, y avanzando en dirección al punto donde esa luz brillaba, llegaron á una cabaña, cuya puerta estaba abierta. Entraron allí, y la puerta se cerró tras ellos. Y ya dentro, vieron á una ogra que les preguntó: «¿Quién hay?» Á lo cual contestó la niña: «¡Somos nosotros, señora!—¿Cuántos sois?—Yo y mi hermano.—Lo pregunto, porque como apenas veo, no distingo bien. Quedaos en ese cuartito, que ahí os llevaré la cena». Y como el niño, presa de pavor, tuviera miedo y le dijese á su hermana: «Esa mujer se nos va á comer esta noche», la hermana lo

tranquilizó. Y se tuvieron quedos hasta que la ogra, dándoles un pedazo de pan, les dijo: «Comed esto; ya mañana veré lo que hago de vosotros». Y la ogra marchóse al punto á preparar su cena, consistente en carne de pollino. Y parte cocida, parte cruda, engullóla toda, acostándose luego:

14. Y por la mañana, al levantarse, díjoles á los muchachos: «Nada tengo para cenar esta noche. Ahora saldré con mi botijo é iré por agua, y, si nada bueno de qué comer encuentro, tened por cosa cierta que Dios os ha dirigido aquí para que me sirváis de cena». Y como, al oír estas palabras, los chicos rompieran á llorar, un cuervo que de lo alto de la casa les contemplaba, así les dijo: «Niños, no lloréis, que yo os indicaré los medios de salvaros. Tomad estos tres saquitos: si vaciareis el primero, aparecerá ante vosotros un espeso bosque; si vertiereis el segundo, un río cortará la tierra donde el contenido de aquél cayere, y si arrojareis lo que en el tercer saquito se contiene, veréis al suelo cubrirse de navajas. Ahora, echad á correr, que, en cuanto regrese la ogra, yo romperé su botijo. Y, en efecto, los niños al punto ganaron el camino, y, cuando la ogra se acercó á la casa, el cuervo, precipitándose con ímpetu sobre la vasija, hízole una raja, por donde salióse el agua. La ogra entonces hubo de detenerse á reparar el daño y volver á la fuente. Cerca ya de la casa la mujer, lanzóse segunda vez el cuervo sobre el botijo, y quebrólo de nuevo. «¡Qué extrañeza!, exclamó la ogra. Los muchachos que están ahí dentro lograrán escapar.» Y entrando en la cabaña, á nadie encontró en ella. Entonces comenzó á tirarse de cabeza contra los muros, dando desaforados gritos, y luego, corriendo afuera, y reconociendo la dirección por los fugitivos tomada, se puso á andar en persecución de ellos.

15. Y como estuviera á punto de darles alcance, volvióse la muchacha, y dijo: «Hermano mío, allá veo algo como del grandor de un pájaro que corre en pos de nosotros». Y emprendieron de nuevo la carrera. Mas, luego, volviéndose otra vez la niña, así dijo á su compañero: «Lo que ahora veo es del tamaño de un camello». Y corrieron aún. Pero á poco, volviéndose otra vez, añadió la fugitiva: «Hermano mío, aquello es la ogra, que está ya á punto de cogernos». Y abriendo en seguida un saquito y vertiendo en el suelo su contenido, surgió un espeso bosque de la tierra. Mas un instante después, estaba otra vez la ogra á la vista de los caminantes. Abrió entonces la niña otro saco, vaciándolo sobre el camino, que al punto fué cortado por caudaloso río. Y, á pesar de que entonces aceleraron la carrera, no tardaron los muchachos en verse de nuevo perseguidos. Por último, arrojó la niña lo que se contenía en el tercer saco, y el suelo apareció cubierto de sal y de navajas.

16. Y bien que la ogra no diera tregua á su persecución, las navajas cortáronle los pies é introdujose la sal en sus heridas, impidiéndole seguir adelante. Entonces gritó: «Hijos míos, pues que os veis á salvo, voy á haceros una recomendación. Si encontráis un cordero echado en medio del camino, con unas tijeras sobre el dorso y diciendo: *¿Quién me esquilará el vellón que me cubre?*, no le prestéis oídos. Si encontráis dos pájaros peleándose, no les separéis. Y, últimamente, hijos míos; si dais por el camino con cántaros llenos de agua cristalina, no bebáis en ellos». Y esto dicho, la ogra se alejó.

Pusiéronse los muchachos otra vez en marcha, y no tardaron en encontrar tendido junto al borde del camino un cordero con unas tijeras entre sus lanas. *¿Quién, por amor de Dios, me cortará el vellón?*, decía el cordero.

Y los muchachos le golpearon y pasaron de largo, mas no sin que á su hermano dijere la niña: «¡Presagio de algún peligro!» Poco después llegaron á un paraje donde entre sí reñían dos pájaros, uno de los cuales exclamó: *¿Quién pondrá paz entre nosotros?* Y los muchachos pegáronles, y pasaron, dejando que riñeran. Más lejos encontraron dos cántaros llenos de agua muy rica. Al verlos, dijo el tierno caminante: «Hermana mía, quiero beber; me muero de sed.—Hermano mío, dijo la niña; fuerza es no fiarse de esta agua, que nada bueno augura. Por consiguiente, pasemos de largo. Considera de cuánto hemos escapado hasta ahora; haz que podamos salir con bien de ese nuevo peligro.—Me abraso, no puedo obederte, y beberé». Y esto diciendo, acercóse á uno de aquellos cántaros, inclinóse para beber, y al punto él y el cántaro desaparecieron de sobre la faz de la tierra, con gran susto de su hermana.

17. Sola siguió la pobre niña su camino, y, ya en las proximidades de una población, acertó á pasar un pastor: «Pastor (dijo ella), enseñadme por amor de Dios mi camino». Á lo cual respondió el interpelado: «Hay no muy lejos de aquí un país habitado; si tú buscas donde trabajar, no faltan en él sitios donde encontrar trabajo». Entonces dijo la muchacha: «¿Queréis, señor, venderme algunas de esas pieles?—Ciertamente; pero son de lebrel.—Pues vendédmelas». Y el pastor se las vendió. Y la niña, después de habérselas pagado, subió á un cerro, donde, cortándolas y cosiéndolas, confeccionóse con ellas un vestido ó traje de lebrel. Confeccionado que fué, probóselo, y se dijo: «Me vestiré así para ver cómo es esa población». Y esto dicho, partió de nuevo, y cuando muy cerca de la ciudad estaba, quitóse el vestido ordinario, poniéndose el que acababa de hacerse, y trotando á la

:

manera que los lebreles, llegó á la puerta de una casa, junto á la cual se detuvo.

18. En esto el hijo del rey, que por delante de la casa en aquel momento pasaba: «Lebrel ó lebrela (dijo), ¡qué hermoso animal eres!»; y apoderándose de ella, y pasándole un collar alrededor del cuello, se la llevó á palacio, donde la alojó en un cuarto inmediato al en que el príncipe dormía. Y decíanse unos á otros los servidores todos: «¡Qué hermosa es la lebrela que el príncipe ha encontrado!» Y la llevaron de qué cenar, y le prepararon una cama. Y hacia la media noche, oyó el hijo del rey que alguien suavemente tosía: «No es así como los perros tosen (se dijo); esto es una tos humana». Y como por una rendija percibiese luz, miró por ella, y vió á una joven ocupar el cuarto en que él había dejado la lebrela. Por la mañana el príncipe abrió la puerta de la habitación aquella, y condujo á la muchacha á su propio cuarto, donde entrambos jóvenes permanecieron juntos algunos días.

19. La joven, viendo que el príncipe había advertido que ella no pertenecía á la especie de los lebreles, confesóle que era una muchacha, y le contó sus aventuras hasta que se encontró con él. Y éste entonces le dijo: «Os haré mi esposa, si consentís en ello». Y ella consintió. Y como el príncipe fuese á encontrar al rey, su padre, y le dijera: «Quiero casarme, padre mío»; los hermanos de aquél, levantándose encolerizados, así dijeron: «Es con una lebrela que se casa». Y el rey, que también se había disgustado con aquello, añadió: «Hallado has á tu esposa». Y el hijo del rey se levantó para ir á disponer sus bodas, y los otros príncipes se retiraron, no queriendo asistir al casamiento de su hermano.

20. Celebráronse, pues, los esponsales, apareciendo

en ellos la desposada cubierta de magníficos vestidos y de riquísimas joyas, tales como no cabía imaginarlos en aquel país. Á la vista de esta joven, tan ricamente ataviada, las negras y los esclavos corrieron precipitadamente á decir al rey y á sus hijos: «No es una lebreña, sino una joven sin par, la que ha escogido el príncipe por compañera». Y ellos se levantaron y corrieron á verla, y se hicieron durante muchos días fiestas espléndidas en honor suyo.

Este es un cuento que he oído de boca del maestro narrador O'mar Ehehi (de H'ah'a, entre Mogador y el Sous), de la caballería imperial, y yo lo cuento á mi vez al que quiere oírlo.»

La precedente fábula forma parte de una serie de leyendas marroquíes que, bajo el título de *Cuentos del Sous y del oasis de Taflett*, viene comentando y traduciendo directamente de la lengua bereber el erudito orientalista M. de Rochemonteix en el *Journal Asiatique*; y si lo he vertido al español *in extenso*, no ha sido, ciertamente, con ánimo de ofrecer á los lectores de LA ESPAÑA MODERNA una narración provista de los encantos de la novedad, sino con el intento de hacerles ver la evidente similitud que existe entre las tradiciones nor-occidentales del continente africano y muchas de las nuestras. El cuento que he traducido ha evocado en mí dulces recuerdos de la infancia, que allá, en el fondo de mi memoria, dormían, humedeciendo de paso mis ojos con ese rocío celestial que, al revés de lo que con las plantas sucede, es en el hombre resultado de cálidos vapores del espíritu, que el glacial ambiente del mundo que nos rodea ha condensado en los cristales de las que se ha dado en llamar ventanas del alma.

¿Quién no recuerda con emoción haber oído en el

regazo de su amorosa madre cuentos análogos al que nos ha dado á conocer M. de Rochemonteix, y en los cuales se valían los tiernos protagonistas para señalar el camino, de migas de pan que se comían los pájaros y se llevaban las hormigas, ó de regueros de harina que borraba la lluvia ó aventaba el temporal? ¿Y qué hombre de corazón, aun cuando no haya conocido la solicitud y los cuidados de una madre, no escucha con singular deleite esas narraciones maravillosas que son el encanto de la niñez? En el fondo del hombre hay siempre un niño, como hay siempre una niña en el fondo de la mujer. Y, así como éstas conservan en todas las edades afición á las muñecas, así también conserva siempre el hombre cierto amor á los relatos de hechos heroicos y á los cuentos de hadas. La única diferencia que existe entre la mujer y la niña, consiste en que ésta se contenta con el mamaracho, mientras que aquélla sólo se satisface con la muñeca de salón. Así también, al paso que el niño se extasía oyendo contar fábulas por estupendas que sean y por mal urdidas que estén, solamente alcanzan á deleitar al hombre aquellos cuentos que al ingenio en la invención reúnen arte en el desarrollo.

Pero, pasando á otro orden de consideraciones, ¿no suscita acaso el cuento traducido por M. de Rochemonteix la cuestión de la paternidad de su argumento? Al recordar que en nuestra niñez hemos oído contar diferentes veces y en distintas formas la historia de los muchachos abandonados, ¿no ocurre preguntar, por ventura, dónde tendría nacimiento esa infantil historieta? ¿Habrá pasado del español al árabe y del árabe al bereber? ¿La habrán tomado del árabe españoles y berberiscos? ¿Serían los berberíes los que la inventaran, y árabes y españoles quienes la tradujeran? Cuestión es esta que mucho nos

da en que pensar á los profanos, y no poco podría dar que hacer á críticos y filólogos.

* * *

M. G. de Frézals publica en el número de la *Revista Británica* correspondiente al mes de Septiembre, un largo estudio sobre *Corridas de toros y principios de tauromaquia*. Bien que la cuestión en que M. de Frézals se ocupa sea asunto que no me interesa ni poco ni mucho, no he querido prescindir de enterarme de las opiniones del autor, seguro de que no revelarían conocimiento exacto de las cosas de nuestra tierra.

Parece que ya sería hora de que los franceses nos considerasen un poco más, y de que nosotros les ensalzásemos un poco menos; porque, á decir verdad, hartos se bastan ellos para estimarse hijos del pueblo escogido, y hartos nos bastamos nosotros para hacer creer á los extranjeros que la nuestra es la *sans-culotte* de las naciones. Ni tanto, ni tan poco.

M. de Frézals, después de ocuparse en el estudio del toro en el campo, del origen de la tauromaquia, de las manadas, del toro de muerte y de su tiente, de los estados del toro, de los principios generales de tauromaquia, de las edades y clases de toros, de las cuadrillas, del redondel, de la selección, de la dirección de las suertes, de los pases, del salto, de la banderilla, de los parches, de la muleta, etc., etc., dice, en un capítulo que trata de las *Corridas españolas*: «Muy diestros, y del todo notables son, desde el punto de vista de la esgrima, los toreros españoles; pero los picadores son absolutamente malos, así porque no saben montar, como porque son malos los caballos que montan». Nada tengo que objetar

al párrafo que dejo transcrito; pues bien se echa de ver cuán justa es la opinión que entraña.

En otro capítulo, que su autor dedica á las *Corridas portuguesas*, dice M. de Frézals: «Los capeadores no tienen el conocimiento del arte (*science*) ni la elegancia de los españoles. Los portugueses son los belgas de la Península». Esta última afirmación, hecha, al parecer, en tono despreciativo para los Estados lusitano y belga, merece y debe ser rechazada, que tan dignos son de consideración y de estima Bélgica y Portugal como pueda serlo la misma nación francesa.

Tocante á las *Corridas francesas*, dice el escritor transpirenaico: «La tauromaquia provenzal es, por lo tanto, floja, y ni el Pouly, de Beaucaire, ni los restantes toreros franceses, tienen la gracia andaluza».

Hablando del *Porvenir de la tauromaquia*, dice el mismo autor: «Es cosa averiguada que el gusto de las corridas de toros está en camino de desarrollarse en Francia, en Portugal, en América y en España». (Pues si en España el gusto de las corridas no está más que en vías de desarrollarse, no sé lo que va á ser cuando haya adquirido aquel gusto la plenitud de su desarrollo.) «Las corridas de toros no son, en verdad, un peligro para la vida humana, pues matan menos hombres que las carreras de caballos. Si parece ser de otra manera, débese á que la gente se ocupa de los toreros heridos, mas no de los accidentes que sufren los *jockeys*. En la antigua plaza de toros de Madrid—que ha durado ciento veinticinco años, de 1749 á 1874,—donde, por lo menos, se han dado tres mil setecientas cincuenta corridas, en donde más de veintidos mil quinientos toros han sido vencidos en buena lid y muertos á espada, los toros no han causado la muerte más que á ocho hombres; á sa-

» ber : tres matadores, un banderillero, un picador y un
» aficionado, en grandes corridas, y dos paisanos en no-
» villadas ».

M. de Frézals, después de manifestar que algunos ingleses, que tal vez no se atreverían á confesar en Londres que habían tomado parte en juegos extranjeros, han toreado muy bien, singularmente en la plaza de Bilbao, y que un belga, diplomático, según él tiene entendido, M. Carton de Familleureux, había muerto noblemente toros de dos (!) años, añade : « Cuando digo que el gusto » se desarrolla, no me refiero al gusto inteligente. El co- » nocimiento de los toros y de la esgrima parece dismi- » nuir en el público español. El número de las corridas » toma demasiado incremento para el número de toreros » de que se dispone, y el de plazas de toros crece en » demasía para el número de ganaderías con que se » cuenta y el de toros bravos que existen en la Penín- » sula ».

Además, para el escritor francés en que me ocupó, como los matadores se hacen pagar con exceso, pues llegan á percibir precios de cantante, y los toros de lidia se venden entre dos mil y dos mil quinientos francos, no es posible contratar espadas de primer orden ni lidiar reses de la mejor calidad.

Lo cierto es que de las premisas por M. de Frézals sentadas, se deducen consecuencias muy opuestas á las sacadas por dicho señor, porque; si los principios económicos son ciertos, de sostenerse altos los precios en el mercado, los ganaderos han de sentirse estimulados á mejorar las especies, y de seguir pagándose bien el oficio, habrá de aumentar el número de toreros, y aumentando éste, crecerán también las probabilidades de que no se extinga la raza de los buenos diestros.

Luego, después de recordar M. de Frézals el refrán español «El toro cinco y el capeador veinticinco», dice: «Y no cabe aumentar en España el número de ganaderías »de toros de muerte; pues los pastos de la Península son »insuficientes para el número de toros que es preciso »criar. Además, los progresos de las necesidades alimen- »ticias y los de la agricultura son los enemigos de la cría »de toros bravos. Y siendo ello así—sea dicho de paso,— »los franceses que en Argelia se dedicaran á la cría de »toros de lidia, cosa que allí sería muy fácil, tendrían la »seguridad de hallar mercados en la Península y de ga- »nar dinero».

Ségún se ve, con todo y el peligro de que los elevados precios á que se venden las reses concluyan á la larga con las corridas, á M. de Frézals no le parece mal que los franceses hagan lo posible para desalojarnos, dentro de la Península, de los mercados por lo que á reses bravas se refiere.

Como los escritores de allende el Pirineo se caracterizan, salvo muy raras y muy honrosas excepciones, por el absoluto desconocimiento que tienen de nuestras cosas, no es maravilla que haya entre los primeros quien afirme que los pastos de nuestra Península sean insuficientes para criar el número de toros de muerte de que han menester nuestras plazas. De todas suertes, bueno es que nuestros ganaderos, y en general nuestros agricultores, paren mientes en lo que las palabras transcritas signifiquen, y procuren prevenirse á tiempo contra la competencia que pudieran hacerles un día los ganados del Norte-África.

Finalmente, en un capítulo consagrado á *Las Corridas de París*, dice el autor cuyas opiniones comento: «El ministro de la Gobernación ha obligado á embolar

» los toros, lo cual, al tiempo que restringe la jurisdicción
» del diestro, deshonra al hombre, el ganado y el toro.
» ¿Se cortan acaso las garras á los animales con quienes
» luchan los domadores en las casas de fieras?

» La suerte de la pica, tal como ha degenerado en Es-
» paña, es un espectáculo repugnante, que sería silbado en
» París más aún que en Lisboa, y que deshonra la tauro-
» maquia española; pero la suerte de las banderillas ha
» sido muy bien recibida por el público, que la ha encon-
» trado encantadora.»

Con buen acuerdo censura M. de Frézals, así, de pasa-
da, las malas traducciones que se han hecho en el *Museo*
Tauromáquico de algunas palabras españolas, cosa que
no es de maravilla en un país donde con harta frecuencia
son de ver locuciones por el estilo de esta: *Está defen-*
dido el fumar, advertencia que á nosotros los españoles
nos invita á despuntar el cigarro ó á cargar la pipa, con-
tra el espíritu de la prevención subrayada.

Hace constar también el escritor francés que, sibien en
un principio obtuvieron las corridas en París éxito dudo-
so, acabaron luego por hacerse populares por completo,
al extremo de haberse reunido una vez nada menos que
veintiún mil espectadores en la plaza, que, en sentir de
M. de Frézals, se vería constantemente cuajada de gente
si fuesen menos caras las localidades y se cubriera y ce-
rrara el redondel, y acaso si se toreará por la noche,
alumbrando la pista con la luz eléctrica, según se ha he-
cho ya en el Hipódromo. Además, cree el escritor men-
cionado, que el gusto francés exige en las corridas de
toros menos esgrima y más gimnasia, cosa que, en su
opinión, ha comprendido Ángel Pastor, que ha muer-
to ya veintiocho toros en Francia. Para ello, añade M. de
Frézals, debieran fusionarse en una misma cuadrilla

toreros españoles, landeses, portugueses y americanos (mejicanos, querrá decir).

Finalmente, pregunta el escritor tantas veces repetido: «El toreo, que ha hecho en España tantos progresos de dos siglos acá, ¿ha dicho su última palabra? ¿No llegará tal vez á vencer aun toros resabiados?» Y luego añade: «Como quiera que sea, ello es que en París se da muerte á los toros en cuanto salen del redondel, lo cual es muy prudente por cierto en el actual estado de la esgrima. Á decir verdad, el pueblo del Norte de Francia no me ha parecido como el del Mediodía, pues no ha reclamado la estocada de muerte que, por otra parte, hubiera sido una cobardía, tratándose de toros embolados. El pueblo parisién, á mi juicio, sólo consentiría dicha estocada en campo raso y bajo el nombre de caza del toro. El pueblo parisién hace una religión de su propósito de no ver correr sangre en un circo». Esta última manifestación sólo me sugiere estas palabras: *Ça viendra, M. de Frézals*, ó, como decimos en España: todo se andará, andando á su vez el tiempo.

Según es de ver por el estudio que extractado dejo, después que nos han hecho pasar por un pueblo semi-salvaje, acaban nuestros detractores por hacerse los abogados de lo mismo que en nosotros censuraran.

* * *

¡Cosa singular! Mientras los escritores franceses generalmente, ó nos tienen olvidados ó no nos juzgan bien, los alemanes se acuerdan mucho de la historia de nuestra patria. Ahora mismo acaba de ponerse en escena en Berlín un drama en cinco actos, titulado *María de Padilla*, y escrito por Gottschall. El autor ha hecho girar prin-

principalmente el desarrollo de su obra alrededor de la pasión que María Pacheco despertara en el corazón de Loyola, cuidando de dar á la protagonista todo el relieve de una heroína y todo el encanto de la mujer española. El interés creciente por este drama despertado y la riqueza de las decoraciones, debidas al pincel de Kautsky, han proporcionado á Gottschall un verdadero triunfo y á *María de Padilla* un éxito ruidoso.



Dejando para otro número el ocuparme con la detención que merece en un notable estudio que, bajo el título de *Heber den Begriff der Gesellschaft und einer Gesellschaftslehre* (De la Sociedad y de la Sociología), ha publicado en el *Deutsche Rundschau* Herr Rümelin, y consignando aquí como interesante un artículo de M. Ferdinand Brunetière sobre *El movimiento literario en el siglo XIX*, inserto en la *Revue des Deux Mondes* del corriente mes; como muy instructivo uno de M. Emilio de Laveleye sobre *El Bimetalismo internacional*, publicado en la *Revue de Belgique* correspondiente al mes de Septiembre, y otro muy curioso de M. G. Bagnenault de Puchesse acerca del *Puente sobre el Canal de la Mancha*, que ha visto la luz pública en *Le Correspondant* últimamente aparecido, me despido de mis lectores, prometiéndoles para el número próximo materia más variada y más amena que la que constituye esta revista.

JUAN SALAS ANTÓN.

LOS ÚLTIMOS LIBROS DE GALDOS

FUÉ mi propósito durante mucho tiempo, dice el Sr. Pérez Galdós, no sacar nuevamente á luz estas primicias, anticuadas ya y fastidiosas; pero he tenido que hacerlo al fin, cediendo al ruego de cariñosos amigos míos. Al incluirlas en el presente tomo, declaro que no está mi conciencia tranquila, y que me acuso de no haber tenido suficiente energía de carácter para seguir rechazando las sugerencias de indulgencia en favor de estas obrillas. Temo mucho que el juicio del público concuerde con el que yo tenía formado, y que mis lectores las sentencien á volver á la región del olvido, de donde imprudentemente las saco, y que las manden allá otra vez por tránsito de la *guardia crítica*. Si así resultase, á mí y á mis amigos nos estará la lección bien merecida.

» Lo único que debo hacer en descargo de mi conciencia, es marcar al pie de cada una de estas composiciones la fecha en que fueron escritas; y no porque yo quiera darles un valor documental á falta del literario, sino para atenuar, hasta donde conseguirlo pueda, el desaliño, tri-

vialidad, escasez de observación é inconsistencia de ideas que en ellas han de encontrar aun los que las lean con intención más benévola.»

Para los que no conozcan á fondo al insigne autor de *Doña Perfecta* y de *El Amigo Manso*, las palabras que he reproducido y que forman parte de una introducción, ó prólogo, ó preámbulo (pues ni título lleva), que Pérez Galdós ha puesto al frente de su libro *Torquemada en la hoguera*, serán solamente ese conocidísimo antifaz de modestia con que suelen ocultarse, no la vanidad, que en este caso nadie podría creer eso, pero sí el orgullo del prologuista. Para los que tratan á Galdós con alguna intimidad; para los que le conocen á fondo, en esas pocas líneas aparece expresada leal, sencilla y francamente lo que él piensa. Pérez Galdós cree, en efecto, y como lo cree lo dice con ingenuidad encantadora, que sus *obri-llas* son anticuadas y fastidiosas; y teme con toda verdad, tal cual lo dice, que el juicio del público concuerde con el suyo.... Y por cierto que se equivoca de todo en todo al creer aquéllo y el temer ésto; cuantos hayan leído ó lean los trabajos contenidos en el tomo titulado *Torquemada en la hoguera*, votarán conmigo, y en contra del autor seguramente.

●cho son las composiciones que se contienen en el mencionado tomo: *Torquemada en la hoguera*, novela que los lectores de esta revista ya conocen, y otras siete, de las cuales dice el autor con su sinceridad característica:

«.... Varias composiciones hace tiempo publicadas, y que no me atrevo á clasificar ahora, pues no pudiendo en rigor de verdad llamarlas novelas, no sé qué nombre darles.»

Es claro que no he de atreverme yo á clasificar lo que el autor mismo deja inclasificado; me contentaré,

pues, con decir que los siete primorosos trabajos que acompañan á *Torquemada en la hoguera* llevan los títulos siguientes: *El artículo de fondo*, *La mula y el buey*, *La pluma en el viento*, *La conjuración de las palabras*, *Un tribunal literario*, *La princesa y el granuja*, y *Junio*.

Como la obra *Torquemada en la hoguera*, que da título al libro, se ha publicado no hace mucho tiempo en LA ESPAÑA MODERNA, me parece ocioso hablar de sus bellezas, que los habituales lectores de esta Revista habrán saboreado ya, ó señalar defectos que, si existen, no habrán pasado inadvertidos; hablaré, por consiguiente, y sin más preámbulo, de esas composiciones que el Sr. Galdós, cediendo á instancias de buenos amigos suyos, ha coleccionado, por lo que se ha hecho acreedor á mil aplausos y á otros tantos parabienes.

El Artículo de fondo es una pintura deliciosa, delicadísima, llena de gracia y de exactitud, si bien con un poquito de exageración en la nota cómica, del desdichado jornalero del periodismo; de ese infeliz condenado á estrujar á diario su cerebro para que el periódico *esté hecho* con puntualidad, á hora fija, con los minutos contados. La pintura tiene mucha más gracia, como es natural, para los que somos *del oficio* que para las gentes de fuera de casa; pero aun para éstas el inagotable gracejo del autor, su mucha sal y su *vis cómica*, hacen entretenidísimo el espectáculo de la gestación de ese artículo de fondo, que comienza así: «Basta de contemplaciones. Basta de conubernios. Basta de flaquezas. Ha llegado la hora de las energías»; y que después de varias peripecias ingeniosamente presentadas, viene á terminar así:

« Todos los ministros tienen muchísimo talento, y se inspiran, ¿á qué negarlo?, en el más puro patriotismo.

¡Ah! Nuestro deber es excitar á todo el mundo, para que, por medio de hábiles transacciones, por medio de sabios temperamentos, puedan el pueblo y el poder hermanarse, inaugurando la serie de felicidades, de inefables dichas, de prosperidades sin cuento que la Providencia nos destina.»

Para llegar desde aquellos principios hasta este acabamiento, el Sr. Pérez Galdós hace pasar á su articulista por una serie de sinsabores y de regocijos que, en no interrumpida alternativa, le traen y le llevan desde el pesimismo más exagerado hasta el más entusiástico optimismo.

La aparición del mozo de la imprenta, que viene *á por original*, es una de las pinceladas más cómicas de este precioso cuadro: «Aquel vestiglo, dice, ó, en otros términos, pedazo de bárbaro, venía cubierto de sudor, como si hubiese hecho una larga y precipitada carrera; y lo mismo su cara que su andrajosa y mugrienta ropa, parecían teñidas de un ligero barniz oscuro. La tinta manaba de sus poros. Se diferenciaba de un carbonero en que su tizne era más consistente, y como si saliera de dentro. Enteramente igual á un cíclope, si no tuviera dos ojos, era el tal una de las más poderosas palancas de la civilización moderna, por haber recibido de la Providencia la alta misión de mover el manubrio de una máquina de imprimir que daba á luz diariamente millones de millones de palabras.»

La mula y el buey, trabajo que sigue á *El artículo de fondo*, es de índole completamente distinta. *Cuento de Navidad* lo llama el autor, y eso es efectivamente: un cuento, en el cual lo que hay de fantástico viene á mitigar la amargura del relato.

La pluma al viento titula Pérez Galdós al trabajo que ocupa el tercer lugar en esta colección, y le agrega como segundo título, ó *El viaje de la vida*.

El autor, después de haber escrito ese nombre y ese apellido, continuó escribiendo *Poe....*; y dejando sin terminar el vocablo, dice en una nota al pie de la página: «Perdón, ¡oh lector!: iba á cometer la irreverencia de llamar á esto *poema*».

Conque *La pluma al viento* ó *El viaje de la vida*, se queda como antes se estaba, sin clasificar, y el autor comienza diciendo:

«Sobre el apelmazado suelo de un corral, entre un cascarón de huevo y una hoja de rábano, cerca del medio plato donde bebían los pollos, y como á dos pulgadas del jaramago que se había nacido en aquel sitio sin pedir permiso á nadie, yacía una pequeña y ligerísima pluma, caída, al parecer, del cuello de cierta paloma vecina que diez minutos antes se había dejado acariciar, ¡oh femenil condescendencia!, por un Don Juan que hacía estragos en los tejados de aquellos contornos.»

Como el corral era triste, feo y solitario, solicita la pluma que un vientecillo la saque de allí y la lleve por esos mundos, y así se verifica. Llévala el viento por las alturas, y la baja hasta los valles más hondos, y le da gusto en cuanto apetece, y así va la pluma en pos de la felicidad; ora la busca en el amor, ora en la riqueza; unas veces en la gloria, en la fe otras, y en la ciencia por último, hasta que viene á dar en un ataúd, de donde el vientecillo no puede sacarla, y allí queda la pluma, y allí termina el *Poe....*, al cual agrega el autor por vía de moraleja esta pregunta: «¿Acabarán con esto tus paseos, oh alma humana?»

Ni de *La Conjuración de las palabras*, curso humorístico de gramática general; ni del saladísimo trabajo *Un Tribunal literario*, verdadero modelo de sátira fina; ni de *La Princesa y el granuja*, quiero decir sino que son

:

dignas hermanas de sus compañeras y dignas hijas del padre que las engendró ; pues si á cada una de esas composiciones dedicase yo toda la atención que merece, mi tarea sería interminable.

Pero no quiero privar á los lectores que esta noticia tenga de dos cosas : es la una, la terminación del artículo ó cuento, ó lo que fuere, titulado *Un Tribunal literario*, terminación que comienza así :

«De la novela, inocente causa de tan reñida controversia y desbarajuste final, ¿qué he de decir sino que salió cual engendrada en aciaga noche de escándalo? Como quise adoptar las ideas de cada uno por parecerme todas excelentes, mi obra resultó análoga á esas capas tan llenas de remiendos y pegotes, que no se puede saber cuál es el color y la tela primitiva. Después de la introducción que he leído, adopté el pensamiento del pajarito, y le puse de intermediario entre los dos amantes. Luego, pareciéndome de perlas el incidente de la chimenea, hice que Alejo se mudara á la casa de enfrente, y que una noche se deslizara muy callandito por el interior del ennegrecido tubo, apareciéndose á la dama cuando ésta se percataba menos. Lo del negro no me fué posible introducirlo ; pero sí el magnífico desenlace del tío en Indias, ideado por el fénix de los críticos, aunque no pude ponerle oidor, sino tabernero, diferencia que importa poco para el caso. Así, la novela, como hija de distintos progenitores, viene á ser la cosa más pintoresca, variada y original del mundo, y bien podría decir su autor : « *Yo, el menor padre de todos....* » Imprimíla, porque ningún editor la quería tomar, aunque yo, llevando mi modestia hasta lo sublime, la daba por ochenta reales al contado, y otros ochenta pagaderos á plazos de dos duros en dos años.

«La puse á la venta en las principales librerías, y en un lustro que ha corrido, llevo despachada la friolera de tres ejemplares, con más los que me tomaron al fiado, que espero cobrar, si la cosecha es buena, en el próximo otoño. Un librero de Sevilla me ha prometido comprarme un ejemplar si le hago la rebaja de dos reales.»

.....

.....

Y concluye:

«De todos modos, me consuela la singular protección que me dispensa ahora, como antes, el duque de Cantarranas, mi ilustre Mecenaz, quien ha podido conseguir de un amigo suyo, dueño de una tienda de ultramarinos, que me compre media edición al peso, y á veinticinco reales arroba. Si, merced á la solicitud del prócer ilustre, consigo realizar este negocio, me servirá de estímulo para proseguir por el fatigoso camino de las letras, que si tiene toda clase de espinas y zarzales en su largo trayecto, también nos conduce como sin querer á la holgura, á la satisfacción y á la gloria.»

La otra cosa de que yo no quería privar al lector, es del consejo sano, bien puede creérmelo, que me atrevo á darle, de que lea el artículo *Junio* (se escribió para la serie descriptiva de los doce meses del año, publicada por *La Ilustración Española y Americana*, en su almanaque de 1877). El autor, naturalista, poeta, paisajista admirable, dibujante sin par, gastrónomo é historiador, nos presenta el mes de Junio en el jardín, en el campo, en la cocina, en la religión, en la escuela y en la historia; y en todas partes y en todas ocasiones nos lo presenta con una gracia inimitable y con un ingenio que asombra.

Tal es el libro para el cual temía su autor, D. Benito Pérez Galdós, la pena del olvido, impuesta por el tribunal

de la crítica.... No dictará tan descabellada sentencia ningún crítico, lo tengo por seguro; pero si alguno la dictase, grandemente se reirían de ella, y muy bien se guardarían de ejecutarla, las personas inteligentes y de buen gusto literario.

Y voy, si el lector me lo permite, á dar ligerísima noticia de la publicación de *La Incógnita*, primera parte de una novela que, á juzgar por el botón de muestra, ha de ser muy larga y ha de ser muy hermosa. Por de pronto, en el libro mismo ya se anuncia «*Realidad*, novela en cinco jornadas», que no es sino la segunda parte de *La Incógnita*; pero tengo para mí, y celebraré no equivocarme, que á *Realidad* seguirán algunas otras; porque en el último libro de Pérez Galdós hay tela cortada para más de dos tomos....

Como las ideas suelen asociarse lo mismo por contrarias que por semejantes, la lectura de *La Incógnita* me ha hecho recordar una indirecta del inolvidable *Padre Cobos*, periódico satírico de gran boga allá por los años 1854 y 1855. Referíase el mencionado periódico á no recuerdo qué personaje, y decía, poco más ó menos, pues ya se comprende que no conservo en la memoria las palabras mismas:

«El señor.... (*Tal*) abandona las letras para dedicarse á la política. Mucho gana con esto la política; pero, ¡oh dolor!, mucho más ganan las letras». Cuando, con asombro de todos los aficionados á la literatura, se supo que Benito Pérez Galdós, el autor de los *Episodios Nacionales*, había aceptado un acta de representante por Puerto Rico en las Cortes españolas; cuando se dijo que le habían encargado de redactar el mensaje-contestación al discurso de la Corona, díjose también, como dijo *El Padre Cobos*: «mucho podrá ganar con esto la política»; pero

pusieron todos á la observación muy distinto acabamiento:..... «¡Lástima grande, se decía, que el insigne creador de *Marianela* y de *La Familia de León Roch*, pierda en controversias parlamentarias, estériles casi siempre y constantemente antiestéticas, el tiempo que podría emplear en escribir novelas bellísimas que diesen lustre á la patria y á él le dieran provecho». Declaro, y lo declaro con cierta vanagloria, que no participé nunca de esa opinión.

Pérez Galdós, pensaba yo, será siempre el novelista, será siempre el poeta, el constante enamorado de lo bello, el observador atento de la naturaleza.....; va al Congreso, sí; pero no va para convertirse en político de profesión; en el Congreso será lo que es en todas partes; el artista. Allí estudiará, observará, tomará apuntes, y cuando menos lo pensemos, nos dará en un libro magnífico el resultado de esos estudios y de esas observaciones. Para escribir *La Fontana de oro*, para retratar los personajes de sus *Episodios*, hubo de pasar horas y horas; y días y meses, registrando bibliotecas, escudriñando manuscritos, compulsando documentos, y de ese trabajo ímprobo, constante, asiduo....., brotaban después *Trafalgar*, *Gerona*, *Los diez mil hijos de San Luis*, etc., etc. Ahora pasará algunos meses, tal vez algunos años, estudiando los documentos vivos, oyendo discursos, asistiendo á las secciones, presenciando silencioso las apasionadas luchas parlamentarias....., y no será perdido para las letras ese trabajo.

Mis predicciones se han realizado en todo: aunque la elección de Pérez Galdós como diputado por Puerto Rico no hubiera de producir otro resultado que su admirable libro *La Incógnita*, podrían darse por muy satisfechos sus electores.

La Incógnita está reducida á una serie de cartas que un *Manolo Infante*, diputado, dirige desde Madrid á un Don Equis X, en Orbajosa.... Este Don Equis X, calla como un muerto, y se limita á recibir las cartas de su amigo y á coleccionarlas, para devolvérselas al fin del libro convertidas en el drama que, por lo visto, constituye la segunda parte de la obra; segunda parte no publicada todavía, pero que, según mis noticias, aparecerá en el mes de Diciembre.

El tal *Manuel Infante* es mozo de prodigioso ingenio, que discurre muy bien y dice de perlas lo que discurre; hay quien supone que ese Manuel Infante, en lo que toca á escribir, es el propio Pérez Galdós; pues sólo á éste puede ser atribuida la paternidad de algunas de sus cartas.

La colección de retratos con que da comienzo á la serie de sus epístolas, es una colección de gran precio, y que sería honra y gala de cualquier museo.

Augusta, Cisneros, Viera, padre é hijo, *Malibrán*....; todos y cada uno de los personajes, que después intervienen ó intervendrán en la acción, están fotografiados. Ya se comprende que no voy á reproducir esas fotografías; pero no me parece impertinente, ni creo que ha de ser molesto para el lector, que, en prueba y confirmación de lo que digo, copie *ad pedem litteræ* uno de ellos...., el de Malibrán.

«Su finísimo trato, dice Manolo Infante á su amigo Equis; su conocimiento del mundo, le ponen en primera línea en toda sociedad, sin que él necesite esforzarse por alcanzar aquel puesto. Descuella naturalmente y por la propia virtud de sus modales, que son la misma perfección, pues hay en ellos el grado exacto de rigidez compatible con la soltura. Sabe combinar como nadie la corte-

sía respetuosa con esas licencias que hoy agradan tanto usadas discretamente, como la sal y los picantes en la culinaria. No conozco otro que sepa entretener y divertir á las damas como él las entretiene; es la única persona á quien he oído sostener largas conversaciones sobre vestidos, mostrando en ellas la espiritual erudición que al asunto corresponde. Las señoras le consultan acerca de sus trajes, del adorno de su casa, y sobre todo las asesora con gran maestría. Al propio tiempo, si le hablas de política extranjera, te pasmarías oyéndole, querido Equis, porque la conoce al dedillo, tan bien como podríamos apreciar nosotros la nuestra.»

Tal es el retrato que de Malibrán hace Manolo Infante, el cual, dicho sea entre paréntesis, aborrece cordialmente á Malibrán; Manuel Infante no adivina la causa de su aborrecimiento; pero el lector de las cartas comprende en seguida que el odio instintivo de Infante no es sino una manifestación, inconsciente al principio, de los celos que Malibrán le inspira. Porque burla burlando, retratando en una carta á su prima Augusta y en otra á su tío Cisneros; presentándonos hoy á Orozco, el marido de Augusta, y mañana á Viera, Manuel Infante deja conocer que está perdidamente enamorado de Augusta; amor en virtud del cual la acción pasa insensiblemente del terreno de la comedia en que la primera carta de Infante la había colocado, al terreno del drama, en que van colocándola las cartas siguientes.... Y no para detenerse en él, por cierto, pues el inesperado acontecimiento de la muerte de Viera, muerte violenta que atribuyen unos á suicidio y á asesinato otros, nos lanza de pronto, y cuando más desprevenidos nos hallábamos para dar el salto, desde los dominios del drama á los confines de la tragedia.

Mientras la cosa es comedia, todo me parece una verda-

dera maravilla en las cartas de Infante; el lenguaje, el tono, el estilo, las agudas observaciones, las consideraciones graciosísimas, los retratos á que antes me he referido y los cuadros de costumbres políticas, presentados con una verdad y una exactitud, que considero imposibles de superar por nadie. *El Imparcial* ha reproducido algunos de esos cuadros, y por esto, y por su demasiada extensión, me abstengo de trasladarlos á las páginas de esta Revista...; pero, lo repito, el cuadro del *estreno parlamentario* de Manuel Infante; la pintura de la sesión á que asisten Augusta y algunas señoras más en la creencia de que van á oír á un orador famoso, y que, por capricho presidencial, resulta una sesión sin incidente alguno y completamente sosa y fría, son joyas de gran valer y que pueden ser estimadas como de lo más bello entre lo mucho bellísimo que el autor de *La Incógnita* ha creado. La nota cómica la domina Pérez Galdós como la dominan muy pocos; tal vez como no la domina ninguno de nuestros escritores contemporáneos, con excepción de Valera, que *par pudiera ser, entre mil pares*, en este concepto.

Cuando las cartas de Manuel Infante nos llevan desde lo cómico á lo dramático, sigo admirando al maestro, continúo aplaudiendo al artista de la palabra, al modelo de bien decir; pero echo de menos un poco de sentimiento. Paréceme que Manuel Infante explica con demasiada frescura lo que siente, y esto mismo advierto (aunque pongo por delante la declaración de que acaso no haya acertado yo á leer entre líneas), esto mismo advierto cuando, con el asesinato ó suicidio de Federico Viera, se convierte todo en tragedia y pesa sobre Augusta, si no judicialmente, moralmente por virtud de la opinión pública, la acusación tremenda de haber sido causa de aquella muerte. Me

parece excesiva la tranquilidad con que Manolo Infante prosigue redactando sus cartas; no ya como espectador ajeno á cuanto ha ocurrido, pues aun así creo que debería estar algo conmovido, que el hecho no es para menos, sino como cronista de sucesos que pasan lejos de él, que acaso no le han impresionado nada, y de cuya exactitud quizá duda.

Fuera de esto, que, lo repito, bien pudiera ser una belleza no sentida por mí,—pues la admiración que á Galdós tributo me hace dudar de mi propio juicio;—fuera de esto, digo, en esta última parte de *La Incógnita*, como en las dos anteriores, encuentro mucho que admirar y mucho que aplaudir. La figura de la Peri, sus amores con Federico, primero, y con Manolo Infante después, pasando por Pepe Amador, son rasgos y pinceladas de maestro, y maestro de los buenos.

La duda de si Augusta ha sido ó no ha sido causa de la muerte de Federico Viera, queda en pie al terminar el libro; la que Manuel Infante tenía acerca de la honradez de su prima, se despeja en las siguientes palabras con que Augusta contesta á una declaración amorosa de Infante:

«La última palabra, y quizá la confesión más sincera de que pueda alabarme en toda mi vida. No he sido honrada; pero estoy decidida á serlo ahora, y lo seré hasta el fin de mis días.»

He dicho, no lo que es *La Incógnita*, que para tanto no tengo atrevimiento, sino el efecto que su lectura me ha producido, y voy á terminar expresando mi sincero deseo de que Pérez Galdós, académico electo de la Española, tome lo más pronto posible asiento en el recinto de la docta Corporación; pues así como predije,—y he acertado,—que el paso del autor de *La Desheredada* por el Congreso no sería infecundo para las letras, así

anticipo la opinión de que nuestro idioma oficial ganará bastante con la presencia en aquel salón de sesiones de un escritor que, académico y todo, emplea : *financiero, ocuparse de, revoltijero, convencionalismo*, y algunos otros vocablos y locuciones, que, en mi concepto, pueden admitirse, que nos son necesarios casi todos, que enriquecerían, en su mayor parte, nuestra lengua, pero que la Academia no admite aún, ó terminantemente rechaza.

En *Realidad*, según anunció en *El Imparcial* el señor Ortega Munilla, quedará despejada la incógnita. « *La Incógnita*, dice el distinguido escritor antes mencionado, es el drama visto desde la galería; *Realidad*, es el mismo drama visto entre bastidores. »

Realidad, según los informes de la misma autorizada procedencia, aparece escrita en forma dramática; será ó es un drama largo, que podría representarse, sin más que distribuir los papeles entre los actores precisos.

Nada conozco de *Realidad*, esa segunda parte de *La Incógnita*; pero como conozco y admiro al autor, y como he leído la primera parte de su hermoso libro, deseo ardentemente que llegue pronto la hora de saborear la parte segunda.

A. SÁNCHEZ PÉREZ.

APUNTES
PARA UN
DICCIONARIO DE ESCRITORAS ESPAÑOLAS
DEL SIGLO XIX.

D

DATO MURUAIS (DOÑA FILOMENA).—Publicó en 1885, *Penumbras*, colección de poesías, dedicada á la reina Doña María Cristina. En 1888 fué premiada por una composición poética en los Juegos florales de Vigo.

DÍAZ (DOÑA REMEDIOS).—Estrenó en Valencia en 1886 la zarzuela *El Amor de Aniceto*.

DÍAZ CARRALERO (MARÍA FRANCISCA).—Conocida por la *Ciega de Manzanares*, y notable improvisadora. Desde hace cincuenta años, todos los viajeros que en las antiguas diligencias pasaban por Manzanares, tenían ocasión de ver á la pobre María Francisca, que, privada de la vista, solicitaba una limosna, y, á cambio de ella, improvisaba en acción de gracias una quarteta ó una quintilla. En ocasiones, los mismos curiosos, dándola pies forzados, ponían á prueba á la pobre ciega, y ésta improvisaba sobre todo género de asuntos con relativa corrección y notable ligereza. Dotada de poderosísima memoria, reconoce después de veinte ó treinta años á las personas que una vez le hayan sido presentadas, y retiene todas las lecturas que la han hecho, y aun las lecciones de latín

que, siendo niña, sorprendía al dómine del pueblo. Una poetisa ilustre, Carolina Coronado, proyectó hace algún tiempo coleccionar las composiciones de María Francisca, no habiéndolo hecho aún por motivos extraños á su voluntad. Y no siempre fueron sus composiciones hijas de las circunstancias del momento. Algunas, más meditadas, demuestran verdadera inspiración y lo mucho que hubiera podido ser, con el estudio, la poderosa inteligencia de la pobre mujer que ha pasado su vida adivinando todo cuanto la fué vedado contemplar. No resistimos á la tentación de copiar el siguiente soneto :

«Nací, y en el nacer quedéme ciega,
Y lloré, sin saber mi desventura ;
Y hoy, sumida en recuerdos de amargura,
Sólo en llorar mi corazón sosiega.

¡Su luz, su resplandor el sol me niega ;
Jamás vi de la luna la hermosura,
Ni admiré de la nieve la blancura,
Ni vi este rostro que mi llanto riega !

¡Á inspirar compasión no sé si acierte
Este cantar de la divina ciencia
Que me legaste, desgraciada suerte !

¿Quieres que sufra y ceda á tu influencia,
Arrastrando esta vida hasta la muerte ?
¡Pues mírame sufrirla con paciencia ! »

DÍAZ DE LAMARQUE (DOÑA ANTONIA).—Nació en Marchena, en 1831 ; huérfana cuando aún contaba muy pocos años, empezó á mostrar especiales condiciones para el cultivo de la poesía, y escribió numerosas composiciones, leídas y celebradas al principio en muy estrecho círculo, hasta que por exigencias ó indicaciones de la amistad fué dando á luz algunas en los periódicos sevillanos *La Aurora*, *El Álbum de las bellas*, *El Regalo de*

Andalucía y algunos periódicos de Madrid y otras provincias. En 1861 contrajo matrimonio con el distinguido poeta D. José Lamarque de Novoa, colaborando desde entonces más activamente en *El Correo de la Moda* y otras publicaciones. Aunque ha escrito algunas obras dramáticas, no sabemos que las haya dado al teatro. En 1867 publicó en Sevilla un extenso volumen de *Poesías*, y en 1862 otros dos con el título de *Flores Marchitas*. Pertenece á la Arcadia poética bajo el nombre de *Eufrosina Elísea*.

DÍAZ PÉREZ (DOÑA EMILIA).—Ha escrito artículos en el periódico *El Correo de la Moda* (1875).

DOMINGO Y SOLER (DOÑA AMALIA).—En 1881 dirigía en Barcelona el Semanario espiritista *La Luz del porvenir*, y publicó la obra *El espiritismo refutando los errores del catolicismo romano*. También ha cultivado la poesía, como lo demuestra una publicada en 1863 en el *El Museo Universal*, por la cual obtuvo una retribución generosa de la reina Doña Isabel II.

DOMÍNGUEZ DEL BUSTO (DOÑA FRANCISCA).—Publicó en 1875 en Valencia la obra que después ha tenido repetidas ediciones, *Nuevo método de lavado y planchado y dar brillo á la ropa blanca*.

DURÁN DE LEÓN (DOÑA LUISA).—Ha publicado numerosos artículos y poesías en *El Correo de la Moda* de Madrid y en varios periódicos valencianos.

E

ECHEGARAY (DOÑA PASTORA).—Recientemente se han publicado en los periódicos de Madrid algunas composiciones de esta joven poetisa (1889).

EGUÍLAZ Y RENART (DOÑA ROSA).—Huérfana del inolvidable Luis Eguílaz. Contando solamente once años de edad, presentó en la Exposición de 1876 un *Retrato de su señor padre* y *Una cantora del siglo XV* (al óleo). En 1889 se estrenó en el teatro de la Comedia el proverbio *Después de Dios....*, debido á la pluma de esta señorita, siendo también autora de otros trabajos que han figurado en diversas publicaciones.

ESCALANTE (DOÑA MARÍA ARACELI).—Ha escrito poesías para *El Correo de la Moda* (1855).

ESCUADERO (DOÑA LUISA).—Ha publicado las obras: *Cuentos infantiles, ó primer libro de lectura para las escuelas de ambos sexos* (1874) y *El Consejero de las niñas: colección de asuntos y leyendas en prosa y verso, dispuestos para servir de lectura en las escuelas* (1878). También ha publicado trabajos en prosa y verso en periódicos y revistas.

ESPEJO Y VALVERDE (DOÑA CARMEN).—Ha escrito para *El Correo de la Moda*.

ESTEBAN Y NAVARRO (DOÑA CASTA).—Esposa que fué de Gustavo Adolfo Becquer, el inolvidable autor de tantas sentidas rimas. Publicó en 1882 el libro: *Mi primer ensayo: colección de cuentos con pretensiones de artículos*. Doña Casta Esteban murió en el Hospital general de Madrid en 30 de Marzo de 1885.

ESTEVARENA (DOÑA CONCEPCIÓN DE).—Inspirada poetisa, nacida en Sevilla en 10 de Enero de 1854, y muerta prematuramente en Jaca en 11 de Febrero de 1876. En *El Ateneo de Sevilla*, en *La Moda Elegante* de Madrid y otros periódicos, había publicado algunas poesías de tan subido mérito, que no faltó quien pusiese á su joven autora en parangón con el ilustre Campoamor. Al ocurrir su fallecimiento, una casa editorial de Sevilla

coleccionó en un volumen titulado *Últimas flores*, las poesías de la malograda joven, finalizando con una corona poética dedicada á su memoria y formada por distinguidos poetas. El periódico *La Ilustración* publicó también el retrato de la que tan rápidamente abandonó la vida, dejando inequívocas muestras de su inteligencia privilegiada y de su notable inspiración.

ESTÉVEZ DE GARCÍA DEL CANTO (DOÑA JOSEFA).—Poetisa y novelista, viuda hoy del escritor D. Antonio García del Canto. En *El Correo de la Moda* y otros periódicos aparece su firma al pie de numerosas composiciones. Ha publicado también el poema *La Esposa* (1877), la novela *Memorias de un naufrago* (1885), *El Romancero de San Isidro* (1886), *Máximas y reglas de conducta*, sacadas de las obras de Santa Teresa de Jesús (1888), *Mis recreos*, poesías (1888), *El mejor amigo*, libro para los niños (1888). En 1879 fué premiada en un certamen de Valladolid, por una poesía á Cervantes, con un juego de escritorio de plata. En Agosto de 1889 tomó el velo de religiosa en el Convento de las Salesas de Vitoria.

F

FEDERICO (DOÑA DOLORES DE).—Hemos visto composiciones poéticas suyas en *El Museo Universal* (1860) y otros periódicos.

FEIJÓO DE MENDOZA (DOÑA EDUARDA).—Además de los trabajos de su pluma que hemos leído en *El Correo de la Moda* y otros periódicos, es autora de las novelas *Doña Blanca de Lanuza* (1869), *El Puente mayor de Valladolid* (1872) y *La conquista de Madrid* (1880).

FELTRER Y MUNTIÓN (DOÑA PURIFICACIÓN).—Maestra superior, institutriz, y profesora en los Jardines

de la Infancia de Madrid. Publicó en 1883 la obra: *Lec- ciones de cosas sobre primeras materias industriales*. Falleció muy poco tiempo después de esta fecha.

FENOLLOSA DE MAÑÉ (DOÑA AMALIA).—Nació en Castellón en 8 de Febrero de 1825; estuvo casada con el distinguido publicista D. Juan Mañé y Flaquer, y murió muy joven en Barcelona. Sus trabajos literarios le hicieron conquistar honrosos títulos del Liceo de Valladolid, el de Valencia y Sociedad filomática de Barcelona. Es autora de las novelas *El premio de la virtud* y *Malvina de Serati*, un tomo de *Poesías* y *Jesucristo en el Gólgota*, y de numerosos trabajos que figuran esparcidos en periódicos y revistas.

FERNÁN CABALLERO.—V. BÖLH DE FABER.

FERNÁNDEZ (DOÑA EMILIA).—Colaboradora de *El Correo de la Moda* y otros periódicos.

FERNÁNDEZ LARRIPA (DOÑA C.).—Ha dado al teatro las producciones *La toma de Tetuán* y *La peña de los enamorados*.

FERNÁNDEZ MONTOYA (DOÑA ELISA).—Poetisa: esposa de D. Carlos Frontaura y que con el seudónimo de *Antonio María* ha publicado numerosos y muy apreciables trabajos en prosa y verso en *Los Niños*, *La Ilustración Católica*, *La Moda elegante ilustrada*, y otras publicaciones, así como el folleto: *Dulce y amargo* (1881).

FERNÁNDEZ Y FIGUERO (DOÑA MAGDALENA).—En 1803 dió á la estampa en Madrid la tragedia *La muerte de Abel vengada*, traducción libre del francés, en versos no menos libres.

FERNÁNDEZ Y SALINAS (DOÑA ADRIANA).—Profesora de instrucción primaria y poetisa cuyos trabajos figuran en diferentes periódicos modernos de Madrid.

FERRER DE OTÁLORA (DOÑA MICAELA).—Maestra

de las escuelas públicas de Madrid y escritora. Ha dado algunas conferencias en «El Fomento de las Artes», en el «Congreso pedagógico» de 1882 y en otras Sociedades. Ha publicado las obras: *Ortografía*, en verso; *Apólogos y Diálogos* (1883); *Diálogos á los Niños* (1884), y *Programas de instrucción primaria*. Estas obras se hallan declaradas de texto y han sido premiadas en la Exposición pedagógica de 1884.

FERRER Y SALDAÑA (DOÑA VICTORINA).—Ha publicado algunos artículos y leyendas en *El Museo Universal* (1864), *La Moda elegante*, etc.

FERRER Y TINTÓ (DOÑA LUISA).—Directora de un colegio de Barcelona. Ha publicado las obras *Formulario epistolar para señoritas* (1876); *Escenas infantiles ó ramillete moral para las niñas* (1866).

FILLOL (DOÑA JULIA).—Figuran sus versos en algunos periódicos de Valencia y en el *Álbum poético* consagrado á la inauguración del camino del Grao á Játiva (1855).

FONTANILLA (DOÑA EMILIA).—Hay composiciones poéticas de esta escritora en *El Museo Universal* (1867).

FONTCUBERTA (DOÑA MATILDE).—Autora de un *Manual de Piedad*, publicado en Barcelona.

FRANCISCA (MARÍA).—V. DÍAZ CARRALERO.

FRANCO (DOÑA ANA MARÍA).—Poetisa almeriense, muerta en 1872. Dejó escritas varias composiciones dramáticas, y un tomo de poesías líricas publicado en 1860. Entre aquéllas, *La mano de Dios*, comedia en tres actos y en verso, *Un novio tartamudo*, *Amores septuagenarios é Ir por lana*, juguetes en un acto y en verso.

FRANCHI ALFARO (DOÑA LUISA).—Poetisa cubana, muerta en la Habana en 1871. Figuran sus composiciones en muchos periódicos de aquella localidad.

FRÍAS SALAZAR (DOÑA DOLORES).—*En la primera edad* y otros periódicos figuran poesías de esta señora.

FRÍGOLA Y FELIÚ (DOÑA MATILDE, baronesa de Bogel).—En 1876 publicó en Madrid una versión española del cuento inglés de miss Yonge, *Las Hierbas Marinas*.

FUENTES (DOÑA PASCUALA).—En 1871 publicó en Zaragoza una composición poética dedicada á Pío IX en el aniversario vigésimo quinto de su Pontificado.

G

GALÁN ESTÉBAN (DOÑA MARÍA).—Natural de Finaña, provincia de Almería, y autora de muy bellas composiciones poéticas.

GALEA Y RODRÍGUEZ (DOÑA JOSEFA).—En la revista *La defensa de la sociedad*, publicó un importante estudio sobre *La mujer* antes y después del cristianismo.

GALIANA DE OSTERMAÍN (DOÑA ADELA).—Autora del libro *La corona de la juventud*, aprobado para texto, y de algunas producciones dramáticas, que no sabemos hayan sido representadas.

GALINDO Y ORTEGA (DOÑA ÁUREA).—Poetisa, residente en Baeza: es autora de un drama en tres actos y en verso, que presentó en la Exposición de Jaén en 1878, y de diferentes poesías insertas en los periódicos de la región andaluza.

GÁLVEZ (DOÑA MARÍA ROSA DE).—Escritora de principios del siglo. En 1803 se dió la orden por el ministro Ceballos de que fueran impresas sus obras en la Imprenta Real, á condición de reintegrar á ésta con el producto de la venta, y en 1804 se la dispensó de todo reintegro, man-

dando se entregasen á la autora todos los ejemplares tirados y el importe de los vendidos. Para el teatro escribió *Alí Bek*, tragedia original en 5 actos (1801); *Amnon*, tragedia original en 5 actos; *Bion*, traducción en verso; *Blanca de Rossi*, tragedia en 5 actos; *Catalina ó la bella labradora*, comedia en 3 actos (1801); *El Egoísta*, comedia en 3 actos; *Florinda*, tragedia; *La delirante*; *Las esclavas amazonas*; *Los figurones literarios*, comedia en 3 actos; *Safo*, drama trágico en un acto; *Saúl*, escena trágico-unipersonal con intermedios de música; *Un loco hace ciento*, *Fin de fiesta* y *Linda*, drama trágico en 3 actos. Desconocemos la época de su muerte.

GALLEGO (DOÑA BIBIANA), Marquesa de Aguiar.—Poetisa, natural de Calzadilla de Barros (Badajoz), donde vió la luz en 12 de Diciembre de 1797. Ha escrito *No más lugar*, comedia; *La elección de Ayuntamiento*, pieza en un acto; una *Oda á la paz* y otra á *La Pasión y muerte de Nuestro Señor Jesucristo*.

GALLEGOS Y MONTERO (DOÑA MARÍA).—Dirigía en 1871 en Madrid el periódico *Eco de Europa*. Ha publicado numerosas poesías.

GARCÍA (DOÑA LUISA B.).—Autora de un volumen de versos que lleva el título de *Flores poéticas*.

GARCÍA BALMASEDA (DOÑA JOAQUINA).—Escritora. Nació en Madrid en 19 de Febrero de 1837: estudió en el Conservatorio, y se consagró al teatro al lado del ilustre Joaquín Arjona; pero á los cuatro años lo abandonó, solicitada por sus aficiones literarias, y colaboró activamente en *La España Musical*, *El Correo de la Moda*, *La Educación pintoresca*, *La Aurora de la vida*, *El Museo de las familias*, *La Correspondencia de España*, *La Mujer cristiana* y otros periódicos, ya con su nombre, ya con el pseudónimo de Aurora Pérez Mirón. Para el

teatro ha escrito, y representado con buen éxito, el proverbio *Genio y figura...* y la comedia *Un pájaro en el garlito*. En los folletines de *La Correspondencia* aparecen numerosas traducciones de la Sra. Balmaseda, de las novelas contemporáneas más en boga; pero sus obras principales son: *Entre el cielo y la tierra* (colección de poesías); *La madre de familia* (diálogos instructivos y morales para la infancia, 1870); *La mujer laboriosa* (novísimo Manual de labores); *La mujer sensata* (1882); *Historia de una muñeca* (1889). Desde 1883, y por fallecimiento de Doña Ángela Grassi, dirige *El Correo de la Moda*.

GARCÍA BRABO (DOÑA MAGDALENA).—En el año de 1877, y contando sólo trece de edad, se publicaron algunas poesías de esta señorita en los diarios de Madrid. En 1882 fué elegida en los *Juegos florales* de Valencia reina de la fiesta, y al abrirse después los pliegos de las composiciones premiadas con accésit, apareció en uno el nombre de la misma, como autora de la poesía intitulada *Cant d'amor*. Ha colaborado en *La Moda elegante* y otros periódicos.

GARCÍA CANEDO DE GUTIÉRREZ DE LA VEGA (DOÑA EVARISTA).—En diferentes periódicos literarios y en el *Album de Cervantes*, formado en 1876, aparecen versos de esta escritora. En 1884 publicó en Madrid un volumen de *Poesías*.

GARCÍA PÉREZ (DOÑA AMPARO).—En *El Liceo de Granada* y otros periódicos aparece la firma de esta escritora al pie de diferentes poesías.

GARCÍA DEL ESPINAR.—Pseudónimo de una señora con el que aparecen firmadas dos novelas *Cosas del mundo* y *Por una lágrima*, publicadas en 1877 en Barcelona, y algunas otras obras.

GARCÍA DE CORONADO (DOÑA DOMITILA).—Publicó en la Habana en 1871, y remitió á la Exposición de Matanzas, celebrada en el mismo año, un libro moral para los niños, titulado *Consejos y consuelos de una madre á su hija*. En 1886 dió á la estampa *Método de lectura y Breves nociones de instrucción primaria*; en 1887 escribió *Cubanas beneméritas*.

GARCÍA DE MIRANDA (DOÑA VICENTA).—Esta escritora, á quien un biógrafo entusiasta llama «el Homero Extremeño», nació en Campanario, provincia de Badajoz, en 9 de Agosto de 1817. Dotada de privilegiada inteligencia, y utilizando las lecciones de su padre, escritor muy distinguido, mostró desde sus años más tiernos grandes aficiones á la lectura; pero habiéndose quedado huérfana, su tutor intentó contrariarla, hasta el punto de negarse á que aprendiese á escribir, cosa que hizo Vicenta secretamente, utilizando las lecciones de una religiosa y de un artesano. Casada, cuando aún era muy joven, viuda al poco tiempo, con la desgracia de haber perdido á su hijo único, y luchando con todo género de contrariedades, buscó y encontró consuelo en el cultivo de la poesía, siendo en gran número las composiciones que desde el año 1845 publicó en *El Eco del Comercio*, *El Correo de la Moda* y otros periódicos. En 1855, las coleccionó en dos volúmenes, con el título de *Flores del valle*. También ha publicado la novela *El más triste episodio de la vida de una joven*.

GARCÍA DE PEÑA (DOÑA MARÍA JOSEFA).—Falleció esta poetisa de Jaén, á edad avanzada, en el año de 1874. Había mostrado su talento práctico, llenando con sentidas composiciones las columnas de los semanarios, y perteneciendo con honra á sociedades literarias de gran reputación. También contribuyó con sus trabajos al *Romancero de Jaén*.

GARECABE (DOÑA MARÍA GERTRUDIS).—Escritora: en 1876 escribió, en colaboración con el Sr. Martínez Illescas, la obra lírico-dramática *Luchas fantásticas*. Con el pseudónimo de «Ventura Hidalgo» publicó la novela *Adriana de Wolsey*.

GASCA Y MEDRANO (DOÑA MARÍA).—Ha dado al teatro el drama traducido *Las Minas de Polonia* (1818).

GASSÓ Y ORTIZ (DOÑA BLANCA DE).—En 8 de Abril de 1877, la prensa de Madrid dió cuenta de un terrible crimen. Unos amores contrariados de la joven y bella poetisa Doña Blanca Gassó, una perturbación mental de su padre por pérdidas de intereses, ú otras causas que no es dado investigar al mundo, impulsaron al último á disparar un revólver sobre su hija, dejándola herida mortalmente, y á dispararse él otro tiro que le produjo instantáneamente la muerte. Blanca fué trasladada al hospital; allí contrajo matrimonio con su amante, y murió el 15 del mismo mes de Abril, á consecuencia del derrame cerebral ocasionado por el proyectil. La poetisa, tan notable por su belleza como por su inspiración, pertenecía á la «Sociedad Económica Matritense» y á la de «Escritores y Artistas»; publicaba todos los años un *Almanaque de Salón*, que gozaba de justo crédito; había escrito los libros *Corona de la infancia*, *Poesías dedicadas á la Virgen* (1867), y *Cien cantares á los ojos* (1871), y las obras dramáticas *El Dos de Mayo*, *El primer vuelo* y *Numancia*; la primera propia para ser representada por niños, la segunda estrenada con aplauso en Madrid, y la tercera, que suponemos sigue inédita. Colaboró en los periódicos *La Lira*, *La Guirnalda*, *La Moda elegante*, y *El Correo de la Moda*.

GATTEBLED DE SANTA COLOMA (DOÑA ELOÍSA).—Aparecen trabajos suyos en *El Correo de la Moda* (1857).

GAVILÁN (DOÑA PAULA).—Autora del libro *La niña en el hogar doméstico* (1859).

GAYANGOS DE RIAÑO (DOÑA EMILIA).—En 1883 tradujo directamente del alemán la obra *Viaje de España*, por un anónimo.

GENER (DOÑA VICENTA).—Autora del libro *De la enseñanza de la taquigrafía en las escuelas* (1888).

GIL DE SORIANO (DOÑA MARÍA).—En 1879 presentó, para los efectos de la ley de propiedad literaria, el drama en un acto y en verso *París-Murcia*.

GIMENO DE FLAQUER (DOÑA MARÍA DE LA CONCEPCIÓN).—Se dió á conocer esta escritora aragonesa en las tertulias literarias de Ayguals de Izco y colaborando en los periódicos *La Ilustración de la mujer* (fundado por ella en 1872); *La Mujer*, *El Correo de la Moda* de Madrid, *El Ramillete* de Barcelona, y otros. Ha publicado las obras: *Victorina ó Heroísmo del corazón*, novela (1871); *La Mujer española*, estudios acerca de su educación y sus facultades intelectuales, precedidos de una carta-prólogo de D. Leopoldo Augusto de Cueto (1877); *El Doctor alemán*, *La Mujer juzgada por una mujer* (1882), *Elina Durval* (1878), *Alardes de hombres célebres*, *Suplicio de una coqueta* (1887). Desde hace algunos años reside en Méjico con su esposo D. Francisco de P. Flaquer, y desde hace siete dirige en aquella capital *El Álbum de la mujer: Ilustración Hispano-americana*.

GINARD Y FERRER (DOÑA JUANITA).—Escribió en 1874 para la *Corona poética á la beata Catalina Tomás*.

GINER (DOÑA CARMEN).—Colaboradora que ha sido de *La Correspondencia de los niños* y otros periódicos (1877).

GINÉS Y ORTIZ (DOÑA ADELA).—Colaboradora de *El Profesorado* de Granada y otras revistas pedagógi-

cas; autora del libro *Apuntes para un álbum del bello sexo* (1874).

GÓMEZ (DOÑA MILAGROS).—En el periódico *La Idea*, de Elche, publicó en 1880 una novela titulada *Cartas á una mujer*, firmadas con el nombre de *Una ilicitana*.

GÓMEZ CASABAÑO (DOÑA LUISA).—Tradujo del italiano, leyó en la cátedra del Jardín botánico y publicó en Madrid en 1822 la obra: *Del cultivo de las flores que provienen de cebollas*.

GÓMEZ DE AVELLANEDA (DOÑA ELENA).—Ha escrito artículos y poesías en *El Correo de la Moda* (1857 y 58).

GÓMEZ DE AVELLANEDA (DOÑA GERTRUDIS).—Insigne poetisa y escritora dramática. Nació en Puerto Príncipe (Isla de Cuba) el 23 de Marzo de 1814, y publicó sus primeras poesías siendo casi una niña, con el pseudónimo de *La Peregrina*. En 1840 dió á la estampa en un volumen muchas de las mismas, y cinco después, en el certamen del Liceo Artístico y Literario, alcanzó dos premios y una corona de laurel. En 1850 publicó la segunda edición de sus *Poesías* con un prólogo de D. Juan Nicasio Gallego y una biografía de la autora, firmada por D. Nicomedes Pastor Díaz. En 1846 había contraído matrimonio con Don Pedro Sabater, diputado á Cortes y Jefe político de Madrid, del cual enviudó á los ocho meses, después de prodigarle los más solícitos cuidados y de acompañarle á París, donde se le hizo una dolorosa operación quirúrgica. Aquella desgracia movió á la Gertrudis Avellaneda á buscar consuelo en el convento de Loreto, de Burdeos, donde escribió su precioso *Devocionario* en verso. Casada en segundas nupcias con el coronel D. Domingo Verdugo, éste fué alevosamente herido por otro individuo, con ocasión del estreno del drama *Baltasar*, en cuyo triste acontecimiento

pudo nuestra escritora apreciar las grandes simpatías con que contaba en Madrid. Convaleciente su esposo, le acompañó en algunos viajes, é hizo otro á la isla de Cuba, buscando en su clima alivio á sus dolencias; y aunque en un principio pudo creerlas combatidas, pocos años después, en el de 1863, dejaba Verdugo de existir. La afligida viuda buscó desde entonces consuelo en la religión y en la caridad, siendo muy escasas sus producciones literarias durante los diez últimos años de su existencia, que terminó en Madrid en 1.º de Febrero de 1873. Tal fué, á grandes rasgos trazada, la existencia de la escritora á quien concede Gallego «la primacía sobre cuantas personas de su sexo han pulsado la lira castellana, así en este como en los pasados siglos», y de quien dice Pastor Díaz: «Fué uno de los poetas más ilustres de su nación y de su siglo; fué la más grande entre las poetisas de todos los tiempos; fué una de las escritoras que más realzaron el lustre y la majestuosa fineza del habla castellana; fué una mujer muy hermosa; fué hija y hermana ejemplar; fué excelente esposa; fué buena, constante y tierna amiga». En 1876 se colocó una lápida conmemorativa en la casa donde nació en Puerto Príncipe.

El mejor medio de recordar las producciones de la señora Avellaneda, es, nos parece, dar una idea de su colección de *Obras literarias*, publicadas en 1869 en Madrid. — TOMO I. Prólogo de D. Juan Nicasio Gallego. *Poesías*. — TOMO II. *Munio Alfonso* (drama); *El príncipe de Viana* (drama); *Recaredo* (drama); *Saúl* (drama bíblico); *Baltasar* (drama oriental); *Catilina* (drama). — TOMO III. *La Hija de las Flores* (comedia); *La Aventurera* (comedia); *Oráculos de Talía ó los duendes en Palacio* (comedia); *La hija del rey René* (pieza en un acto); *El millonario y la maleta* (pieza cómica); *La verdad vence*

apariencias (drama); *Tres amores* (comedia).—TOMO IV. Comprende las novelas: *El artista barquero ó los cuatro cinco de Junio*; *Espatolino*; *Dolores*.—TOMO V. Novelas y leyendas: *La velada del Helecho*; *La bella Toda*; *La montaña maldita*; *La Flor del Angel*; *La Ondina del Lago azul*; *La dama de Amboto*; *Una anécdota de la vida de Cortés*; *El aura blanca*; *La baronesa de Youx*; *El cacique de Turmequé*; *La mujer*. Terminan la colección varios importantes juicios críticos de los Sres. Romero Ortíz, Alarcón, Catalina, Navarro y Rodrigo, Pastor Díaz, Valera, Flores, Vidart, Coronado (Doña Carolina), Cueto, duque de Frías, Lista y M. de Villemain.—La colección de las obras de la señora Gómez de Avellaneda, con ser bastante completa, no carece de importantes omisiones: citaremos los dramas *Leoncia*, *La sonámbula*, *Errores del corazón*, *Egilona* y *El donativo del diablo*; la loa *Glorias de España*; la comedia *Simpatía y antipatía*; las novelas *Sab*, *Guatimozín* y *Dos mujeres*; el *Devocionario nuevo y completísimo en verso y prosa*, y el incalculable número de trabajos de cortas dimensiones que durante muchos años llenaron las columnas de los periódicos peninsulares y americanos.

GÓMEZ DE CÁDIZ (DOÑA DOLORES). — Escritora: nació en Málaga, en 25 de Diciembre de 1818. El Liceo de Granada, al tiempo de su creación, la hizo socia de mérito, por el que tenían sus producciones en prosa y verso, repetidas en numerosos periódicos, y colocó en sus salones el retrato de la misma, pintado por D. Luis Fernández-Guerra. También perteneció á los Liceos de Madrid, Zaragoza y Málaga. Ha colaborado activamente en *El Museo Universal*, y ha publicado la novela *Santa Casilda* (Madrid, 1861).

GONZÁLEZ (MARÍA DE JESÚS).—En 1860 escribió en el *Album* que los profesores de instrucción primaria dirigieron á la reina Isabel II.

GONZÁLEZ ANIEVA (DOÑA MARÍA ANTONIA).—Ha publicado algunas poesías en los *Ecos del Guadalevín*, periódico de Ronda (1875).

GONZÁLEZ RUBÍN (DOÑA ENRIQUETA).—Escritora asturiana. En 1875 publicó un folleto en el dialecto bable, con el título de *Viaxe del Tiu Pacho el Sordo á Uviedo*. Usa el pseudónimo de «La gallina ciega».

GONZALO DEL RÍO.—(V. GUIJARRO.)

GORRINDO (DOÑA MARÍA DE LOS DOLORES).—Natural de Córdoba. Ha publicado una colección de *Poesías*.

GOYA BORRÁS (BARONESA).—(V. O'BRIEN.)

GRANÉS (DOÑA ENRIQUETA).—Redactora de *La Correspondencia de los niños* (1877).

GRASSI Y TECHI (DOÑA ÁNGELA).—Distinguida escritora. Nació en Crema (Italia), en 2 de Agosto de 1823, y vino á Barcelona, en cuyo teatro de Santa Cruz estuvo contratado como músico su padre. En él estrenó Ángela, siendo una niña, un drama en tres actos, titulado *Crimen y expiación* (1842), y después se consagró especialmente á la novela, publicando *Los Condes de Rocaberti*. Muertos sus padres, y establecida en Madrid con su hermano D. Carlos, profesor de música muy distinguido, se consagró por completo á la literatura, en la que ha dejado las siguientes obras: *Riquezas del alma*, novela premiada por la Real Academia Española (1866).—*La gota de agua*, premiada en el concurso abierto en memoria del niño poeta Rodríguez Cao (1875).—*El bálsamo de las penas*, novela (1874).—*Espigas y amapolas*, novela.—*La dicha de la tierra*, novela.—*El capital de la virtud*, novela.—*El lujo*, novela.—*El primer año de matrimo-*

nio, estudio moral (1877).— *El copo de nieve*, novela (1876).— *Los que no siembran no cogen*, novela (1869).— *La urbanidad*.— *Palmas y laureles*, obra de educación (1884).— *La vida práctica. Cartas de una madre de familia á una joven soltera*.— *La entrada en el mundo*.— *El crepúsculo de la tarde*, poesías, un tomo (1877).— *Marina*, novela (1877).— *El crepúsculo de la tarde*, novela.— *Un favorito de Carlos III*, novela.— *Lealtad de un juramento*, drama.— *El Príncipe de Bretaña*, drama.— *Cuentos pintorescos*.— *Amor y orgullo*, comedia.— *Los dos rivales*, comedia.— *Los últimos días de un reinado*, comedia.— *Un episodio de la guerra de los siete años*.— *El diamante*, novela.— *Las dos tumbas*, novela.— *El último rey de Armenia*.— Durante bastantes años dirigió el periódico *El Correo de la Moda*, y falleció en Madrid en 17 de Septiembre de 1883.

Al ocurrir la muerte, que pasó poco menos que inadvertida, el autor de estos apuntes decía en una revista:

«La prensa, por punto general, ha creído cumplir con la pobre Ángela, consagrando á su fallecimiento una noticia de cuatro líneas; la Sociedad de Escritores no mandó, que yo sepa, ni una pobre comisión á su entierro.... Es casi seguro que estos párrafos míos llevarán á muchísimos lectores la primera noticia del triste suceso.... Y es que los españoles estamos ahora muy ocupados viendo á las funámbulas del Circo haciendo equilibrios en un alambre; á las japonesas que sostienen con los dientes un cañón y á las bailarinas de la Zarzuela, que sostienen á una empresa con sus pantorrillas, para que podamos darnos cuenta de que ha caído rendida por los pesares y las dolencias una infatigable trabajadora, que nos ha dejado en cincuenta libros tesoros de observación

y de sentimiento, páginas de inmensa ternura y ejemplos de esclarecida virtud.»

GUERRERO (DOÑA ELOÍSA).—Ha publicado algunos artículos en los periódicos de Cádiz (1877).

GUIJARRO DE APARISI (DOÑA RAMONA).—Publicó en Valencia, en 1840, la novela original *Emilia y Clara ó Efectos de una buena educación*.

GUIJARRO DE PEDROSA (DOÑA BENITA).—Con la firma de *Gonzalo del Río*, que es su segundo apellido, ha firmado muy apreciables trabajos poéticos en *La Ilustración católica*, *La Niñez* y otros periódicos.

GUTIÉRREZ DE TOVAR (DOÑA CRISTINA).—Escritora almeriense, que versificaba con inspiración y sentimiento. Muerta muy joven.

GUTIÉRREZ DEL VALLE (DOÑA MERCEDES).—Ha colaborado en *El Eco de Andalucía* y otros periódicos.

GUZMÁN Y LA CERDA (DOÑA MARÍA ISIDRA QUINTANA).—Hija de los condes de Oñate, y generalmente llamada *La Doctora de Alcalá*, por haber tomado el grado de doctora en Filosofía y Letras humanas en la Universidad Complutense en 1785, cuando contaba diez y siete años de edad. En el mismo año de 1785 fué nombrada individua honoraria en la Real Academia Española de la Lengua, y en 1786 de la Sociedad Económica Matritense de Amigos del País. Fué examinadora de cursantes en Filosofía y catedrática honoraria de la Universidad de Alcalá. Desconocemos sus escritos, así como la fecha de su fallecimiento.

M. OSSORIO Y BERNARD.

(Continuará.)

ÍNDICE

	Páginas.
<i>La Religión de la Humanidad</i> , por Juan Valera.....	5
<i>Poetas Colombianos.</i> —El Excmo. Sr. D. Miguel Antonio Caro, por Antonio Rubió y Lluch.....	27
<i>Las hipótesis</i> , por E. Benot.....	47
<i>Una embajada española en Marruecos en 1579</i> , por F. Guillén Robles.	67
<i>Cartas sobre la Exposición</i> , por Emilia Pardo Bazán.....	85
<i>Sección Hispano-ultramarina</i> , por V. Barrantes.....	107
<i>El Instituto Geográfico</i> , por Antonio de Valbuena.....	129
<i>Revista de Revistas extranjeras</i> , por Juan Salas Antón.....	155
<i>Los últimos libros de Galdós</i> , por A. Sánchez Pérez.....	175
<i>Apuntes para un diccionario de escritoras españolas del siglo XIX</i> , por M. Ossorio y Bernard.....	189
